EL
4 DE JULIO DE 1919

Y SU REPERCUSION
EN EL
Continente Americano

ANOTACIONES PARA LA HISTORIA

POR EL CAPITAN DE FRAGATA
Dr. MOISES PINTO BAZURCO

28 de Julio de 1920

SANMARTI y Ca.
—IMPRESORES—



MUSEO NAVAL DEL PERU
Biblioteca
C. de V. Julio J. Elías Murgia

Señor AUGUSTO B. LEGUIA

Jefe Supremo del movimiento nacionalista del 4 de Julio que consolidara su elección de Presidente de la República.

EL
4 DE JULIO DE 1919

Y SU REPERCUSION
EN EL
Continente Americano

ANOTACIONES PARA LA HISTORIA

POR EL CAPITAN DE FRAGATA

Dr. MOISES PINTO BAZURCO

BIBLIOTECA CENTRAL
DIRINTEMAR
Clasif.: 985.07/P59
Nro. Inv.: 4208
Fecha: 16015

28 de Julio de 1920

SANMARTI y Ca.
—IMPRESORES—

INDICE

PRIMERA PARTE

Pág.

Capítulo I.—Ligeras consideraciones sobre el medio político. 5

Capítulo II.—La oposición al gobierno del doctor Pardo. 9
Capítulo III.—Errores del gobierno. 16
Capítulo IV.—Las primeras consecuencias. 20
Capítulo V.—El deber nacional. 23

SEGUNDA PARTE

Capítulo VI.—El problema presidencial frente a frente a Chile. 41
Capítulo VII.—Conflicto de deberes. 51
Capítulo VIII.—Versión del comandante Landázuri. . 57
Capítulo IX.—En el puerto. 62
Capítulo X.—Neutralización de la guarnición de Lima. Derrocamiento del gobierno del doctor Pardo. Gobierno Provisorio del señor Leguía. 75
Capítulo XI.—El 10 de Setiembre. 81
Capítulo XII.—Asamblea Constituyente. Gobierno Constitucional. Inmensa labor por hacer. 83
Capítulo XIII.—¿Esfera de influencia o de acción?. . 85

TERCERA PARTE

Pág.

Capítulo XIV.—Proclama del Comandante Ontaneda, seguida de los partes oficiales de las operaciones del Callao y de algunos otros que se publicaron en los diarios, sobre la toma de Palacio. La Escuela Militar acepta y reconoce el nuevo régimen. 92
Capítulo XV.—Los demás cuerpos de la guarnición. . 132
Capítulo XVI.—Actitud del Ejército en el Norte y en el Sur de la República. 137
Capítulo XVII.—Política leguiista anterior al 4 de Julio. 143
Capítulo XVIII.—Finalidades internacionales que el 4 de Julio viene a cumplir. 147
Capítulo XIX.—Labor conjunta del Perú y de las naciones del Atlántico. 153
Capítulo XX.—El Perú y Chile.—Sus recursos.—Moral internacional de estos pueblos. 156
Capítulo XXI.—Los Estados Unidos de Sudamérica imaginados por Chile. 161
Capítulo XXII.—Obligación contraída por los revolucionarios. 164
Capítulo XXIII.—Consideraciones referentes a la introducción de algunas reformas en el régimen interno de la marina. 165

CUARTA PARTE

Capítulo XXIV.—La Nación Boliviana acaba con la ignominia y asciende en horas de gloria y de libertad a ocupar el alto puesto que le corresponde. La revolución triunfante en Bolivia. 170
Capítulo XXV.—El deber de los caídos. 184

A mi distinguido amigo y compañero, el prestigioso Jefe de la Armada, Capitán de Fragata, señor Julio Carvajal

Afectuosamente
M. Pinto Bazurco

PRIMERA PARTE

CAPITULO I.

Ligeras consideraciones sobre el medio político

En el Perú, como es sabido, no han faltado siempre quienes digan que el gobierno y las instituciones que poseen rentas, sirven para hacer la fortuna de los más listos que, con tal objeto, se apoderan de su administración.

Pero en lo que muy pocos ponen atención como es debido hacerlo, es en la desconsoladora realidad que agobia al país, íntimamente relacionada, no obstante, con la anterior demoledora acusación. Porque al lado de ésta, ha existido y existe una verdad inobjetable. Una verdad que es la causa principal de todas las revoluciones, aflictivas o redentoras, que sobre el país han pesado. Y que la constituye el hecho de que, con casi un siglo de existencia como nación libre, sigamos siendo un estado con la finalidad exclusiva de costear la vida, con las rentas fiscales se entiende, de la mayor parte, por no decir de todos, los hombres que han recibido instrucción y las de sus respectivas familias.

Sin embargo, esta realidad y dicha afirmación tienen una importancia capital en la vida nacional. En torno de una y de otra giran torbellinos de pasiones

que están, en perpetua oposición, chocando siempre. Lo que da al panorama un matiz original, revelador de la suma gravedad que entraña, y que, contemplándolo, no se concibe cómo en cien años de esta vida así, no ha sido posible modificarla.

Para que el mal sea completo, estas pasiones no juegan papel individual, aislado. Los ciudadanos, para el mejor logro de sus fines, se han afiliado, como cuestión previa, en las agrupaciones que llamadas partidos políticos y siéndolo así, indudablemente, para algunos soñadores, no constituyen para la inmensa mayoría, sino la plataforma o el título para vencer. De esta manera, la lucha, que sólo es individual, como constantemente se comprueba, toma las apariencias de partidarista. Y con este carácter, lo que en el Perú se llama política, resulta un verdadero movimiento periódico.

En la iniciación de cada período gubernativo, es la voz de los que afirman: que acusa, que apostrofa y que concluye prometiendo al país toda su abnegación y todo su concurso para sustraerlo de las pecaminosas manos que lo arrastran a la ruina. Esta labor se continúa por algún tiempo, hasta que llega a convertirse en propaganda. Y cuando la mala estrella de los gobernantes— el círculo de sus íntimos, de cierta clase de íntimos— ha querido que éstos cometan errores gruesos: esta propaganda produce efectos decisivos. Ya no tienen los dirigentes de la oposición que preocuparse gran cosa. Basta que no olviden agitar de cuando en cuando la sonaja del desprestigio del poder; que ya la legión de los interesados en la cosa pública, procede instintivamente, con el acierto y la oportunidad que las circunstancias requieren.

Durante todo este tiempo y particularmente, cuando la crisis se avecina, no olvidan los hombres de uno

y de otro bando, preocuparse de mantener despierta la atención de los miembros de las instituciones armadas. Ora es el prestigio profesional; ora el santo principio de la disciplina, que se invocan. Cuando no son, llamadas que se hacen al patriotismo, a la lealtad y hasta al honor.

Naturalmente que en este ambiente prosperan diversamente las causas en pugna. El convencimiento, si se produce, no se arraiga con la misma fuerza en todos los espíritus. Ni el entusiasmo se apodera de ellos en igual grado. Lo corriente es que se mantengan al margen, contemplando el desarrollo de los acontecimientos, hasta que éstos concluyan de dar todo el argumento necesario, para que determinen moverse dentro de sus convicciones.

Es así, de esta manera, es decir, vacilante, débilmente, como sostienen a los gobiernos aquellos servidores que han decidido acompañarlos hasta el sacrificio.

La labor que lleva a cabo la oposición, es la causa determinante de esta tibieza, en estos casos. Porque si ella no logra convencer a los que sostienen a los gobiernos, del derecho de conspirar, de rebelarse, que les asiste, o lo que es más todavía, del deber de reclamar, de exigir o aún de hacer, que tienen todos los servidores de la nación, cuando indiscutibles intereses nacionales así lo exigen; tampoco es tan ineficaz que no inspire a los ánimos un vago sentimiento de duda, que no llega nunca a satisfacer el natural deseo de explicarse, si, en tales condiciones, se es sólo servidor de la nación o si además de esta calidad, se posee la del servidor particular de la persona o grupo de personas que representan al gobierno.

Por su parte, los que conspiran y los que se ilusionan con la conspiración, ya sea que procedan con elevación de miras o nó, se mueven también perezosa-

mente. Esto se explica, por las obligadas precauciones con que tienen que proceder; por la poca o ninguna fuerza del ideal que los anima—cuando hay ideal—; o porque la mayor parte de ellos no disponen de la libertad económica necesaria, que les permita contribuir en forma amplia a su causa.

Los motivos que unos y otros tienen para mezclarse en su respectivo bando y para prescindir del otro, concluyen por crear tal situación, que desconcierta a los directores mismos de ambas ramas políticas, quienes, a su vez, llegan a participar de ese mismo espíritu de incertidumbre, que hace tanto o más daño al país, que los desencadenados por el estallido final de una revolución.

Pero el ideal de los revolucionarios no es precisamente inmiscuir a los miembros de los institutos armados en sus contiendas con el poder. Querrían ellos, por el contrario, convencerlos de que su misión es la de permanecer de espectadores, dentro de la más absoluta neutralidad, sin permitirse defender a los gobiernos cuando los adversarios políticos de éstos acuden a las armas para derribarlos del poder.

Mas a pesar del empeño con que abogan por este ideal, en la práctica se contradicen, dando siempre intervención a los defensores de la patria en las luchas internas. Las páginas de la Historia Nacional registran, desde el asqueroso soborno, hasta la sugestión hábilmente practicada. Generalmente, atraen al personal honorable, hablándole de la misión importantísima que en la obra de la salvación del país van a tener la suerte de desempeñar. Varían, sin embargo, según las personas, los medios puestos en práctica para conseguir adeptos.

No tarda, de esta manera, en ponerse la situación crítica. Muy pronto llega un momento en que la in-

tranquilidad y la zozobra vienen a acompañar a la incertidumbre. Pues sucede que los menores pasos, los propósitos más secretos de ambos contendientes, son inmediatamente conocidos por el grupo rival. Y estos son los días álgidos, los inmediatamente anteriores al del golpe.

Mas el ansiado asalto no siempre tiene lugar con un cuartelazo: algunas veces han bastado hábiles maniobras, llevadas a cabo con entereza y decisión y, sobre todo, dejando ver la amenaza de suficientes fuerzas para imponer en caso de resistencia; otras, no se logra escalar el poder hasta después de terminado un período presidencial e iniciado uno nuevo, cuyo jefe es siempre propicio a vulnerar cuanto se relacione con su predecesor y a favorecer lo que éste combatía.

Tal es en síntesis lo que ha ocurrido en las revoluciones que han tenido lugar en el Perú y lo que desde luego caracteriza mejor que nada el medio en que se han desarrollado los acontecimientos que vamos a reseñar. Naturalmente, no en todas han ocurrido las mismas cosas. Algunas han sido muy necesarias. No han faltado así mismo figuras dignas del respeto y de la admiración de la posteridad, bien sea por la profunda moral de sus actos, como por el elevado sentimiento que los inspiró.

CAPITULO II.

La oposición al gobierno del Dr. Pardo

La exaltación del señor Guillermo Billinghurst, al mando supremo de la república, fué el punto de partida del ciclo político que se ha cerrado con el éxito del golpe revolucionario del 4 de julio. Y nó porque

hubiese existido oposición a este mandatario, ya que la consagración que mereció del congreso fué la mejor prueba del concepto de que gozaba. Ni tampoco por la forma anticonstitucional de su elección; sino porque desde entonces, la función simple de calificación de las elecciones presidenciales por el congreso, ha tomado caracteres que la desvirtúan por completo.

Nó la ambición política, que, cuando es bien intencionada, es virtud ciudadana, sino todo género de pasiones se agitan y chocan en los congresos puestos ya en el caso de decidir en el problema presidencial.

Nada importa que los pueblos quieran darse el gobernante que gusten, cuando hay quienes, llamándose sus representantes, les voltean las espaldas para acatar lo que, en contubernio, se pacta en las cámaras palaciegas.

Tampoco importa que los propios gobernantes quieran mantenerse al margen de las intrigas puestas en juego para burlar a ese mismo pueblo.

Todo resulta inútil. El mal no sólo ha echado raíces. Sino que florece. Y dentro de la más completa anarquía política y ante la quiebra de los valores morales, el país contempla, estupefacto, su desquiciamiento y, temeroso por su derrumbe, asiste a la extraña lucha, en la que se disputa el ejercicio de la ingrata tarea de jugar con sus destinos.

No sería posible sostener, a la luz de la verdad, explicación distinta de la que las precedentes líneas formulan, para precisar los caracteres, es decir, la génesis, la naturaleza y las tendencias de la oposición que combatió al gobierno del doctor Pardo.

Después de la derrota, palpitando aun el suelo de la patria, al sufrir el cruel desgarramiento, comienza el afán de predominio, que nada bueno puede hacer

cuando, personalizando, desdeña los merecimientos y se deja sólo influenciar por el cerrado concepto partidarista, que no puede ser peor consejero. Mas los pueblos por fin pusieron término a la situación en que el país, estérilmente vivía y se dieron el gobierno que presidió don Nicolás de Piérola, gobernante que imprimió rumbos de prosperidad y que, sin claudicar con las expectativas en él cifradas, hizo gobierno nacional, aprovechando las cualidades de los hombres, cualquiera que fuese la filiación de ellos.

Tan elevado concepto del deber del gobernante, no distinguió a los posteriores presidentes, si bien hubo una manifestación de él, en el plan fracasado de las ubicaciones que planteó el gobierno de 1908. Fuera y muy lejos del poder han permanecido posteriormente las fuerzas más considerables de la masa ciudadana. Y apenas si un reducido grupo de ésta, pudo, a la sombra del gobierno citado, iniciarse en la cosa pública. Pero éstos sirvieron de base y, sobre todo, hicieron comprender al jefe del gobierno, que el país estaba en condiciones de reaccionar contra exclusivismos. Desgraciamente, su gestión no fué todo lo feliz que reclamaban el bienestar y el progreso de la nación. Y lejos de eso, surgieron el encono y la anarquía, a cuyo servicio se consagraron actividades llamadas por mil títulos a engrandecer al paás y no a voltearle la espalda para mirarle la cara sólo al adversario.

Convertido después el congreso en supremo elector. Transformado en el fondo el ejército, en institución al servicio de la política. Y en plena lucha, no sólo los partidos entre sí, sino aún los grupos en que éstos quedaron divididos y los mismos hombres encontrados unos con otros: ofrecía el Perú un aspecto de lo más desolador. Como si esto no fuera suficiente, la Gran Guerra ensangrentaba ya al mundo y sus efectos

Biblioteca Julio J. Elías Murgía

económicos primeros, de pánico y de desorientación, pesaban también sobre el país.

En tales condiciones subió al poder el doctor José Pardo el 18 de agosto de 1915.

Tuvo desde el primer momento como adversarios a varias ramas del propio partido civil que lo había proclamado candidato, a la mayor parte de los demócratas, a muchos constitucionales y, sobre todo, a considerable porción de aquel numeroso grupo de ciudadanos, que poseídos de explicable excepticismo político, no se afilian a ningún partido. Es lógico suponer que tampoco acompañaban al doctor Pardo con sus simpatías, los que posteriormente formaron el partido socialista.

La facilidad de su triunfo hizo que pronto se olvidase el mal efecto que causó el antidemocrático procedimiento de la convención, que lo había consagrado, combinación política que bien pudieron evitar sus amigos, con el mismo feliz resultado y que no habría predispuesto a la opinión en su contra. Hay el derecho de decir esto, cuando se recuerda la actitud tranquila con que se iniciaron sus adversarios políticos, en sus distintas esferas, pues, la mayor parte parecían resignados ante la expectativa de buen gobierno, que deseaban hiciera el nuevo mandatario, deseo y augurio que fundaban en la gran preparación que suponían aportaba con la experiencia adquirida en su larga permanencia en Europa.

Pero muy poco duró esta bonanza. Poco a poco fué iniciándose la ofensiva, que, mesurada al principio, y sostenida por los elementos de las cámaras que le eran adversos, tomó consistencia luego que hizo su aparición el diario "El Tiempo".

La campaña verdaderamente subversiva de este periódico, no reconoció límites. En más de una oca-

sión pude comprobar que en provincias se apreciaba su labor como un tanto apasionada. Con todo, constituyó un baluarte tan eficaz como lo eran las posiciones ocupadas en el congreso por los adversarios del doctor Pardo.

Al referirme al periódico citado, debo manifestar que la parte más contundente ha estado constituída, de principio a fin, por los artículos que registraron sus columnas bajo el pseudónimo de "El Abate Faria". No estaba nuestro público preparado para ser informado de manera tan terrible. Además, la gente en el Perú es buena por naturaleza. Y, en presencia de tan escandalosa referencia, se ha visto pues, que no se produjeron los hechos que lógicamente debían esperarse de dicha divulgación. Esto podría explicarse, porque ese pasado de errores o de extravíos, afecta posiblemente a los antepasados de muchos, que hoy, ellos, sus descendientes, lo condenan pero sin hacer bulla. O si se quiere, por lo extendido que se halla en el país el partido civil, que al tratar de no aceptar la responsabilidad que el escritor hace destacar tan tremenda, ha procurado desvirtuar sus efectos, haciendo uso de esa defensa verbal, que, repetida hoy en un hogar y mañana en otro, acaba por predisponer al olvido aún a aquellos que más vivamente impresionados se sintieron. Pero si por estas o parecidas explicaciones, el odio no llegó a germinar, de lo que el país debe felicitarse, no por eso dejó de ser la pluma del Abate Faria, el arma certera que día a día se iba hundiendo más y más, vengativa y exterminadora, en el corazón del organismo político que combatía.

Sin detenerme a hacer consideraciones de ninguna especie—que no es ni puede ser la índole de estas líneas—y suponiéndolas, no solamente exageradas, no solamente deducidas, así, voluminosas, por la ligere-

za de un estudio poco meditado, sino totalmente falsas; lo cierto es, que las acusaciones del Abate Faria, echadas a los cuatro vientos, no necesitaban sino de unos cuantos errores del gobierno, para alcanzar el más acabado de los éxitos. Y estos errores se presentaron, desgraciadamente para el país. Y fueron hábilmente manejados por la oposición.

Entre las salas de "El Tiempo" y los reductos de las cámaras, la naciente conspiración, débilmente ondulaba, cuando vino a darle impulso tremebundo el trágico suceso de Palcaro. El país, y no podía dejar de suceder siendo la víctima quien era, se conmovió dolorosamente. Y la oposición, de la cual era miembro distinguidísimo el ilustre hombre público caído, dejó oír su voz, pidiendo febrilmente se esclareciera este crimen, que aún la justicia no acaba de ventilar. Y formuló la tremenda acusación. Frente a ella, no estuvo el gobierno acertado. Su mejor, su única defensa tenía que consistir en la rapidez de los trámites judiciales. Y, al no suceder esto, quedó planteada una situación muy difícil, que nuevos acontecimientos, de la misma trágica condición, vinieron a aumentar su gravedad.

En medio de estas convulsiones que el país sufría, tuvo la oposición otro motivo para increpar la conducta del poder. La reducción de los diminutos efectivos de nuestro pequeño ejército, más pequeño en todo tiempo que la guarnición que Chile mantiene en las provincias usurpadas, no podía dejar de inquietar justamente, cuando no se alcanza a comprender los móviles de semejante medida, a todas luces absurda, cuando no temeraria, y que no la habría aconsejado un civil al frente de la cartera de guerra.

Tuvo, además, la oposición, otros medios para mover la opinión en contra del régimen imperante. Fueron los asuntos que se ventilaron en las cámaras, en-

tre los cuales, el petrolero, conocido con el nombre de Brea y Pariñas, produjo por lo inconveniente y desfavorable de la solución pactada, impresión dolorosa y contraria al gobierno.

Nadie acertaba a explicarse cómo podía ser posible que un militar joven y sin la experiencia de los hombres de estado, hubiese conservado intactos estos derechos de la nación; y que su sucesor no hubiese podido defenderlos de la misma manera.

Ante este paralelo, que instintivamente se hacían en todas partes, hombres de toda condición; los ataques de la minoría del congreso, fueron de un efecto formidable. Y si lo que allá en Ilo, es decir en los confines del Perú, llegó hasta mis oídos, y que no dice muy bien de la moral ciudadana del representante a congreso a quien se refirió, no fué una especie inventada ni única: no es de extrañar la ola de indignación que la versión levantó. Con que hubiera sido calumnia no más, ya había lo suficiente para que la malicia hiciera lo demás. Esta apreciación parece la más en armonía con la realidad; porque hubo, en efecto, en medio de las incidencias de este sonado asunto, un momento en que la oposición disminuyó la fogosidad de sus ataques; y es natural que los expectadores—que lo era el país entero—se imaginaran, que si al final la oposición calló, fué tal vez porque cayó en la cuenta, de que ningún interés personal de los representantes aparecía beneficiado como consecuencia de los arreglos, lo que quitaba a la solución del probelma, ese agregado antipático con que se le quiso ver. Era suficiente después de la brega, para satisfacción de los representantes de la minoría, el colosal golpe acabado de sufrir por el gobierno con el desfavorable arreglo. Sin otro goce que el que experimentaban al ver minado, debido en parte a la acción de ellos, el prestigio del poder; ya

se habían dado el gusto de combatirlo formidablemente: podían pues esperar las consecuencias.

CAPITULO III.

Errores del gobierno

El carácter y la naturaleza de los ataques de la oposición, por ser tan virulentos, rebosantes de pasión y, en buena parte, personalistas, no podían autorizar a los miembros de los institutos armados a tomarlos en consideración. De los forcejeos políticos, de una política inconveniente y aun, de los errores de un gobierno, siempre que estos errores no afecten a la seguridad ni al honor de la nación, no es posible hacer cuestión para pretender que los llamados a velar por la seguridad de las instituciones, se declaren en rebeldía. Y hasta aquí, al ocuparme de la oposición, sólo me he referido a los siguientes errores.

Reducidos a la impotencia todos los adversarios del régimen que se consolidó el 15 de mayo de 1915, cometió éste, inmediatamente, el error de producir una convención, cuando perfectamente pudo presentarse exento de tachas, pues no había inconveniente para que, dentro de los convencionalismos de nuestro medio, es decir, ostentando las apariencias de la democracia y de la emisión libre y correcta de los votos ciudadanos, resultase ungido el nuevo presidente. Tal fué el primer error.

A la aparición de los furibundos artículos del "Abate Faria", ha debido procederse inmediatamente a hacer una efectiva defensa, en la misma forma en que se hicieron folletos y demás publicaciones, cuando los ataques a los arreglos del asunto "Brea y

Pariñas". He dicho que no deseo tocar ese pasado. Y creo que la mejor explicación de este propósito, se la tendrán que hacer, como yo, todos aquellos que consideren que nuestro pasado histórico no debe removerse, sino para deducir lecciones. Que hay ciertas vergüenzas que es ingrato desenterrarlas, porque afectan al prestigio de la patria. Que hay que considerar, que el medio, la época y las circunstancias, son, antes que la voluntad de los hombres, las causas primeras de la comisión de los extravíos, cuando estos son colectivos. Y, sobre todo, ¿a dónde iríamos a parar lanzándonos al camino de la sanción, del desagravio y de la depuración, a estas horas? Sería una verdadera amputación la que tendría que sufrir el país, no de territorio, sino de ese otro elemento constitutivo de las nacionalidades, del elemento humano que les es tan caro y tan indispensable, que sin él no hay patria posible. Proceder, pues, en tal sentido sería un error, porque el único castigo posible, sería la deportación. Y yo no quiero decir nada de lo que esta palabra significa; porque sería ocioso después de lo que digo en mis folletos "Apuntes para un estudio de economía matemática" y "Regulación". Por tales razones, aunque he admirado el temple y el valor moral del escritor "Abate Faria", nunca he podido aplaudir su labor. Y habría deseado verla desvirtuada, por los llamados a hacerlo, puesto que considero que esta omisión ha causado daño al país. Ella ha constituído pues otro error del gobierno.

El exceso de consecuencia política es funesto, sobre todo, cuando no son los ideales, sino los intereses y las pasiones los que mueven a algunos correligionarios. A un conglomerado político, sobre todo, si está en el poder, llegan personas de toda calidad. Pero incumbe al gobernante saber distinguir, pues acontece y esto es lo natural, que hay un abismo de diferencia entre

un adversario político que es un ciudadano correcto, que es un caballero y un titulado amigo político que es un pieza, que es un traficante. Establecida esa diferencia, no resulta difícil la elección, llegado el caso de tener que escoger. Esto quiere decir, que hay que dejar la política para gobernar. Esto quiere decir, que hay que imponerse a la consideración de los ciudadanos, por la propia acción, patrióticamente cumplida; y no temer, desde luego, a los que, por pequeñas variantes de concepto, se llaman adversarios. Esto quiere decir, que hay consideraciones que no se pueden negar, que se deben prestar contra la propia voluntad: tal es el caso de la elección de Cotabambas. En este memorable proceso, cuyo epílogo todo el país lamentó, hay más de un error.

La solución dada al problema de "Brea y Pariñas" es otro de los errores que la oposición combatió.

Además, también he dicho algo de la disminución del ejército, que es otro de los errores del gobierno del doctor Pardo.

Pero ninguno de ellos, ni aún este último, daba margen para una intromisión de las fuerzas armadas, tendente a derrocar al gobierno.

Es necesario buscar entonces otras causas que puedan explicarla.

Para gran parte de la opinión, la revolución debió estallar al siguiente día del ultraje inferido a la dignidad nacional por la imperial Alemania, que no quiso aceptar la diferencia de trato que ese gobierno daba al Perú respecto de la Argentina, en situaciones perfectamente análogas.

Pero el movimiento revolucionario quedó decretado y no solamente decretado sino triunfante, cuando producido el grito de urgencia de armas del coronel Ballesteros, que fué coreado por brillante y represen-

tativo personal de los institutos armados, no fué tomado en consideración.

Si el presidente Pardo, escuchando ese justo clamor, hubiese dispuesto lo conveniente, la obra de los revolucionarios de la minoría del congreso, del diario "El Tiempo" y la de todos sus adversarios, habría carecido del argumento decisivo de la fuerza pública, su mejor aliado, sin cuya participación y aquiescencia, habría sido imposible el éxito de la revolución. Y entonces tampoco ellos y la nación misma hubieran buscado un hombre capaz de reaccionar contra ese error.

Desconocer el pésimo efecto que el no dedicar el dinero necesario para armar al país, producía en el ánimo de los soldados, después de haberlo solicitado ellos por órgano tan autorizado; desconocer esto, estando de por medio la escandalosa conducta de los chilenos, con los atropellos y barbaridades que subsiguientemente cometieron contra la soberanía de la nación, en las personas de nuestros compatriotas, implica el desconocimiento del alma del ejército nacional y de las virtudes que siempre ha puesto en evidencia: bien sea, pagando con su vida, en los campos de batalla, los errores de los dirigentes de todos los partidos; bien sea, renunciado a los beneficios de una labor mejor remunerada que la mísera paga que obtiene y a los que, en medio como éste, es posible aspirar con la seguridad casi de triunfar. Y este desconocimiento fué el mejor aliado de los revolucionarios, como se verá en seguida.

La mentalidad más rudimentaria y el criterio más aferrado a la pasión, tendrán que convenir que no carecían de razón quienes anhelaron que el país se armara a todo trance.

No era huyendo ante una invasión, ni haciendo cobarde entrega de mujeres indefensas y de poblacio-

nes desmanteladas, como se iba a responder de los deberes más sagrados. Tampoco dejándose matar miserablemente. Nó.

Y digo que nó, pensando contrariamente a quienes se imaginan que el progreso moral de los pueblos ha llegado a la meta y que él hace posible esperar días de ininterrumpida paz. Digo que nó, porque me resisto a creer que, desinteresadamente, haya nación alguna que se apreste a hacer de policía contra el bandolerismo internacional, cuando éste no ataca ni daña sus intereses. Ya creo que alguna enseñanza puede deducirse de los debates del problema de la paz. Así como para la respiración de los organismos y para asegurar por esta función su vida, se hace preciso oxígeno, de la misma manera, es indispensable que las naciones cuenten con elementos en los que la oxigenación oportuna, les pueda garantizar la conservación de la existencia, contra las impurezas, contra el veneno de la hostilidad y de la agresión.

Mientras no se cambie pues la faz de las cosas, se rá condición de vida, el poderse defender por sí mismo. Y entre tanto que esta necesidad no la atiendan los gobiernos, hay el derecho de cambiar a éstos sin ninguna clase de consideración, particularmente cuando en los casos como el actual del Perú, se encuentren rodeados por todas partes de peligros.

CAPITULO IV.

Las primeras consecuencias

Por respetable, por fuerte, por apreciado que hubiese sido un gobierno, no hay necesidad de gran esfuerzo, para comprender la situación difícil en que le

dejaban colocado ante la opinión, sus varios errores y la campaña sobre él desencadenada, en las precisas circunstancias en que el país se encontraba en el momento más crítico de su vida nacional.

La condición de ser parte en la gran contienda en que el mundo se debatía, puesto que su doctrina era la misma que defendía uno de los grupos beligerantes, brindaba al Perú un puesto al lado de ellos. Pero a pesar de esta feliz circunstancia, el país permaneció substraído a ese deber y se encerró dentro de un neutralismo inexplicable, ante la realidad de su condición. Conjuntamente con el desarme, ha sido esta fatal determinación, la que ha dado autoridad suficiente a quienes se impusieron el deber de procurar para el país nuevos rumbos.

No es difícil formarse una idea de la manera cómo tal propósito progresó en el sur de la república.

Verdad es que los departamentos de Moquegua y de Tacna, en los que tuve oportunidad de apreciar con más detenimiento el estado de los ánimos determinado por las incidencias de la política interna, han sido en un pasado no lejano, el teatro de la acción sublime, para decirlo todo, de ese genial hombre que se llamó Nicolás de Piérola. Si el gran caudillo ha desaparecido ya del escenario, su obra vive en los sencillos corazones de los ciudadanos de esos pueblos, quienes, a medida que el tiempo trascurre, van dando carácter de leyenda a las épicas jornadas. Y es que, hasta la naturaleza parece haber contribuído a dar verdadero relieve de grandiosidad a la esforzada, a la abnegada labor.

En terreno abonado, la semilla tenía que ser fructífera. No hay que sorprenderse por lo tanto, del efecto que produjeron en el sur los magistrales discursos pronunciados en su cámara por el senador Miguel Grau. Sobre todo, hay que ver, que cuando el denue-

do y la apostura del hijo del héroe, haciendo de él la figura más culminante de la oposición, vencieron al plomo y al acero que cruzaron su camino, ya los pueblos creyeron ver en ese triunfo, el inmediato éxito de la oposición, que ellos miraban con tan profunda simpatía.

Por otra parte, conmovían también a los espíritus, las violencias del prusianismo y los desesperados ímpetus con que éste se debatía por el logro de sus aspiraciones, allá en los campos europeos. Presumían, veían, a la luz de los siniestros recientes hechos y ante las torvas miradas del prusianismo criollo que infama a América, el inminente desencadenamiento de los mismos vandálicos furores en estas tierras de los Manco y de los Pizarro. Y no el temor a los horrores del salvajismo disfrazado, ni a su desenfreno era lo que los sacudía, sino el estallido de santa indignación, la llamada del deber y, sobre todo, el sentido humano, que instituye de guardas de la civilización, a quienes, por haberla heredado digna y legítimamente, son los únicos capaces de amarla y de hacerla respetar.

Los pueblos del sur estaban, pues, decididamente inclinados a romper con una situación política que ellos, dado su espíritu, no podían calificar sino de desastrosa.

Y al expresar esto, tengo la satisfacción de manifestar, que la apatía, la indiferencia y las débiles complacencias de gran parte de los que allá en esas tierras vivieron sugestionados por la contemplación de los progresos materiales del vencedor o por los halagos de sus agentes, sufrieron manifiesto quebranto al comprender la posibilidad de la irrupción de la tragedia prusioaraucosatánica en los sagrados campos regados por la sangre generosa de los Grau, los Bolognesi y los millares de héroes, que, de un confín a otro de la

patria, volaron a la región de los inmortales, desde donde, cual centinelas perpetuos, custodian las tumbas que sus cenizas guardan y esperan los tardíos refuerzos que, al caer, anhelaron para su acción interminada.

Ahora bien, no hay motivos especiales que autoricen para suponer a todos los demás pueblos del Perú, desprovistos de los sentimientos que animaban a los del sur. Todo induce a creer que esa misma agitación, los predisponía a desear idéntica y saludable renovación de política. Oportunidad he tenido, posteriormente, de comprobar que partidarios decididos del doctor Pardo, hubieran querido verle a él, desde el gobierno, presidir la reacción. Tan general era el movimiento de opinión.

CAPITULO V

El deber nacional

Supongo, ahora, que no causará extrañeza lo que paso a referir.

Abundando también en esos mismos anhelos, legítimos, muy legítimos, hubo un soldado, un soldado de la patria antes que de los gobiernos, que concibió la idea de hacer que su país, lejos de permanecer ciego, sordo y mudo, sin alma, sin principios y sin doctrina, se incorporase, ungido con sus deberes de víctima de la conquista y con su carácter de paladín de los derechos de la civilización, que son los suyos y por los cuales media humanidad combatía, se incorporase a la noble mundial causa, consecuente consigo mismo y con su prestigio de tradicional nobleza, que no mide ni puede medir, que no hace intervenir al cálculo, que no delibera, cuando del honor se trata y que toma su puesto no importándole nada la magnitud material del acto que realiza.

El referido modesto servidor de la patria, que estas mal trazadas líneas escribe, había hecho llegar a manos del señor ministro de guerra y marina, un escrito del tenor siguiente, poco más o menos:

No sin haber reflexionado sobre la inconveniencia que pudiera haber en la publicación del resultado de un estudio atentamente seguido en las distintas zonas que se extienden al sur del río y valle de Tambo, es que decido hacerla; porque he pensado al cabo, que cualquiera que sea la orientación del pensamiento político sudamericano, no es posible que ella repercuta ingratamente, sobre todo, cuando se tiene el convencimiento de que la sinceridad es la nota característica en la vida de relación de nuestro país con los que le rodean.

Tuve dudas sobre la interpretación que de ella haría el supremo gobierno. Pensé que posiblemente era mejor comunicarle sólo a él las conclusiones a que he llegado. Que era acaso preferible el sistema de misterio. No arrojar a los cuatro vientos la noticia de que en estado de semiabandono poseemos riqueza inmensa, ignorada casi en su totalidad, con la agravante circunstancia de que se encuentra en región que constituye por sí sola, por sus especiales condiciones, la mejor defensa del territorio nacional.

Pero siendo lo cierto, que el misterio no existe, sino para nosotros y nada más. Que para nuestros vecinos no es un secreto la existencia de casi todo lo que por acá tenemos; encuentro que carecen de base mis temores, porque ni entusiasmo ni codicia cabe se despierten, donde ya es de antiguo el conocer lo que a sus puertas está. Más bien, deduzco, hay conveniencia en que se sepa no ignoramos, cuán inmenso es el valor de este nuestro sur.

La ondulosa meseta que arrancando de la ladera

que hacia el sur forma el valle de Tambo, se extiende casi hasta el angostísimo de Ilo y quebrada de Guaneros, abarcando una extensión de muchas leguas cuadradas, es un vasto depósito en el que la naturaleza guarda las sustancias más valiosas, con que se ha prodigado en esta sección del mundo, en abundancia y riqueza tales, que realmente, al divulgarlo, informando a quienes lo ignoran, instintivamente se recela de que puedan despertar en quienes poseían el secreto de su existencia, apetitos perturbadores.

Y afirmo, debo decirlo de una vez, porque quien quiera que recorra ese inmenso campo, tiene que encontrar la huella doblemente reveladora y profusamente difundida.

Mi cicerone, persona de no escasa ilustración y que lo viene recorriendo desde hacen más de 40 años, me ha hecho ver las múltiples labores de cateo en él practicadas, las mismas que también se encuentran más al sur, aumentando a medida que se avanza hasta la incidental frontera. Son tantas, que sin exageración puede afirmarse que corresponden a una labor intensa y organizada. Y como ésta no la ha mandado hacer el gobierno ni ninguna institución nacional. Como tampoco se puede suponer que ninguna empresa particular haya invertido, sin fin práctico alguno, tiempo y dinero en la proporción que ellas representan. Y, por último, siendo la mayor parte de los residentes, personas que tienen sus ocupaciones y sus hábitos de vida, tales, que no les permiten dedicarse a tareas de esta especie; hay que concluír, lógicamente, viendo en ellas la acción de intereses distintos a los nuestros.

Y esta no es una mera opinión inspirada, por la lógica. Hay un hecho que por sí sólo puede explicar mucho más. Y es, que Ilo, población de 600 escasos habitantes y de reducido movimiento comercial, ha sido la

sede de un consulado de una nación vecina, habiendo hecho el cónsul vida de Creso, por toda aparente ocupación, en medio de la semimendicidad que el puerto vive.

Tales son las incidencias en relación con la existencia de las indicadas labores.

Yendo ahora a lo que ellas descubren. Tomando muestras. Haciendo los ensayes. Entonces hay el derecho de decir que son muchos los millones que este territorio almacena en sustancias minerales de diferentes clases. A lo dicho hay que agregar, que buena parte del terreno superficial es de fácil regadío.

Además de su importancia económica, la posesión de ella tiene valor inestimable. En su extremo norte está la llave de defensa de Arequipa. Guasacachi vale la seguridad del territorio por el sur. Hay, además, otro punto estratégico que a la vez domina la meseta Clemesí y los caminos y cerros que van a Moquegua y a Sama. Cerca de él hay todavía vestigios de haber existido una fortaleza incaica. No a mucha distancia de él se encuentra la pampa de Pacocha, quedando ésta a espaldas del puerto de Ilo. De modo que la seguridad de Arequipa significa la posesión de Clemesí, con su quebrada inexpugnable de Guasacachi; así como la conservación de esta pampa, requiere la de la otra, con su puerto de Ilo, por consiguiente.

Ahora bien, demostrado el valor que desde un punto de vista militar tienen ambas pampas. Y habiendo indicado la riqueza minera de Clemesí, tan considerable como la del interior, restaría, para terminar de hablar sobre esta zona, referirme a la colosal riqueza, al caliche de Pacocha, al que se encuentra a inmediaciones de Salinas y al que está más al sur, cerca de Sama.

Y como en estas líneas debo hablar de lo que creo,

por lo menos poco conocido por nuestro gobierno, consignaré, como noticia que requiere comprobarse, que en reciente exploración a lo largo de la costa y al sur de Ilo, en punto que me reservo precisar, parece que hay petróleo. Tan pronto como me halle enterado del procedimiento necesario para constatar la existencia de dicha sustancia, partiré para ese punto, nuevamente. Y si se confirma, será estupenda la importancia de esta región, que, para merecer la atención de ser librada a la explotación, tiene de sobra con el excelente carbón de Carumas, que no es como las antracitas de nuestra costa, de combustión condicional, sino facilísima, pues se trata de una hulla muy buena.

Respecto de esto, se me ha dicho que en Lima no se ignora que la explotación de este yacimiento fué la razón única que tuvo una empresa para, simulándose europea, hacer estudios completos para trazar una línea férrea por la quebrada de Guaneros.

Ilo, octubre de 1917.

M. Pinto Bazurco.

Debo decir, que cuando esto escribía, apenas tenía referencias vagas sobre la existencia de ese nuevo Cerro de Pasco que el porvenir verá librarse a la explotación bien pronto, tan rico y quién sabe mucho más, que el explotado hoy por el capital americano. Quiero referirme a los extensos yacimientos cupríferos, que se extienden desde las goteras de Moquegua hacia el sur, formando cadena paralela a la cordillera y cuya riqueza aumenta a medida que se acerca a las cumbres andinas; a la región inmensamente rica cuyo centro está en Toquepala, pocas leguas hacia a-

dentro de Locumba y que ha sido y es, con las pocas pertenencias mineras que existen denunciadas, objeto de las expectativas de un activo ciudadano chileno, constituído en gerente de sociedades formadas en la ciudad de Tacna.

Si la anterior exposición no produjo el efecto que su gravedad reclamaba. Si la campaña grandielocuente y eminentemente patriótica del senador Cornejo y las igualmente distinguidísimas de los periodistas Ruis Bravo y Varela y Orbegoso y de la prensa en general, no tuvieron la virtud de orientar al gobierno por la senda marcada, no con los estigmas de la afrenta, del ridículo y de la disolución, sino con los atributos que constituyen la dignidad de una nación.

Si además de esto, se asiste a la formación de la famosa liga chileno-germana, precursora y nada más que precursora de las no menos famosas ligas llamadas patrióticas, instituídas posteriormente para consumar inauditos atropellos a los nativos y demás residentes peruanos de las provincias de Tarapacá, Tacna y Arica, con barbarie y cobardía tales, que mortifica considerar sea la obra de hombres nacidos en América, que así de esa manera respondían al armisticio que debía poner término no sólo a la gran guerra sino a las desmesuradas ambiciones que al azar de ella se despertaron en Araucania.

Y si no sólo se asiste a la formación de esa liga, sino que se ve que el territorio de Chile es el cuartel general de los germanos recluídos en Sudamérica y que se lleva a cabo una verdadera concentración de estos elementos; coincidiendo todo esto con los afanes de los "neutrales chilenos" para conseguir la entrega de sus submarinos con sus respectivos torpedos; y sobre todo: si se consideran no sólo los afanes, sino los medios de toda clase puestos en juego para proporcionar-

se armamento en cantidad exhorbitante para el número de hombres que se sabe puede Chile poner en filas, puesto que era suficiente el material que por entonces poseían.

Pero si todo esto no fuera bastante para llevar al ánimo del hombre más indiferente, el convencimiento de lo crítico de la situación en esos tiempos: bastará tener en cuenta la extraña actitud asumida por los chilenos y a la que sirviera de pretexto, primero el cambio de visitas de unos cuantos niños de La Paz y de Lima y después, el abandono que de su habitual mutismo hizo la prensa limeña y la del país en general, para tratar a puertas abiertas y a tambor batiente, de los derechos, no de deshonor ni fundados en la usurpación, sino honorabilísimos y sagrados que al Perú le asisten sobre las provincias de Arica, de Tacna y de Tarapacá.

Pues no se habrá olvidado que a raíz de esto, la insidia chilena quiso ver alianzas del Perú con Bolivia y con la Argentina aún. Y que, con simulada candorosidad, procuraban hacer destacable la silueta de un Chile amagado y al que se obligaba a la defensa. Bajo esta faz y en esta fingida espectación—que otra era la que tenían—se mantuvieron por algún tiempo los chilenos y sus elementos de refuerzo, los germanos. Constituyendo siempre una amenaza que, entre nosotros, sólo no pudieron ver quienes aferrados a su error y vacilantes, acaso obedecían a la misma inquietud que, con vista al desarrollo de los acontecimientos en los dos grandes frentes que cruzaban los campos de Europa, agitaba al espíritu chileno; diferenciándose la vacilación en que —esto hay el deber de suponerlo— los hombres que gobernaban el Perú, creyendo siempre en el éxito de las armas teutónicas, quisieron ahorrarle al país un sacrificio que no sólo juzgaron inútil,

sino decisivamente fatal, único modo de explicarse su procedimiento; mientras que en Chile, aunque prontos e impacientes por agredirnos, se mantuvieron irresolutos, en tanto que no tuvieron la seguridad del triunfo de sus aliados de corazón, que se esfumaba en el sucesivo fracasar de las memorables grandes ofensivas y que acabó por disuadir de su propósito a este singular pueblo, que, ante la evidencia de la pérdida de sus esperanzas, no tuvo inconveniente para cambiar radicalmente de táctica y de orientación, creyendo, ingenuamente, cosa sencilla, hacer comulgar con ruedas de molino a los demás países, que no pudieron ignorar completamente el extraño juego a que estuvo dedicado.

Por consiguiente, dada la grave situación que refiero, no vacilé—como tampoco vacilaré si nueva ocasión se presentase— en procurar, animado de la decisión más grande, llevar a la práctica mi propósito de ver al Perú ocupando un puesto al lado de las naciones que luchaban en los campos de batalla por abatir el depotismo, la tiranía y la conquista.

La habilitación de una caleta para pescadores, fué el acto inicial de mi pretendida empresa.

Con el expresado motivo, dirigí las siguientes comunicaciones:

Ilo, 4 de junio de 1918.

Excelentísimo señor Ministro de los EE. UU. en el Perú.

Lima.

E.S.M.

Debiendo designar con un nombre único, de manera clara y precisa, la bahía que se halla al norte de

la boca del río de Ite, cuyas aguas pasan por Locumba, actual capital del departamento de Tacna, por encontrar que se nombraba dicha bahía con un nombre por algunas personas y con otros nombres distintos por otras; aconsejé, primeramente, a los escasos moradores de esa región, que diesen a esa bahía un nombre definitivo, que al efecto me honré en indicárselos; el cual posteriormente lo hice figurar en documentos oficiales del cargo que desempeño—capitán de corbeta de la armada, a cargo de la capitanía del puerto de Ilo, cuya jurisdicción se extiende hasta la frontera con Chile.

Este nombre es el del inmortal Lafayette.

Pues pienso que cuando los valerosos soldados de la gran nación americana, han acudido por el camino que antes atravesara el virtuoso libertador Lafayette, no hay nada más digno, que el rendir homenaje a la gloria de la lucha actual y a la gran patria americana, iluminando con ese nombre glorioso—a la vez francés y americano—la que ha sido hasta el 15 de mayo del presente año, modestísima bahía.

Quiera el señor Ministro Americano tomar conocimiento de los hechos que tengo el honor de exponerle en mi carácter de ciudadano peruano y saber que al mismo tiempo, los comunico al señor representante de Francia en el Perú.

Del Excelentísimo Sr. M. Atto. y S.S.

(Fdo.) *M. Pinto Bazurco.*

MUSEO NAVAL DEL PERU
C. de 1. Julio J. Elías Murguía
Biblioteca

Ilo, 4 de junio de 1918.

Excelentísimo señor Ministro de Francia en el Perú.

Lima.

E. S. M.

Debiendo designar con un nombre único, de manera clara y precisa, la bahía que se halla al norte de la boca del río Ite, cuyas aguas pasan por Locumba, actual capital del departamento de Tacna; por encontrar que se nombraba dicha bahía con un nombre por algunas personas y con otros nombres distintos por otras; aconsejé, primeramente, a los escasos moradores de esa región, que diesen un nombre definitivo a esa bahía, que al efecto me honré en indicárselo; el cual, posteriormente, lo hice figurar, a partir del 15 de mayo último, en documentos oficiales del cargo que desempeño—capitán de corbeta de la armada, a cargo de la capitanía del puerto de Ilo, cuya jurisdicción se extiende hasta la frontera con Chile.

Este nombre es el del inmortal Lafayette.

Pues pienso, que cuando la generosa sangre francesa se está derramando a torrentes por la defensa de la libertad y de los derechos humanos; no hay deber más imperioso, en grandes o pequeños, que el del reconocimiento a la nobleza de tan magna acción. Y no encuentro de momento fórmula más digna para rendir mi tributo de americano a la gloriosa actual jornada libertadora y a la Francia, que mi cooperación para que una bahía de mi país sea honrada con el nombre del ilustre general francés libertador de América.

Y a mi vez me honro, en mi carácter de ciudadano peruano, en dirigir la presente comunicación al digno representante de Francia en el Perú, manifestándole

que en la misma fecha noticio al señor Ministro de los Estados Unidos, de la existencia de la bahía de Lafayette.

Del Excelentísimo señor Ministro Atto. y S.S.

(Fdo.) *M. Pinto Bazurco.*

Días después tuve el agrado de recibir la siguiente respuesta:

LEGACIÓN OF THE UNITED STATES
OF AMERICA

Lima, 10 de junio de 1918.

Señor D. M. Pinto Bazurco, Capitán de Corbeta, Encargado de la Capitanía, Ilo, Perú.

Muy señor mío:

Consta en mi poder su grata del 4 del que cursa, dirigida a esta Legación, en la que se sirve Ud. comunicarme que ha acordado designar con el nombre de Lafayette, habiendo comenzado a hacerlo así oficialmente desde el día 15 del pasado mayo, a la bahía existente al norte de la boca del río Ite, en el actual departamento de Tacna.

Apreciando en mucho el honor hecho de esta manera a esta nación, dando a Ud. mis gracias por ello, tengo el honor de participarle que pasaré su comunicación a mi Gobierno, para que quede en Washington constancia de ello.

Soy, señor capitán, de Ud. respetuosamente y atto. y S.S.

(Fdo.) *Walker Smith.*

Encargado de Negocios de la Legación de los EE UU.

Y aguardaba la contestación del señor Ministro de Francia, para dar cumplimiento a mi programa.

Me proponía lanzar la idea de colonizar por familias de los mutilados, de los aliados, las tierras ahora incultas que se extienden a ambas márgenes del río que desemboca en Ite, las mismas que antes se regaron sacando el agua del río por medio de canales que están hoy a medio cubrir pero que es fácil restaurar.

Pensaba yo que llevada a la práctica la idea de esta colonización, tanto con el apoyo de los miembros de los institutos armados del país, como con la concurrencia también de las colonias aliadas, habría de aumentar, si posible era, la simpatía por la causa aliada. Que más fuertes vínculos tendrían que sobrevenir Y que con ellos nacería un entusiasmo tal, que hubiese sido de todo punto imposible al gobierno, contener la entrada del Perú en la guerra. Puesto que creado dicho estado de ánimo; es decir, conmovido profundamente el país—más allá de lo que estaba—; agitados los ánimos en el ejército y en la marina; y reinando por todas partes delirante entusiasmo: el propio presidente Pardo se habría apresurado tal vez a declararla.

Pero la contestación del señor Ministro de Francia no llegaba; y ésta, que yo la suponía análoga a la que recibí del digno representante del gobierno americano, no sólo debía consagrar con el glorioso nombre de Lafayette a una humilde caleta, sino que tenía que dar autoridad y base al proyecto de colonización de las inmensas pampas adyacentes a ella. El tiempo, así, trascurría en inútil espera y los acontecimientos no se desarrollaban, pues, como yo los había deseado.

Mientras tanto, era lógico, suponer que Lima ardía subterráneamente. Y así efectivamente sucedía. La campaña de "El Tiempo" era cada día más terrible.

Continuaba distinguiéndose por lo incendiaria, la pluma del "Abate Faria". Y el país todo padecía las consecuencias de la crítica situación que atravesaba, sin que se viera un síntoma de adecuada reacción por parte del gobierno y sin que tampoco disminuyese la intensidad de la campaña que se le hacía.

Tal era la situación, cuando la fuerza de la opinión comenzó a prevalecer.

Desde la llegada a Ilo del mayor Fernando Duarte, nombrado 2.° comandante del regimiento de caballería N.° 5, acantonado en Moquegua, pude comprender la posibilidad de salvación para el país. Mi antiguo condiscípulo conoció detalladamente la azarosa condición que antes he precisado y me manifestó que el entonces jefe del gabinete militar, coronel don Enrique Ballesteros, era un patriota a quien podía escribir informándole de todo lo que se relacionaba con nuestro abandonado sur. Acordamos dirigirnos ambos a dicho jefe, consultándole previamente si podía enviarle mi correspondencia. Duarte fué el primero que le escribió y lo hizo antes del memorable día en que ese congreso de jefes con el mismo coronel Ballesteros a la cabeza, interpretaron el sentir del ejército o mejor dicho, sus necesidades, sus patrióticas necesidades, que lo son las vitales del país, y las hicieron conocer de éste, frente a frente del gobierno llamado a satisfacerlas, con la dedicación de la suma necesaria para ello.

Así fué pues, que en cartas sucesivas le hice el resumen de lo que mi permanencia de un año en los departamentos del sur, me había hecho conocer. Y fué para mí un verdadero consuelo, cuando recibí esta hermosa respuesta:

Barranco, 9 de agosto de 1918.

Señor Capitán de Corbeta, M. Pinto Bazurco.

Ilo.

Mi estimado comandante y amigo:

Poco después de mi reemplazo en el Gabinete Militar por el coronel Ponce, tuve el agrado de recibir, juntas, sus muy interesantes comunicaciones fechadas 3, 7, 12, 15 y 18 de julio próximo pasado. En ellas he encontrado valiosas informaciones de la importantísima región del sur; y he podido darme cuenta, por ellas también, de su por todos conceptos, laudable tarea de estudiar esos territorios, que están bajo la ávida mirada de inescrupulosos vecinos, y de los cuales se preocupan tan poco nuestros dirigentes, enfrascados en la política casera y en el logro de sus ambiciones personales.

Como jefe de estado mayor de la 3.ª división hasta hace un año, vine a conocer el deplorable abandono de nuestra frontera; pero nada es capaz de sacudir el marasmo de los hombres llamados a responder por la integridad nacional. Dios no quiera que un día u otro veamos avanzar la línea divisoria más al norte, pero mucho me lo temo.

Ya no me escriba Ud. más, porque debo salir en dirección al Japón dentro de pocos días. Siento que esta contingencia me prive del placer de completar sus datos y de secundarlo en su idea de bautizar de manera oficial y definitiva la caleta que Ud. señala con el nombre de Lafayette, aquel heróico general francés que puso su espada a favor de la causa de la libertad americana.

Quizá, cuando ésta llegue a sus manos, habré partido; quiera Ud., pues, recibir junto con mis agradecimientos la expresión de mi particuar deferencia y amistad personal.

Pronto recibirá Ud. noticias mías de cualquiera de los puntos del tránsito.

Hasta luego, S. S. y amigo.

(Fdo.) *E. Ballesteros.*

Hermosa respuesta he dicho y ello es verdad, pero por lo mismo que se pintaba en ella la falta absoluta de fé y más bien se daba casi por perdida toda esperanza de salvación, no era posible dudar cuál era la condición verdadera por la que se atravesaba. Sobre todo, saltaba a la vista este argumento: la expatriación del jefe que había tenido el valor de hablar claro.

Había pues que persuadirse de que no era posible acariciar ideales de redención.

La patria estaba condenada a continuar mutilada; pues la ilusión de la última esperanza se desvanecía casi al mismo tiempo que se forjaba.

Fué entonces que me olvidé de mi modesta situación militar y de la ninguna que políticamente representaba. Todo eso era indiferente y no tenía qué hacer nada con la significación efectiva de dos departamentos Moquegua y Tacna—que al lanzar el reto a los semi-beligerantes germanos y germanófilos del otro lado de la frontera, contaban con elementos suficientes para luchar sin sucumbir, sosteniendo la hermosa bandera de la causa aliada mientras acudiesen o el Perú todo, o las legiones americanas, las más próximas para responder al estallido de alianza así efectuada.

Fué entonces que imaginé superar los obstáculos que mantenían al país fuera de su puesto de honor y en la desposesión en que hoy se encuentra todavía.

Enteramente de acuerdo con el distinguido oficial de caballería, señor Eulogio Castillo, redacté una carta. En ella, después de hablar de la situación general del país y de la especial de los pueblos del Sur, de la bahía de Lafayette y de mis proyectos de colonización a inmediaciones de esta bahía, decía al doctor Juan de Dios Salazar y Oyarzábal, que era casi seguro poder conseguir que el patriotismo de las fuerzas acantonadas en Moquegua, secundara la obra de resurgimiento nacional que estaban dispuestos a sostener muchos ciudadanos de los pueblos de Tacna y de Moquegua. Pedía datos de Lima y del resto del país que me habrían permitido juzgar de la mejor forma y marcha de los acontecimientos que proyectábamos. Proponía sublevar los referidos departamentos, declarando la guerra a los imperios centrales. Preguntaba si la oposición podía y quería hacer lo mismo en Lima u otros pueblos de la república. E indicaba que se me contestase con la oportunidad necesaria para poder pedir nuestro pase a la disponibilidad. Esta carta llegó a su destino, por conducto personal, unos pocos días antes de la sublevación de Ancón.

Demás está decir que fué inmenso el efecto que me produjo la noticia de este acontecimiento. Por momentos esperaba un aviso telegráfico. Como los días trascurrían y éste no llegaba, me inclinaba a creer, que tal como lo decía en mi carta, la respuesta vendría por el mismo conducto personal que yo la enviara. Tal como lo teníamos proyectado el entonces capitán Castillo y yo, era indispensable el regreso de él al sur, y él tampoco regresaba. ¿Qué había sucedido? El doctor Salazar se encargó después de explicármelo. Mien-

tras tánto, allá, en el lugar más aparente para haber conseguido el despertar de las conciencias, tuve que quedar irresoluto, entre la inútil pero obligada espera y la contemplación del desarrollo de la campaña del mayor Patiño Zamudio.

El término de esta jornada, que fué la vía crucis de los dolores de la patria, marcó también en el reloj de mis esperanzas, la hora final en que hubo de detener su marcha.

A la interrumpida paz de una Varsovia resurrecta, sucedía acá, en tierras de América, una paz vestida con los ropajes de una neutralidad imposible. Era la misma imposición, que aquí también había logrado restablecer la tranquilidad del dominio de los unos y el sueño de los patrióticos propósitos de los otros.

Pero los ideales no duermen. Antes bien, agitan sin cesar a quienes tienen la fortuna de servirlos; y esto era lo que acontecía a los que, sin previo acuerdo y oyendo sólo a las llamadas del más grande de los deberes, no trepidaron en cumplirlo .

La adversidad es maestra admirable. Y en esa ocasión, sus lecciones claras, precisas y terminantes, explicaban, que como la Grecia, el Perú necesitaba un Venizelos. Y el Perú ansió desde ese momento, que el suyo acudiese a redimirlo.

No habían sido, pues, inútiles, ni el patriótico discurso del coronel Ballesteros, justo clamor que por no encontrar eco en las esferas del gobierno dejó planteada la revolución, ni la iniciación de ésta, anunciando al mundo, que aquí en esta tierra existen todavía hombres que se sienten capaces de marchar al sacrificio, cuando están de por medio la dignidad y la vida de la patria. Hecho magno que, cuando las pasiones cesen en su acción, tendrá que figurar lado a lado de ese otro histórico hecho que, también en Ancón, ce-

diendo a la brutalidad de la fuerza, consagró la fragmentación de la obra de San Martín, de Bolívar, de Sucre y de los gloriosos compañeros de estos genios de la Victoria y de la Libertad.

El espíritu nacional se orientó entonces resueltamente hacia el caudillo que tantas veces había dado pruebas de interesarse por el engrandecimiento de las institucions armadas. Y le exigió regresar a la patria.

Ante estos requerimientos, temblaron los políticos chilenos. Pero en el Perú, aun para personas adictas el doctor Pardo, renació la perdida confianza en la suerte futura de la nación y se respiraba ya con más tranquilidad.

Entre tanto, la opinión seguía ganando adeptos en las filas del ejército y de la armada, que miraban también con simpatía la anunciada llegada del Venizelos del Perú. Y esta simpatía, todavía no bien comprendida por algunos, acabó por consagrar al señor Leguía, jefe indiscutido de la nación, que como tal se le hubiese recibido, sin más trámite, a su llegada a Lima, si no hubiese sobrevenido la firma del armisticio, que, prácticamente, puso fin a la Gran Guerra.





Mariscal Don ANDRES A. CACERES

Director del movimiento del 4 de Julio en la capital.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO VI

El problema presidencial frente a frente a Chile

Este memorable acontecimiento ejerció su influencia en todo y en todas partes. En el Perú y en todo lo que le atañe, tuvo también que dejarse sentir.

Por de pronto, había pasado ya, para no volverse a presentar tal vez nunca más, la magnífica ocasión de que las más grandes naciones estuvieran combatiendo en defensa de un ideal, de unos principios, de una doctrina que son los nuestros. Y en el problema de esa sagrada redención, no habíamos tomado participación.

Quedaban siempre las carnes de la patria destrozadas y al pie del látigo que las profanó.

Quedaba nuestro derecho simplemente escrito, tal como nosotros lo quisimos contemplar a la hora sublime de la prueba, en que los tratados se vilipendiaron.

Y comenzaba de nuevo el reinado de los egoísmos y de las concupiscencias.

Había llegado, pues, la hora de los de Chile. Y partió la misión Yáñez. Y vió la luz la Armenia Ame-

ricana, con los inauditos atropellos que los nuevos jóvenes turcos se gozaron en decretar desde la gran mezquita de Santiago.

Les hicimos el obsequio de dejarlos tranquilos en los precisos momentos en que ellos acechaban la hora de nuestro completo exterminio. Y tenían ahora el derecho de reventarnos, el derecho que les daban sus armas victoriosas, sin haber hecho un disparo.

La miserable conducta observada con los peruanos de toda condición, edad y sexo, patrocinada, cuando nó dirigida por las mismas autoridades, durante las expulsiones que en masa se les hizo sufrir, hizo que todos volviésemos la cara a nuestros parques y al Tesoro Nacional. Pero en ellos sólo se encontraba el vacío. y mal podía resonar en éste, el eco de la voz que pedía fusiles para recibir por toda respuesta el destierro.

Se había perdido lastimosamente el tiempo. Y ya no era hora de pensar, sino en una retirada decorosa. Sin embargo de que eran nueve meses los que faltaban de gobierno, todavía, no se quiso por el consejero militar, responsable directo y único del desarme, poner remedio, durante esos nueve meses si quiera a la angustiosa situación. Se optaba por dejar al nuevo gobierno la tarea que imponía la defensa nacional.

Todo eso era hasta cierto punto razonable. Pero entonces el propio decoro imponía dejar al país en absoluta libertad para darse el mandatario que quisiera. Olvidarse de todas las combinaciones, llámense convenciones o cualquier otra cosa, era lo natural. Pero siempre los llamados intereses políticos tienen que frustrar en nuestro país las mejoras intenciones. Como los niños malcriados, dueños del mal entendido cariño de su papá, hacen a la postre su voluntad. Algo de esto tuvo que suceder, a juzgar por lo que se

llegó a traslucir. Lo cierto del caso es, que en esta ocasión, nadie pudo ser convencionado, aunque sí jugaron algunos nombres de convencionales que tampoco llegaron a cristalizar.

El fracaso de las gestiones puestas en juego para resolver la sucesión presidencial por medio de una convención de partidos, pudo perfectamente hacer ver a los interesados en realizarla, la inutilidad de todo posterior manejo tendente a impedir la libre elección.

Además de esta consideración, ha debido tomarse en cuenta la declaración que con toda hidalguía y rectitud, hiciera ante el presidente de la república y los jefes de los grupos políticos, el jefe del partido más popular del Perú. Hay que convencerse de que desde el instante en que el señor Isaías de Piérola manifestó a dichos señores que la popularidad del señor Leguía era incontenible, ya no les quedaba otro recurso que acatar esa popularidad. Fuera de Lima, tuve oportunidad de apreciar en algunas partes el efecto de esta declaración. Todo el mundo recordaba con ella, la correcta actitud que había tenido en ocasiones pasadas el señor de Piérola, en las que había declinado el honor de ser candidato a la presidencia, fundándose en consideraciones de orden económico. Y por eso todos quisieron ver en ella el triunfo del señor Leguía, lo que explica la gran cantidad de votos demócratas que lo consagraron y que se habían sumado a la opinión dominante, cuando quedaron en libertad de pronunciarse, orientados por la autorizada voz de su jefe.

La firma del armisticio fué un nuevo motivo para que la oposición fulminase al gobierno, tratándole con crueldad terrible.

Al enrostrar al régimen la responsabilidad de la

situación, derivada para el país por el abandono de la defensa de su causa, volvió a agitarse la sonaja de traidores premeditaciones con que le inculparon, sin fijarse en que, con estos desbordes de pasión, le hacen daño inmenso a la nación.

No sólo es el triste cuadro en que se exhibe a la patria, pregonándola vendida y entregada su suerte a hijos que así resultan peores que indignos Judas.

Seguramente que no se fijaron en lo que hacían y que tampoco creyeron mucho lo que decían. Porque no se concibe que pueda existir peruano capaz de permitir que su patria siguiese gobernada un día más por un traidor, sin hacerse él mismo con su pasividad, cómplice del culpable. Y la culpabilidad de éste, repetida a diario, resultaba verdaderamente un insulto para toda la nación que no tenía a menos dejarse gobernar por persona que denigraba al país, en el alto sitial de gobernante. Yo confieso, que más de una vez me he sentido avergonzado en presencia de extranjeros que me interrogaban por la veracidad de las acusaciones infamantes. Y que, aunque sinceramente contrario a los errores cometidos, me he tenido que convertir en defensor de los hombres que se trataba de denigrar.

Si se hubieran detenido a reflexionar que "los pueblos tienen el gobierno que se merecen", seguramente que, o habrían moderado el tono de sus alegaciones, o habrían derrocado con facilidad suma al gobierno, sin necesidad de producir el menor escándalo. Estas eran las reflexiones que me hacía yo allá, en Ilo. Porque a la verdad, se me hacía muy duro tener que aceptar todo lo que se decía y por consiguiente también la consecuencia inmediata que se desprendía al ser realidad aquello y que habría puesto en mal predicamento a todo el personal del ejército y de la ma-

rina; pues era inconcebible que hombres patriotas y caballeros, como tienen que serlo todos los que vistan galones, se hubiesen petrificado, porque no se puede decir otra cosa, para coludirse con la traición y con la infamia. ¡Nó! Eso no era posible.

Pero si en esto de la neutralidad peruana no hay nada denigrante y si un error cuyas consecuencias el país hoy sufre y lamenta, ofreció en cambio a la opinión sana, la fuerza de que dispuso para armarse de razón al iniciarse la lucha por la presidencia.

La reacción contra la neutralidad y el desarme habían descartado al partido de gobierno del poder, haciendo inútil todo intento, toda pretensión para mantenerse en él.

Y la nación que se había hecho la ilusión de romper la primera, es decir, la neutralidad, a la llegada de su Venizelos, quiso encomendarle a él, el encargo de concluír con el segundo, quiero decir con el desarme. Y de un confín a otro del territorio le aclamó candidato a la Presidencia de la República.

El retorno del señor Leguía al hogar patrio, fué, pues, un verdadero acontecimiento. Esperado con patriótico entusiasmo, dió por fín al pueblo, en la primera quincena de febrero, el consuelo y la alegría de ponerse a sus órdenes. Y desde ese memorable día, a él convergieron, no sólo las miradas, no sólo el pensamiento, sinó el alma misma de la nación, que desde entonces creyó poder contar ya con la seguridad de su redención.

Mientras tanto, los de Chile castigaban la osadía peruana, de entregar su suerte a su jurado enemigo, aumentando el ensañamiento y la crueldad de las brutales expulsiones y de los atropellos a nuestros connacionales. Y se dedicaron a un extraño juego, revelador del desconcierto en que vivieron en esa hora.

Al mismo tiempo que invadieron el país con sus espías, aumentaron la guarnición de las cautivas y llevaron a ellas nuevos cuadros de oficiales. Retiraron en cambio no sólo a sus agentes oficiales consulares, sino también a los extraoficiales que hacía tiempo los teníamos a las órdenes de aquellos, cumpliendo cada cual misión especial, relacionada con el disfraz con que se habían presentado.

Uno de los últimos en retirarse, por Ilo—pues lo hizo mucho después que su Cónsul, el señor Ahumada—fué un señor Cerda, gran conocedor de los inmensos yacimientos cupríferos que se extienden de Moquegua a Candarave, denunciante de pertenencias mineras y gerente de dos sociedades formadas por él en Tacna para la adquisición de dichos yacimientos.

Otro ciudadano chileno, un señor Saavedra, ganadero según ellos, tuvo a su cargo la toma de posesión del carbón de Carumas. Para el mejor éxito de su empresa, se había asociado con un señor Elías, que posteriormente fué subprefecto de Moquegua. Afortunadamente, pasó por Ilo el comandante señor Isaac Zapater, amigo de dicho señor Elías y, mediante sus gestiones, nos fué posible conseguir que éste rescindiera el contrato que tenía con el chileno Saavedra.

Más difícil era cruzar a Cerda, por lo mismo que algunos peruanos formaban parte de las compañías de que él era Gerente. Con todo, habiéndome enterado de que los yacimientos de cobre ofrecían mayor incentivo por la fuerza que se puede obtener del río Locumba, procedí en forma tal, que bien pronto no quedó una pulgada de éste río disponible para denunciar. De este modo se llegó a constituir una sociedad, ostensiblemente mercantil, pero en su finalidad, encaminada a impedir que la planta chilena se asentara con su capital o con la iniciativa de sus hijos, en sue-

lo peruano inmediato a la frontera. El senador doctor Eduardo Lanata, el doctor Lizandro Maúrtua y los señores C. Vives, F. Miranda, Nieto, Ferrer y Vásquez, no omitieron esfuerzo en esta labor, habiendo tomado la sociedad como ingeniero a don C. Meinki, quien levantó el plano del referido río, en la extensión de 30 leguas que tiene, desde su nacimiento en la laguna de Curibaya hasta el mar.

Alguna actividad tuve también que desplegar para reservar la región comprendida entre Ite y Sama, en la que se dice hay petróleo. Afortunadamente, tuve siempre la suerte de encontrar colaboración y apoyo decididos. Pues, no sólo los particulares, sino aún personas que investían autoridad, miraban también con recelo la actividad desplegada en este sentido por el elemento chileno.

En uno de los necesarios viajes que con los expresados fines tuve que hacer a Locumba, el cumplido funcionario y caballero señor C. Abril y Borgoño, prefecto entonces de ese departamento, me manifestó que sus impresiones coincidían con las mías en todo lo relacionado con esos departamentos.

Naturalmente, toda esta labor, llevada a cabo como simple particular, hubiera yo querido comunicarla al Gobierno. Pero ya estaba convencido de que era inútil. Por lo mismo, había que descontar el procedimiento escrito.

Pero esta triste incertidumbre, no me podía obligar a permanecer inactivo y aislado. Era para mí una necesidad, encontrar en la capital con quien cambiar ideas. Con este fín me dirigí a mi antiguo maestro, el señor capitán de navío don Juan Manuel Ontaneda, a quien siempre me había mantenido vinculado sólido e invariable afecto profesado desde la escuela. Y, para asegurar el secreto, me permití enviarle una clave,

cuya llave era: "Hacer Patria". La misma clave usaba para comunicarme con el distinguido publicista, señor Gustavo Pinto, quien, desde su residencia de Ilabaya, cumplía patriótico apostolado en su departamento.

A propósito de claves, recuerdo haber usado tres distintas. Una de ellas, la que dejo indicada; otra, la que ligaba al Gabinete Militar con las capitanías; y una tercera, por medio de la cual comunicaba al Comandante Zapater, Jefe de una comisión en la frontera, las noticias que diariamente tomaba en la estación radiográfica don Enrique Euribe, segundo empleado de dicha oficina y que desde un principio estuvo enteramente a mis órdenes, consciente de la significación patriótica de su conducta, que siempre se distinguió por abnegada.

Además del Comandante Ontaneda, hubo otro jefe, el Coronel don Antonio Castro, a quien también escribí repetidas veces. Este distinguido jefe, había hecho una ligera visita a los departamentos del sur, en comisión del servicio y pudo darse también cuenta de algo de lo que vengo diciendo.

Sólo recibí de él un telegrama visado por el jefe del Estado Mayor del Ejército, Coronel don Pedro P. Martínez, en el me acusaba recibo de una de mis comunicaciones.

Y tuve también la satisfacción de recibir la siguiente carta:

Lima, 22 de Marzo de 1919.

Señor Comandante M. Pinto Bazurco.

Ilo.

Mi querido amigo y compañero:

En este instante acabo de recibir una suya de 3 del presente, traída por el señor Rafael Vásquez, y

créame que la he leído con inmesa satisfacción, porque me convenzo cada día, que todavía hay patriotas que piensan en el resurgimiento de este pobre e inmerecidamente desgraciado país.

No sé si habría Ud. recibido mis anteriores acusándole recibo de sus dos telegramas en clave, el gráfico de reconocimiento de los aeroplanos chilenos hacia nuestra frontera junto con un vapor, su estudio sobre el ferrocarril longitudinal de Chile y sus cartas de 12 de diciembre y 20 de Enero, inclusive la primera, cuya fecha no recuerdo por habérsela entregado al Jefe de Estado Mayor para que se la mostrara al Presidente, porque no sería extraño, que esa correspondencia se hubiera perdido de MODO CASUAL, como sucede corrientemente. Sobre este particular, no puede Ud. imaginarse todos los esfuerzos que he hecho para conseguir que se tomara en cuenta estos trabajos, que tanto Ud. como yo, patrióticamente ambos, habíamos preparado, sin otro interés que los verdaderos intereses de la patria, pero puedo decirle, que si he fracasado en esta ocasión, no lo será más tarde, toda vez que todavía no he perdido la fé y espero días mejores para hacer conocer lo que por todos los medios han tratado no sólo de ocultarlo, sino lo que es más grave todavía, de no tomarlo siquiera en consideración. He dado todos los pasos para saber con que clave había Ud. cifrado sus despachos y a pesar de que el jefe de Estado Mayor los llevó al Ministerio en dos ocasiones, me los devolvió diciéndome, que las llaves no correspondían al cifrado de los telegramas en referencia. Esto se lo he manifestado a Ud. por carta, inmediatamente que llegué de Piura, pidiéndole me mandara por correo el texto de ambos despachos descifrados ya que de otra manera no podía conocer su contenido. Espero pues que a vuelta de correo me re-

mita lo que le indico a ésta su casa, calle de Chicherías, 494 altos, Lima, a fin de tener completos estos importantes datos que se refieren a nuestra defensa nacional en la principal frontera.

Muy agradecido le quedo por la prueba de verdadera amistad y compañerismo que me dá, acompañándome en mi sentimiento por la separación abusiva y arbitraria de que me ha hecho víctima el Gobierno, sin tener en consideración mis antecedentes y mi conducta de 22 años consecutivos de servicios a la Patria, única y exclusivamente a la Patria, dando siempre ejemplo y conduciéndome con la corrección digna de un soldado en defensa de las leyes tutelares. Pero, ya sabe Ud., para éstos señores, la Patria queda en segundo término y no hay más preocupación que exigir de cada uno de nosotros el contingente de nuestro concurso en favor de sus aspiraciones personales y malsanas.

Espero que la divina providencia, ponga término a tantos abusos y tantos atropellos, y pronto venga un nuevo orden de cosas que salve a esta pobre Patria, tan abatida y escarnecida por sus malos hijos.

Y Ud. como siempre mande como guste a su verdadero amigo y compañero.

(Firmado) *Antonio Castro.*

Recibí ésta carta, cuando había trascurrido más de un mes de que había enviado al Gabinete Militar una comunicación de carácter reservado y de cuya suerte no tenía la menor noticia.

Esta comunicación, en la que, utilizando mis conocimientos de la región, me ocupo, entre otras cosas, de la manera cómo podría hacerse una concentra-

ción en el caso de defensa, me fué sugerido hacerla por el Comandante Zapater, quién, al tener la benevolencia de aceptarme esos datos para sus trabajos, me indicó que se los enviase por correo a Candarave y que mandase un duplicado de ellos al Gabinete Militar.

Calculando, pues, yo que, o se había extraviado mi correspondencia oficial o que se cumplía con ella también, a pesar de su carácter, lo manifestado por el Coronel Castro, juzgué indispensable trasladarme a Lima, viaje que por otra parte era necesario para mi salud y que realicé en la segunda quincena de marzo.

CAPITULO VII.

Conflicto de deberes

Pocos días me bastaron, desde mi llegada a Lima, para darme cuenta exacta de la situación.

Mi primera preocupación, fué acudir al Gobierno, representado por su Ministro de Guerra y Marina, funcionario al que entregué una copia de la comunicación que había pasado a ese Despacho desde octubre de 1917; deteniéndome mucho en la explicación y detalle de todo lo que sobre el sur sabía y haciéndole presente que en el Gabinete Militar había una copia, mandada por mí, con oficio, del trabajo que había dirigido al Comandante Zapater. Y ¡pobre Patria!, fuí corespondido, pocos días después, por ese Ministro Militar, con una injusta prisión que se me hizo sufrir en la Estación de Sumergibles. Arresto que se me levantaba con la condición de que me embarcara para el sur a poner término a una huelga—, que huelga quizo llamarse a la digna actitud de los

humildes hijos de Ilo, que se negaban a embarcar alimentos para el sur, heridos ellos sí, al ver el éxodo y el martirio que se hacían sufrir a nuestros compatriotas.

Quien, como yo, sin vulneración para el prestigio de autoridad, había sabido respetar esos sentitos desdeñando siempre el empleo de la fuerza, que se me indicaba, y procurando adecuada solución para ese conflicto, no iba por cierto a aceptar la humillación que se quería añadir al ultraje inmerecido con que el Ministro se dió el extraño placer de mortificar mi dignidad de militar y de herir mis más caros sentimientos. Y no fuí a Ilo, librándome del juicio militar, el examen médico del jefe de la Sanidad Naval, mediante el cual pude permanecer en el Callao.

Debo confesar, que si por bien del país, siempre fué mi deseo, que la sucesión presidencial tuviese lugar tranquilamente, mi espíritu se rebeló ante la conducta ministerial que me hizo su víctima y más de una vez acaricié la idea de que hubiese revolución.

Desde entonces consideré como un deber sagrado, el concurrir a la derrocación de un gobierno que así correspondía a quien no había cometido delito alguno, sino cooperado, en la pequeña esfera de sus aptitudes, a la salvación de la patria, en un medio en que el desdén y la indiferencia más punibles prevalecían.

Verdad es que el presidente, doctor Pardo, nunca fué enterado por mí de lo que ocurría, aunque no faltó amigo de él, que, ignorando me estaba vedado solicitar hablarle, me insinuó procurase hacerlo. Pero los distingos personales no vienen al caso. El ministro, por el hecho de serlo, era parte integrante del gobierno. Y éste, que así apreciaba mi labor, ya no podía satisfacerme un día más, en mi condición de soldado de la patria: ya no podía tolerarlo.

Y si, como lo he dicho antes, a los pocos días de estar en Lima conocí perfectamente la situación, a los pocos días también comencé a interesarme por ella. Y resolví pasar a la disponibilidad, de cuyo propósito hube de variar, en vista de que mi actuación como revolucionario no contaba con probabilidades, desde que se hacía seguir al país el camino de las elecciones y era perfectamente conocido el deseo del candidato, de ingresar a Palacio consagrado por los votos de los pueblos.

Pero si hube de resignarme al sacrificio en silencio, impuesto por mi propia pequeñez, se operó en cambio en mi, una verdadera transformación.

La inconsulta conducta ministerial no sólo me hería a mí. Era sobre todo, prueba irrefutable del desdén con que se miraban los patrios intereses. Y he aquí, que en este punto, hubiera querido, no conspirar, sino convencer a mis camaradas del ejército y de la armada, del deber que se deducía, claro y terminante, de sustraer a las instituciones armadas, de la obediencia a un régimen que, con tal Ministro, de ese modo se comportaba. Si esto hubiera sucedido, si, incautado el Gobierno de la conducta del Ministro, lo hubiera reemplazado, es muy posible que, por el momento, me hubiera conformado. Pero la situación no era propicia a una propaganda mía para llegar a tal fin, propaganda que, apenas iniciada, habría fracasado y llevado también el fracaso o contingencias de retardo a la causa nacional, que era una esperanza para la Patria, que cada día más se cimentaba. Por esto, mi prevención vivió latente, sin disminuír en lo menor. Lejos de esto, vino otro hecho, ante de las elecciones, a sacudir, a conmover, violentamente, mi espíritu, rebelde como el que más a toda imposición, a todo abuso.

Los justos reclamos de pan que un grupo— no de hombres, sino de mujeres y niños—formulaban en las plazas de esta antesala de la muerte en que reinan la tuberculosis y la insalubridad de la morada, fueron acallados con el plomo que en hora maldita la humanidad destina para defender al rebaño casero de los egoísmos de más allá de la frontera, que en la impotencia de la organización presente, las rebasan y amenazan de continuo. Las víctimas se hicieron a granel. Las ciudades de Lima y del Callao vivieron horas de espanto y de terror indecibles. A la ignominiosa, a la afrentosa acusación que se hiciera a las masas, se agregaba el diezmaje de la cara sangre destinada a derramarse en los altares de la Patria.

Yo no sé a quién echarle la culpa de estas innecesarias masacres. Lo único que sé es, que si el pillaje de unos cuantos rateros y maleantes—no de los pueblos de Lima y del Callao— llevó el terror a algunos hogares, la represión de los desmanes debió y pudo hacerse con la oportunidad debida, ya que las autoridades no supieron evitarlos y prevenirlos. Quiero suponer, es mi deber, que la malicia, ni el cálculo se dieron cita para urdir la tragedia. Pero una verdad, que no admitía confusiones, resplandecía. Y, a la luz de sus destellos, ví como siempre el norte. Triste, muy triste es nombrarla. Y es más difícil todavía conquistar el polo en la esfera de los ideales. Sin embargo, de tumbo en tumbo, la evolución avanza en el tempestuoso mar de la vida y, pese al misterio, nada escapa a sus leyes inmutables. Con ella hay que embarcarse, sin mirar la cara al piloto, pero sin volver tampoco el rostro, gesto innecesario, pues no hace falta para proclamar la feminidad de los necios. Y así, en alas de la evolución, quedé en suspenso, después de los horrores de mayo.

Y llegó el instante de la consagración del aclamado por los pueblos. El Gobierno— las ciudades de Lima y del Callao así lo vieron— pudo celebrarse de su imparcialidad en el acto electoral. En las demás poblaciones importantes, sucedía otro tanto. Y todo hacía esperar que el buen sentido se abriese camino, y al fín llegase a animar a las personas que deseaban encumbrar en la presidencia a respetable caballero, cuyos merecimientos pueden ser muchos, pero que no era la oportunidad de ofrendarlos al país. Tal era la expectativa.

Sin embargo, aunque parecía que la opinión pública tenía descontado el triunfo de sus ideales, poco a poco fue cirniéndose en la atmósfera de Lima, la amenaza de una imposición. La nación, que como las buenas causas, siempre contaron con mi concurso, me tuvo bien pronto a sus órdenes.

¿Era cierto acaso que la habitual e indirecta función, señalada al ejército por la Constitución, de servir de garantía a la tranquilidad de los acomodos de los políticos, falsos representantes, muchas veces, de un pueblo que no ha dictado aquella, pero cuyo nombre se invoca siempre, pretendía tergiversarse en ésta oportunidad?. Tan grave rumor nunca pudo ser disipado. Y no sólo las huestes ciudadanas se aprestaban para conjurar el peligro, sino que el propio ejército se conmovía y muy pronto pudo apreciarse, que era digno de la herencia de aquellos soldados que nos dieron Patria. Su espíritu se levantaba, así, por encima del plano circunstancial que se quería sostuviese los deberes que la equivocada o malsana acción política eliminaba. Y, sobre toda otra consideración, sólo vió las angustias del momento, que imponía irrecusable norma de conducta.

Vacilaciones hubieron, ello es cierto, pero que sólo miraban a la forma. Este celo, muy justificado, desde luego, cuidaba de rodear los procedimientos, de requisitos que los presentasen limpios, insospechables, libres del acecho y de la insidia, de posibles conjeturas y de la suspicacia con que la pasión de los de casa, suele complacerse en unir sus denuestos denigrantes, a la implacable saña de los de fuera, que no desperdician ocasión pera injuriar a su víctima, seguros como están de que, por ahora, no les habrá de responder.

Fue por este motivo, que cuando comenzó a hablarse del acatamiento de las guarniciones de Lima, Callao y alrededores, a los mandatos de la opinión, me preocupó la idea de provocar, por medio de un manifiesto autorizado por las firmas de prestigiosos jefes, el pronunciamiento de todos aquellos que no veían todavía muy claro, ni lo indispensable ni lo correcto de ese paso y que, en esa pieza, hubieran tenido las razones que en este sentido necesitaban.

De modo que, al enterarme de la condición formulada por un distinguido Capitán de Fragata, de pedir su pase a la disponibilidad para cooperar a la iniciación de un nuevo régimen, tuve oportunidad de expresar al futuro Jefe Superior Político y Militar del Callao, la proyectada idea del manifiesto, llamado a resolver estas dificultades. Y tuve la satisfacción, no sólo de alcanzar su aprobación, sino de que me encargase de la redacción de un borrador que no llegué a escribir, por haberse aceptado que redactase dicho manifiesto el Coronel señor Antonio Castro. Puesto al habla con este jefe, contestó que con gusto se encargaba de este cometido, lo que avisé al señor Comandante Ontaneda.

Pero pocos días después, habiéndome encontrado con el Coronel Castro, recibí la respuesta de que no había escrito nada, por cuanto estaba resuelto no proceder revolucionariamente, abrigándose la esperanza de que nada anormal ocurriría y que, en esa expectativa, se iba a esperar hasta la instalación del Congreso. Tuvo lugar esta entrevista, unos diez días antes del 4 de Julio.

Lo que pasó después, no lo conozco y dejo a la pluma de mi distinguido amigo, el Comandante Landázuri, la siguiente versión, que explica perfectamente el desarrollo de los acontecimientos en la capital, hasta su culminación, en la mañana de julio aquélla, en que, junto con la bandera de las barras y de las estrellas, se alzase jubilosa la nuestra, con anhelos de verdadera redención, en el correr de los nuevos días, que habían puesto fín a las responsabilidades de unos hombres y que dejaban planteadas la de los sucesores.

Hé aquí la versión que el comandante Landázuri ha tenido la bondad de proporcionarme, y que pone en evidencia el interés con que este distinguido jefe ha mirado y mira siempre todo cuanto se relaciona con los patrióticos propósitos del señor Leguía.

CAPITULO VIII.

Versión del Comandante Landázuri

El 1.º de julio de 1919, quedó definitivamente resuelto el movimiento revolucionario para derrocar al régimen de Pardo.

En la mañana, cuando se levantó el señor Leguía, me dijo: "he resuelto terminar con esta situación; después de la clausura de "El Tiempo", el incidente con la Corte y los informes que tengo, estoy convencido que el gobierno no respetará la opinión del país: tenemos que hacerla respetar."

Pero para proceder teníamos que actuar con una discreción absoluta. Los amigos de Pardo, por todos los medios querían conocer los planes del señor Leguía. Los leguiístas, a su vez, desde el portero al más encumbrado visitante, también querían conocer los planes del señor Leguía. Así, pues, nuestro trabajo era enorme. Había que ocultar a unos y a otros la verdad, a fin de conservar el secreto.

Las primeras disposiciones, fueron ordenar los levantamientos a los alrededores de Lima. Sector sur, Oré y Negrón. Canta, Bringas, que no cumplió. Huacho, Enrique de las Casas, que quiso levantarse cuando ya estábamos en Palacio. En el centro, Mateo Vera y Rodríguez del Riego que tampoco cumplieron.

En vista de que el único en armas era Oré, ordené que los tenientes Crusillat y Reynoso Alvarez que hacían ronda en la Escuela, se fueran con unos cuantos soldados a reforzarlo por Lurín, donde teníamos todos los elementos de Ricardo Silva y los hermanos Arciniega que actuaban con nosotros.

El día 2 de julio, a las 10 a. m., me dijo el señor Leguía: "debe Ud. de ir a la casa de la familia Dianderas, donde le esperará el coronel Castro, para que hagan ambos el plan definitivo del movimiento revolucionario".

Cumpliendo dichas órdenes, fuí, encontrando en la casa citada al general Cáceres y al coronel Castro. Entonces procedimos a sacar en limpio todo. Una vez concluído, le entregué al señor Leguía a la 1 y 30 p.

m., antes de almuerzo, el plan definitivo para proceder en Lima.

Siendo nuestra base de movimiento la prisión de Pardo, todo estaba subordinado a obtener el concurso o la neutralización de las guardias de Honor de Palacio, Principal de Palacio, Intendencia de policía y la sección de ametralladoras de Palacio.

El día 3 teníamos tres elementos, nos faltaba uno. Así, pues, que hubo necesidad de aplazar el movimiento 24 horas. Felizmente, quedó asegurada el día 3, la convicción absoluta de que en la madrugada del 4 tendríamos a nuestras órdenes los elementos de fuerza que rodeaban a Pardo.

Este aplazamiento dió lugar a que los espíritus timoratos creyeran que la fiesta de los americanos el 4 de julio, y otros incidentes consiguientes de la nerviosidad, la desconfianza y el juego de una situación de forma definitiva, hacían trepidar. Pero el ambiente no era para descubrirse, antes de perfeccionar las últimas órdenes. Y esta situación era más difícil para los que no conocían a Leguía, que es un hombre irresoluto, incógnito, misterioso. Todo él es un secreto. Nunca se sabe a dónde va ni qué quiere. Cuando se cree haberle descubierto un secreto, momentos después se da uno cuenta que no es cierto, sólo es el principio de otro secreto. Sólo por la costumbre de tratarlo y de observarlo, más por lo que hace que por lo que dice, puede uno adueñarse de su pensamiento verdadero.

El día 3, a las 3 y 30 de la tarde, nos reunimos en pequeño comité, Ontaneda, Castro y Landázuri, presididos por Leguía, para definir el movimiento. El señor Leguía explicó la gravedad de la situación, pues ya se había levantado Oré, y el destacamento de ronda de la Escuela Militar había acudido a agregársele,

Entonces el comandante Ontaneda fué de opinión, de hacer el movimiento ese día y dijo que él lo iniciaría a las dos y media de la madrugada.

Esta resolución firme y solemne, dió lugar a que el señor Leguía le estrechase la mano y lo autorizase para proceder. Al salir el comandante Ontaneda, nos dijo el señor Leguía: "este es un valiente". Y luego ordenó: "Uds. vean a todos los elementos; que estén listos para recibir la orden en el momento preciso." Se retiró entonces el coronel Castro a cumplir las que había recibido, regresando a las doce de la noche con el general Cáceres.

Yo inmediatamente principié a revisar todos los elementos que teníamos. Mi primer acto fué llamar al comandante Manuel Rivero y decirle que el movimiento debía realizarse esa noche, y que era necesario, no esperar la toma de la escuadra, sino apoyarla, y lo despedí manifestándole que debía dirigirse a hacerse cargo de la comisión que tenía señalada, indicándole que recibiría instrucciones por conducto de Carlos Palomino. Es mi deber dejar constancia, que de todos los jefes que concurrieron al movimiento, ninguno como el comandante Manuel Rivero, estuvo tan a la altura de las circunstancias; pues nunca preguntó ni trepidó en el cumplimiento de las instrucciones. Su contestación fué la siguiente: "compañero, Ud. mande no más; no regreso más a esta casa; dé Ud. sus órdenes por conducto de Palomino".

Eran las ocho de la noche. No se tenía noticias de lo que pasaba en los distintos sectores. Y como se comprende, la incertidumbre hizo su efecto. El propio señor Leguía desconfió de las órdenes. Y quiso él mismo, hablar con un jefe de Santa Catalina y con otro de la artillería N.° 2, para convencerse. A los pocos momentos hice venir al mayor Parodi, quien ase-

guró al señor Leguía que podía contar con el espíritu firme de la tropa. Igual cosa hice con la artillería N.° 2, acudiendo el capitán Sosa. Hice venir después a César Raygada, que servía de enlace con el batallón de gendarmes de Santa Ana y a quien el señor Leguía le ratificó las órdenes que ya tenía recibidas. Después de haberse convencido de la seguridad de estos factores, me dijo, satisfecho: "vamos a comer".

Hacía ya rato que había terminado la comida, cuando nos llegó la noticia de que el cuartel de Santa Ana estaba en nuestro poder y que en él se hallaban presos el ministro de gobierno, el prefecto y otros funcionarios. Y como aún no se veían las señales de la escuadra, mandé en un carro extraordinario del eléctrico, una comisión al Callao a cargo de Escribens, a fin de que averiguase lo que ocurría y para que se activase la prosecución del plan. En otro extraordinario me dirigí yo a la Magdalena, en donde estaba acantonado el N.° 2 de artillería. Me encontraba en este pueblo, cuando ví las señales de la escuadra, y entonces me regresé a Lima, llegando cuando ya Pardo había sido capturado y Palacio nos pertenecía. Mi preocupación fué entonces por el resto de la república, pues las señales del Callao, que yo había visto, me indicaban el triunfo en este puerto. Y por eso me dirigí al correo y tomé posesión del telégrafo, invitando a la obediencia a las tropas de toda la república; ya que había conseguido también la del jefe del estado mayor coronel Martínez, quien me había planteado la junta de gobierno, de lo que yo protesté enérgicamente, manifestando que al gobierno no podía ir sino el Presidente Electo señor Leguía, cuya autoridad, emanada de los pueblos de la república, la habían acatado el ejército y la marina. Y quedó así inaugurado el gobierno provisorio del señor Leguía.

Aquí termina la relación que la amabilidad del Comandante Landázuri me ha proporcionado.

Y paso ahora a ocuparme de los sucesos del Callao.

CAPITULO IX

EN EL PUERTO

Me encontraba en el Callao. Eran poco más o menos las 10 de la noche del 3 de Julio de 1919. Alguien, no recuerdo bien quién fué, me avisó que el Capitán de Navío señor Juan Manuel Ontaneda acababa de llegar de Lima y se había alojado en el Hotel Europa. Y a donde él me dirigí.

Le encontré acompañado de sus hijos Víctor Manuel, Guardiamarina de la Armada, y Julio. Poco después llegaban, también, el Mayor don César Llona y los Capitanes Tomás Flores Guerra y Ernesto Llona. Nos dió a conocer entonces el Comandante Ontaneda, el carácter con que llegaba al Callao y su resolución de ir hasta el sacrificio, si llegaba el caso; y, dirigiéndose a mí, me pidió que averiguara por el paradero del Teniente 1.º Pablo Ontaneda, su hijo.

Con este motivo, me despedí momentáneamente del expresado jefe, saliendo en dirección a la Capitanía.

En el trayecto me encontré con el Edecán del Presidente Pardo, Capitán de Fragata señor Manuel V. Galdo, al que, sin explicarle la razón determinante, le manifesté mi resolución de pedir mi pase a la disponibilidad.

Llegado al local de la Capitanía, tomé una hoja de papel sellado y escribí como sigue:

Señor Presidente de la República:

Moisés Pinto Bazurco, Capitán de Corbeta de la Armada Nacional y, actualmente Capitán del Puerto de Ilo, destacado en la Capitanía del Callao, me presento a Ud. por conducto regular, solicitando mi pase a la disponibilidad.

Por tanto:

A Ud. pido atender mi solicitud.

Callao, 3 de Julio de 1919.

Señor Presidente de la República.

(Fmdo.) El Capitán de Corbeta
M. Pinto Bazurco.

Pregunté en seguida por el Comandante Principal de las Milicias Navales, Capitán de Navío señor Augusto Pimentel y me dijeron que se había dirigido hacia el lado de la Matriz, acompañado del Teniente Coronel señor Fernandini, Primer Jefe del Regimiento de Infantería N.° 13. Me dijeron que el oficial de servicio estaba en el Muelle de Guerra. Entonces poniéndole un pisapapel encima, dejé mi renuncia en el escritorio del Comandante Principal y salí a prestar mi concurso personal a la causa encomendada al prestigio y al carácter del Comandante Ontaneda. Daba así cumplimiento al compromiso que, en aras de la amistad, había contraído pocos meses antes con mi distinguido amigo el Capitán de Navío Caballero y Lastres, a quien había ofrecido no hacer armas contra el Gobierno del doctor Pardo, sin la previa petición de mi separación del servicio. Y comencé desde ese momento a recibir las órdenes preparatorias de la obra que muy pronto había de decidir de la suerte futura de la República.

A la llegada del Jefe Superior, las fuerzas de mar y tierra de la plaza del Callao se encontraban destribuídas en la siguiente forma:

En su fondeadero, estaban los cruceros "Grau", y "Lima" con dotaciones de 259 y de 128 hombres, respectivamente, y los sumergibles "Palacios" y "Ferré", cuyo personal alojaba en la Estación de Sumergibles, en donde, dando frente al cuartel del Arsenal, habían en conjunto 67 hombres. El crucero "Bolognesi" con 240 y el Cazatorpedero "Rodríguez" con 56, estaban al otro extremo de la bahía, en el fondeadero de San Lorenzo. Además de las fuerzas embarcadas y de la dotación de la Estación de Sumergibles, existían estos tres grupos: en la Escuela Naval uno de 64, en la Capitanía 30 hombres y en el Resguardo 50 vigilantes armados supervigilados por el empleado de hacienda don Ricardo Alcalde.

Las tropas de tierra las constituían: el Regimiento de Infantería N.° 13, fuerte de 228 plazas, que guarnecía el cuartel del Arsenal; 200 hombres del batallón Artillería de Costa, alojados en el mismo cuartel; un piquete de 40 gendarmes montados; y la columna de policía con 270 hombres, que estaban en el cuartel de Ayacucho; además 27 hombres del batallón de Costa que estaban en las baterías del Norte. Es decir, pues: había un total de 1659 hombres considerando en este número a los embarcados y, además, seis naves de guerra.

Para apoyar al Comandante Ontaneda en la difícil empresa de incautarse del mando de toda esta fuerza, habían dos reducidos grupos de hombres resueltos, para las operaciones marítimas. Uno estaba apostado en el Muelle de Chucuito, obedeciendo las órdenes del Capitán de Corbeta don Abraham de Rivero y del Teniente 1.° don Pablo Ontaneda. El otro

se encontraba en la chata de don Sabino La Rosa, bajo la dirección del Alférez de Fragata don César Rangel. El señor Comandante Ontaneda dice en su parte, que un tercer grupo debió embarcarse por el Muelle de Guerra. Sin duda se refiere a algunos jefes y oficiales, que no llegaron a concurrir o que desempeñaron otras comisiones.

En una casa situada en la calle de Colón esperaba igualmente la señal convenida para el ataque al cuartel de policía un grupo de ciudadanos decididos, a las órdenes del Capitán don Ernesto Llona. Jefe encargado de las operaciones del cuartel del arsenal, era el Mayor don César Llona. Y, en La Punta, estaba a cargo de la situación, el Diputado de la Provincia, señor don Alberto Secada, con otro grupo de ciudadanos, igualmente animosos.

El comando de estos pequeños grupos estaba situado, momentáneamente, en el Hotel Europa.

Las primeras órdenes estuvieron encaminadas a asegurarse de la presencia de estos grupos, en los puntos que se les tenían señalados, así como también, a anunciarles la llegada del Comandante General, previniéndoles que estuviesen listos para iniciar las operaciones, en cuanto se hiciesen las señales convenidas.

El cumplimiento de estas medidas, al parecer muy sencillo, no lo era tanto, para quien tenía que despachar y recibir emisarios que no podían llegar hasta el alojamiento momentáneo del Jefe Superior, debiendo al mismo tiempo prestar atención a los varios objetivos, que ligados aún al poder que se iba a anular, por los naturales resortes que estaban llamados a sostener el derruído mecanismo hasta el último instante, dejaban comprender que estaban sobre aviso de lo que iba a suceder.

No sólo fué el despacho del crucero "Lima", con cincuenta hombres del 13, que al mando del Mayor Arroyo iban a contener a las huestes ciudadanas del coronel Oré, lo que, con los preparativos consiguientes, mantuvo a las autoridades militares y marítimas en constante movimiento, del Muelle de Guerra a los cuarteles y oficinas. El empleado de "La Prensa", señor Ganoza, me informó sabía, que de Lima se había avisado por teléfono, a la Prefectura, que tuviesen cuidado, pues, en los últimos carros de la noche, se trasladaban al Callao algunos conjurados. También, uno de los varios oficiales de marina que, encontrándose en tierra, se adhirieron desde el primer momento al movimiento, me comunicó, que al pasar junto a un grupo de jefes, oyó una voz que dijo, "ahí vá ese grandazo de anteojos; hoy es el golpe"—se referían al mayor César Llona, que llevaba lentes ahumados y que se pasó las horas observando los movimientos del cuartel que se le había encomendado.

Fueron, pues, momentos muy difíciles, porque, además, los distintos comisionados que envié a Chucuito, no volvieron y, a mí, el Comandante Ontaneda me preguntaba a cada momento si ya se había tomado contacto con ese grupo. No se contaba con personal suficiente para estas comisiones. Y yo, declarado revolucionario desde que dejé mi renuncia escrita, tenía que tomar mis medidas para dominar la situación sin ser molestado. En estas circunstancias, cuando me dirigía a donde el Comandante General a manifestarle que el Capitán de Corbeta don Manuel Faura, segundo del "Grau", acababa de dirigirse a su buque y le mandaba decir que él estaba resuelto para secundar el movimiento, me encontré con el Presidente del Comité Leguísta del Callao, señor Víctor Pérez, quien me manifestó que acababa de llegar de Lima, de casa del Pre-

sidente Electo, señor Leguía, que no había novedad y que, en Lima, todo era decisión y entusiasmo; lo que comuniqué también a mi jefe.

Pero, se acercaba la hora acordada. Y puede decirse que todo estaba listo, pues con discreción suma, los capitanes Flores Guerra y Sologuren y el Teniente Ureta, de la dotación del 13 de Infantería, habían unificado al personal de oficiales de ese cuerpo, en la misma resuelta determinación de neutralizar al ejército.

A medida de que avanzaba la hora, la habitual serenidad del Comandante Ontaneda se iba trocando en impaciencia. Y ésta se hizo incontenible, cuando le manifesté la necesidad de aplazar el movimiento hasta después de la salida del crucero "Lima". A mí me hizo pensar en la furia del león cuando cree que se le escapa la presa. Pero llegaron también los Capitanes Flores Guerra y Llona, quienes adujeron las mismas razones expresadas por mí. Siguió después un estudio de la situación. Y, como resultado de éste, acordó el Comandante General esperar hasta las 3 de la mañana.

Se imponía notificar de ésta postergación a los distintos grupos. Y, casualmente, encontré en la Plaza San Martín, a la 1 y 30 de la mañana, al comisionado Carlos Melly, del grupo de Chucuito, enviado por el Comandante Rivero a donde el Comandante General. Después de tomar nota del informe verbal de que era portador, lo despaché a Chucuito con las instrucciones del caso.

Al grupo del alférez Rangel no se podía dar aviso, porque la Comandancia Principal de las Milicias Navales mantenía su servicio de ronda en la bahía y no precisaba violentar éste. Otro grupo que estuvo también sin aviso, fué el de La Punta. Según me manifestó el señor Secada, posteriormente, fueron horas

de agitada expectación las que pasó, atisbando el anuncio que debía lanzar al espacio el Comandante Ontaneda, indicando el instante en que iniciaba las operaciones.

Por fín, después de las 2 de la madrugada, dejó su fondeadero el crucero "Lima", siendo despachado por el jefe interino del Estado Mayor de Marina, Capitán de Navío señor José M. Olivera, quién regresó a tierra, primero y, después de estar algunos minutos en el local de la prefectura y del Estado Mayor, se dirigió nuevamente a la bahía, quedándose en el crucero "Grau", cuyo comando ejercía y regresando sólo en la lancha, el secretario del Estado Mayor, Capitán de Corbeta don Federico C. Taboada.

Durante todo este tiempo, el Comandante General señor Ontaneda permaneció en su alojamiento provisional del Hotel Europa, acompañado de su hijo Julio que quedó sirviéndole de ayudante único. Mientras tanto, el suscrito y el Guardiamarina Ontaneda, manteniendo contacto con los oficiales del 13 de Infantería y con los de la armada que figuran en los partes, ocupábamos los muelles de fleteros, de guerra y calles adyacentes. Fué en la puerta de la Dársena que nos distinguió el Comandante Taboada, cuando, después de dejar en el "Grau" al comandante Olivera, desembarcó. Nos dijo que el comandante Faura mandaba decir, que después de 20 minutos podía ir a bordo el comandante Ontaneda. En ese momento eran las dos y media de la mañana. Puso el comandante Taboada a mis órdenes la lancha del Estado Mayor y, personalmente, fué a buscar a la capitanía una lata de gasolina que hacía falta para el funcionamiento de esa embarcación.

Luego que desembarcó el comandante Taboada, envié al guardiamarina Ontaneda a donde el Coman-

dante General, para hacerle saber lo que decía el comandante Faura y avisándole que la lancha estaba lista. Y, casi inmediatamente, ví pasar al lado de la estatua del almirante Grau, con paso vertiginoso y camino hacia el embarcadero al comandante señor Ontaneda.

Lo recibí y le hice presente, que sólo se esperaba la llegada de la gasolina, dirigiéndome entonces yo mismo al encuentro del comandante Taboada, a quien invité para que nos acompañara a bordo, manifestándome éste, que no podía hacerlo, por tener otras comisiones del cargo de su cuñado, el diputado señor Secada y porque, en esos precisos momentos, estaba controlando desde el teléfono de la capitanía, una conversación entre Palacio y la Prefectura.

Entre tanto, ya estuvo la lancha lista para partir. En ella nos embarcamos el comandante Ontaneda, el suscrito, los jóvenes Julio y Víctor Manuel Ontaneda y el condestable Moreno. Nos había acompañado hasta allí el Capitán Flores Guerra, que, al despedirse, recibió del Jefe Superior las últimas instrucciones.

Al salir de la chaza, creí ver que el reloj del muelle señalaba las 3 y 10 de la mañana—ésta es la hora que figura en mi parte—. Pero sin duda alguna, eran las 3 menos 10, habiendo yo confundido la posición del minutero con la de su sombra, confusión debida a la oscuridad de la noche y a la distancia en que me encontraba del reloj cuando reparé en la hora. Esto queda corroborado después.

Del muelle de guerra nos dirigimos al de Chucuito. Los grupos que a las órdenes del Comandante Rivero y del Teniente Ontaneda esperaban nuestra llegada, se embarcaron, una parte en nuestra lancha y otra en la lancha de la Sanidad. Juntas partieron ambas en dirección al "Grau".

Encontrándonos cerca ya de este buque, se trasbordaron a una chalana, el Teniente Ontaneda, el Alférez Barandiarán y el Guardiamarina Ontaneda y se adelantaron para abordarlo por la proa. Pero regresaron casi inmediatamente en un chinchorro del crucero, manifestando que era necesario subir en mayor número, trasladándose entonces a esa embarcación varios de los que estaban en las lanchas. Así, evitando el ruido de los motores de éstas y por medio de ese chinchorro, se trasladó todo el personal. Quedábamos únicamente en la lancha del Estado Mayor, el Comandante General señor Ontaneda, su hijo Julio y yo. Pero, impelida por la corriente, llegó brevemente nuestra lancha a la altura del tangón y, entonces, el resto del personal que ya pisaba la cubierta del barco, envió un hombre para ayudarnos a cojer la escala de gato. Por ella subió el Jefe Superior, señor Comandante Ontaneda, acompañado por su hijo, saliendo hasta su encuentro, para ayudarle a pasar el tangón, el contramaestre del buque, Rosendo Naranjo.

Al pisar el Comandante Ontaneda la cubierta del "Grau", fué recibido por un abrazo del segundo Comandante, señor Faura, quien lo estaba esperando rodeado por la mayor parte de los oficiales, que también lo abrazaron y por el personal que lo acababa de acompañar.

Inmediatamente los proyectores se pusieron en función y sus haces luminosos, levantados hacia lo alto, marcaban la culminación de los anhelos nacionales, convertidos en acción: era la señal convenida, aguardada por todos los ejecutores del cambio político, tanto en Lima como en el Callao, que sólo en ese instante lo iniciaban, simultánea y decisivamente.

Entre tanto, ¿qué sucedía en el crucero? La tripulación descansaba. Sólo estaban en pié los de ser-

vicio, cuya presencia, más bien que indiferente, podía tornarse peligrosa, si el primer jefe del buque, Comandante Olivera, llegaba a darse cuenta de lo que ocurría. Era preciso, pues, reducirlo, aislarlo y cortar cuanto antes el peligro de su presencia a bordo. Era él algo querido por la tripulación. Contaba con el concurso de algunos oficiales. Y estaba sobre aviso. Tan es así, que en la noche, el Teniente Labarthe llevó una orden del Comandante Olivera para su segundo, el Comandante Faura, previniéndole que no bajasen a tierra los Tenientes primeros, señores Bravo y Barrios, los que, seguramente, lo hubieran apoyado en caso de resistencia.

Se imponía, pues, evitar un inútil desgaste de energías humanas, ya que el acierto con que se llevaran a cabo las operaciones en los cuarteles del Callao y el éxito alcanzado en Lima, habrían convertido en indiferente un contratiempo en la escuadra. Se atendió, pues, como convenía a las circunstancias. El Teniente 1.º Ontaneda fué comisionado para notificar al Comandante Olivera—que dormía en su camarote—la presencia a bordo del Comandante General y el dominio que ejercía sobre el barco. Conjuntamente con esta notificación, se le colocaban centinelas, tomados del personal que habíamos llevado de tierra. Se le aislaba así de todo contacto con la gente de a bordo; y el resto de nuestro personal se distribuyó, armados con los fusiles del buque, vigilando las cubiertas y compartimentos.

El grupo del alférez Rangel, que había tenido la misión de tomar el crucero "Lima", lo conduje, de orden del Comandante General, del pontón de Sabino La Rosa en que había estado toda la noche, a bordo del crucero "Grau", y llegó a tiempo oportuno para prestar importantes servicios: parte de este personal se

agregó al que estaba sobre las armas en el buque y el resto, con el alférez Rangel, acompañaron al Comante Olivera en la lancha fletera que lo condujo al muelle de Chucuito.

A la verdad, fueron momentos desagradables aquellos. El Comandante Olivera se obstinó en permanecer en su cuarto. Había sido desprovisto de toda arma. Dijo que deseaba quedarse preso en el buque. Y pedía que en todo caso se le ultimase antes de obligarlo a salir. Se portó, pues, bien. Y no merecía por consiguiente que, quienes antes le habían obedecido, le notificaran que abandonase el barco, temperamento que en otras circunstancias podía perfectamente cuadrar. Y fué así, por lo que esta misión fué ejecutada por civiles, acompañados del Alférez Rangel, que había estado sirviendo en la marina mercante.

Al salir el Comandante Olivera de su cámara, llamó a gritos a la tripulación, que se encontraba ya levantada, en la segunda cubierta, pero en la imposibilidad de dar paso alguno, pues eran muchos ya los fusiles que se lo impedían y ellos no disponían de ninguno.

Retirado de a bordo el último sostén del Gobierno del doctor Pardo y presos en sus camarotes dos de los oficiales que pudieron apoyarlo mientras estuvo él presente, dispuso el Comandante General que se hiciese formar a los oficiales de mar, a quienes les explicó la significación del movimiento que acaban de presenciar, arenga que todos aplaudieron con un viva al Perú y jurando respetar y defender el nuevo orden de cosas.

También, los dos oficiales recluídos, pidieron hablar con el Jefe Superior, haciéndolo así el Teniente 1.º señor Barrios, quien manifestó, después de escuchar la patriótica y cálida palabra del Comandante

Ontaneda, que no tenía inconveniente para servir al nuevo Gobierno, por lo que fueron puestos en libertad.

Y el barco, que se había mandado alistar para moverse, comenzó a levar.

Pero antes de dejar su fondeadero fuí comisionado por el Comandante General, para ir a tierra a tomar informes de lo que había ocurrido en Lima y el completo conocimiento de los acontecimientos del Callao. También llevaba la misión de hacer reconocer como jefe militar de la plaza del Callao al coronel don Moisés Cornejo.

El "Grau", entre tanto, acortó la distancia que lo separaba del "Bolognesi", yendo a fondearse en la rada exterior de la bahía, desde donde fueron llamados los jefes de los otros buques, por el Comandante General.

Acudieron a la llamada, el segundo del "Bolognesi", Comandante Rotalde y, posteriormente, el Comandante Sotil, primer jefe del Cazatorpedero "Rodríguez".

El Comandante del "Bolognesi", Capitán de Fragata Carvajal, fue detenido en tierra, en momentos en que se dirigía a su barco, por disposición del Comandante Abraham de Rivero, jefe inmediato de los miembros del Centro Militar—constituído por personal del retiro—que concurrieron a las operaciones de la Escuadra.

Los citados jefes de los buques, requeridos por el Comandante General para el reconocimiento del nuevo orden de cosas, concluyeron por hacerlo así, saludando su insignia de Jefe de la Escuadra.

Las dependencias también acataron la nueva situación. Y de éste modo, la marina toda quedó a las órdenes del Comandante General, Capitán de Navío don Juan Manuel Ontaneda.

De regreso de mi comisión, informé al Jefe Superior de que el señor Leguía se encontraba en Palacio, reconocido como Jefe Supremo de la Nación por las tropas, hallándose detenido en el Panóptico el doctor Pardo.

Dí así mismo parte, de haber hecho reconocer como Comandante de la Plaza del Callao al Coronel don Moisés Cornejo y de que, al frente de la Prefectura y de la Intendencia, se encontraban el Diputado don Alberto Secada y el Sargento Mayor don Armando Patiño Zamulio, respectivamente.

El Comandante General me ordenó después, que me dirigiese a tierra para hacerme cargo de la Capitanía, poniéndole entonces en su conocimiento, que acababa de dejar al frente de su puesto al Comandante Principal de las Milicias Navales y Capitán del Puerto, señor Augusto Pimentel, quien como primer acto de reconocimiento de la autoridad del Comandante General, le había dirigido, con la nota respectiva, la petición escrita que de mi separación del servicio formulara yo la víspera. Entonces bajé a tierra en la condición de segundo del Comandante Pimentel.

En la expresada solicitud recayó la siguiente resolución:

Callao, 4 de Julio de 1919.

"Señor Capitán de Navío, Comandante General de la Escuadra.

Crucero "Almirante Grau"

Tengo el honor de elevar al despacho de Ud. la solicitud presentada por el Capitán de Corbeta don

Moisés Pinto Bazurco, pidiendo su pase a la disponibilidad.

Dios guarde a Ud.—S.C.G.—El Capitán de Navío.—Comandante Principal de las Milicias Navales y Capitán del Puerto.

(Fdo.).—*A. R. Pimentel.*

Al ancla Callao, 14 de Julio de 1919.

Conforme lo acordado, archívese.

El Comandante General de la Escuadra.

(Fdo.)—*Juan M. Ontaneda.*

CAPITULO X

Neutralización de la guarnición de Lima.—Derrocamiento del gobierno del Dr. Pardo.—Gobierno provisorio del Sr. Leguía.

Mientras tánto, en Lima, ¿qué había sucedido?

El personal de gendarmes de Santa Ana, en unión de un grupo de ciudadanos, que salieron de casa del Comandante J. Rivera, iniciaron en la capital el movimiento restaurador, unas horas antes de que se viesen las señales del «Grau». Este movimiento anticipado, se debió a las circunstancias; pero proporcionó una base, desde la que se siguieron operaciones, que habiendo comenzado por la prisión de varios funcionarios del gobierno, con lo que quedó debilitada la acción de éste, continuó por otras muy eficaces que se eslabonaron y completaron

las que se iniciaron en la hora decisiva, al ser vistas en Lima las señales del crucero «Grau».

Hasta este instante pudo el Gobierno contener y cortar el desarrollo de los acontecimientos. Pero luego que se supo que la escuadra ya no le obedecía, al observarse en Lima las señales del «Grau», iniciaron los gendarmes que estaban en Palacio, la captura del Presidente Pardo, quedando de este modo abiertas las puertas a los que llegaban del cuartel de Santa Ana y a las personas que procedían de la casa del Sr. Leguía.

La guardia de Honor de Palacio, perteneciente al 13 de infantería, no hizo la defensa del Presidente. Los demás cuerpos de la guarnición de Lima, tampoco la hicieron.

Porque para el ejército no era un secreto aquello de las andanzas en que se pretendía entretener a algunos jefes. Llegó a traslucirse demasiado ese empeño; resultando de este modo, disputado el poder, a la vez al Presidente Pardo y al Presidente Electo Sr. Leguía. Y optó por neutralizarse, porque sabía perfectamente, que su intervención en ese instante, para mantener unos días más al Sr. Pardo en Palacio, habría introducido la anarquía en la república.

Seguramente que los fervorosos adeptos del señor Pardo y los legalistas, fanáticos sumisos de la mecánica, cuando no absurda legislación qus nos rige, habrían preferido que los cuarteles y las calles se convirtieran esa madrugada en campo de horrorosa carnicería. Pero ni unos ni otros, ni nadie podrían haber asegurado cuál iba a ser el final de esa debacle. Analizando la situación, todo induce a creer, que el resultado hubiera sido el mismo que se obtuvo, con resistencia aún, si la hubiera habido.

Y esto de la neutralización no es una teoría. Porque si el doctor Pardo hubiera estado amparado por sus obras, si no se hubiese creado la situación que el ejército padecía; si la normalidad hubiese sido la nota imperante; si

no hubiesen estado: por un lado, los anhelos de la nación y una esperanza de su realización; y, por el otro, la decepción y el caos para ella, haciéndose presente entre ambas militantes orientaciones, un mal disimulado empeño de eleminar a todos, en el río revuelto de aquellos días y en cuyo acto, forzosamente, el dirimente debía ser el propio ejército.

Si tal no hubiese sido, pues, la situación, indiscutiblemente que el ejército habría hecho bien en sostener al doctor Pardo. Pero era, desgraciadamente, lo que ocurría, algo que la conciencia de todos los hombres, actores directos e indirectos de ella, jamás dejará de calificar con absoluta justicia. Porque, a la inminencia de un golpe de Estado, o a la más grave todavía, de un pronunciamiento militar—que ambas soluciones se anunciaron—causa determinante de la anticipada toma del poder por el Presidente Electo, señor Leguía, habría que agregar la triste realidad de la situación, propicia a la anarquía, que se habría presentado y que, sin favorecer al señor Pardo, habría dado margen—en los dos casos—a un gobierno militar, que hubiese combatido a los hombres de la oposición militante, a la que venía con el apoyo de la opinión, pero que, indudablmente, no habría logrado imponerse, no por falta de merecimientos de los políticos que hubieran resultado dirigiendo los destinos de la nación, sino porque en esta oportunidad estaba de por medio la aspiración nacional, mal conocida por muchos todavía, pero que, particularmente en provincias, consideraba como una necesidad el gobierno del señor Leguía.

Creo, pues, estar en lo justo al decir, que una verdadera revolución se hubiera iniciado, si de un modo u otro se hubiese violentado la subida al poder del Presidente Electo. Y aunque no soy de los que se ofuscan y cierran los ojos para no ver los inconvenientes que siempre acarrean los métodos de violencia, vengan de donde vinieren, respaldados o nó que se hallen por una razón

que los explique: he creído y seguiré creyendo—aún en el caso de que los métodos que se quisieron cambiar con el movimiento del 4 de julio, no llegaran por desgracia en realidad a modificarse— que hicieron doblemente bien los hombres que en él intervinieron. Y, respecto de la intervención de la fuerza pública, yo preguntaría, ¿cuál de las soluciones hubiera prescindido de ella? Y si las otras, las que resultaron eliminadas, hubiesen obtenido el triunfo, ¿acaso era más moral esa participación? Ni el poder, ni los políticos tienen el derecho de inmiscuir a los factores de la defensa nacional en sus diferencias. Y surgidas estas, la neutralización no es un delito, por respetable que sea el concepto de la fidelidad, que no sufre menoscabo, cuando es el ideal, el puro ideal de evitarle amarguras a la patria, cuyas exigencias están por encima de todo, el imperativo sugerente de los altísimos deberes que ella impone, aunque para ello obligue a sacrificar subsiguientes preceptos, que, dentro de la normalidad, son sacratísimos, no puede negarse, pero que, en casos como el que trato, resultan eliminados. ¡Qué más se hubieran querido los enemigos de todos los peruanos al vernos matándonos unos a otros! ¿Y para qué? Para excluír a la opinión, que en forma pocas veces presentada entre nosotros, había—prescindiendo del hecho electoral—consagrado como necesario, al hombre de Sud-América que más odian los chilenos, en compensación posiblemente del entrañable cariño que dicen tener por ese político extraviado que, al otro lado del Titicaca, padece olvidos y temeridades que harán temblar la tumba de Santa Cruz y las de los mártires defensores de las banderas hermanas, que, a golpe de corvo cayeron el 79, hechas pedazos.

La Providencia, que hasta ahora viene reservándonos el momento de las grandes reparaciones, cobijó en esa madrugada del 4, a esta maltrecha nación, que no llegará a ser feliz ni grande, hasta cuando, apagados los rencores y olvidados los errores, se les vea a todos, confundidos

en un sólo y noble ideal, conducirla a sus futuros destinos.

El 4 de julio, Lima y el Callao, amanecieron de fiesta, nó por el triunfo en sí del señor Leguía ni por la caída del doctor Pardo, tampoco por la festividad nacional americana, que es peruana también de corazón, el júbilo reinaba, porque el patriotismo se sentía halagado al comprender que se iniciaba una orientación más en armonía con los contenidos sentimientos no de revancha, sino de justicia, insatisfechos con la neutralidad que padeció el país en la hora de las liquidaciones.

Parecía, ese día, que las masas, impresionables como son en todas partes, imaginaban que con la misma facilidad y prontitud con que se había cambiado de gobierno, íbamos a trocar el cautiverio del sur en libertad y nuestra indefensa situación en fortaleza. Prescindían del factor tiempo, de ese eterno aliado de la verdad y de la justicia. Y, creyendo ver súbitamente todo color de rosas, se entregaron al regocijo de alegrías cuya hora por desgracia no está cercana todavía.

De todas partes del Perú llegaron a Lima noticias del reconocimiento del nuevo gobierno y de la satisfacción ciudadana que este acontecimiento había producido. Las fuerzas armadas, en todas partes habían procedido lo mismo que en Lima. Y sólo una nota había en el vasto escenario. Entusiasmo excesivo, no permitió ver lo innecesario del paso, a los tripulantes del crucero «Lima», que so pretexto de resistencia del comandante del crucero a reconocer el nuevo ordèn de cosas, procedieron por sí y ante sí, con indiscutible relajamiento de la disciplina, a desconocer la superior condición técnica de los oficiales, por lo menos. No es mi intención desde luego amenguar en lo menor, el patriótico interés que los movió. Pero ellos que conocían ya el cambio de Gobierno, que se encontraban, en esos momentos, desconectados del movimiento general y que no contaban con un jefe u oficial de marina que hubiera podido enfrentarse al personal de oficiales

del buque, cometieron un errror, que se hizo mas grave con la traída del barco al Callao en la forma que se hizo. Considerándolo así, me permití ofrecerme para dar alcance a la «Lima», con el fin de que su comandante la hubiera entregado en el Callao.

Pero este hecho aislado, no puede ser imputado a personas afectadas de responsabilidad. Y, por consiguiente, es un detalle, que aunque mortificó al cuerpo de marina, ha sido apreciado, por esa circunstancia, como insignificante.

No quedó, pues, parte alguna en que el triunfo de la opinión, la gran vencedora de julio, no fuese completo y definitivo.

Y al alcalde del puerto de Ilo — presidente a la vez del comité leguiísta de esa circunscripción— que radiográficamente me pidió noticias, pude pasarle el siguiente inalambrama: Sin alteración orden público ejército y marina han reconocido como presidente provisorio al Presidente Electo, señor Augusto B. Leguía.

En efecto, el gobierno provisorio se constituyó con el siguiente personal:

Presidente, el señor Augusto B. Leguía.

Jefe del Gabinete, el doctor Melitón F. Porras.

Ministros, los señores Mariano H. Cornejo, Arturo Osores, S. Gutiérrez, I. de Idiáquez y general C. Abrill.

Este gobierno convocó a elecciones para la formación de una asamblea constituyente y, al mismo tiempo, para la aprobación plebiscitaria de varias reformas del organismo político nacional. Y, poniendo en libertad al doctor Pardo, lo embarcó para el extranjero.

Practicadas las elecciones, fué señalada la fecha del 24 de setiembre para la solemne instalación de la Asamblea.

CAPITULO XI

El 10 de Setiembre

Mas antes de este día, el 10, tuvo Lima una noche, que no se podría acertadamente calificar.

Desde temprano circuló la noticia de que había sido descubierto un plan para asesinar al señor Leguía. Grupos considerables de ciudadanos habían acudido a los balcones de Palacio, a manifestar al Presidente sus protestas de indignación por el fracasado crimen y su adhesión.

Otra manifestación fué anunciada para la tarde de ese mismo día. Y yo, que no había tenido oportunidad de presenciar la de la mañana, me dirigí a la plaza de Armas para contemplar la segunda. Y ví un gentío inmenso, ocupando casi totalmente la plaza, haciendo dificil todo tráfico por ella. Alcancé a oir también, parte de los incendiarios discursos que se pronunciaron, así como el del señor Leguía, que les agradeció, pero que, digno de su puesto, les pidió que tuviesen confianza en el gobierno y que se retirasen tranquilos a sus hogares.

Llegué a ver igualmente el desbande de la multitud que parecía poseída de sentida indignación.

Y, cuando aún quedaban en la plaza algunos manifestantes, llegó hasta mí el rumor de que se estaban atacando las imprentas de «El Comercio» y de «La Prensa» y algunos domicilios particulares. Yo que había podido medir el incendio de los discursos, comprendí la terrible gravedad del momento y entrando a Palacio, rápidamente llegué a presencia del Presidente, en el instante en que dictaba órdenes, disponiendo la salida de las tropas y al mismo tiempo, el envío de comisiones, to-

madas del personal que le rodeaba, a los distintos locales atacados.

La última comisión que salió, estuvo constituída por el doctor Juan de D. Salazar y Oyarzábal, el Comandante César Landázuri y el suscrito, quienes, tomando un auto, nos dedicamos de un modo especial a hacer desalojar las calles persuadiendo a la gente, de que hacían muy mal, entregándose a un desenfreno que hería al país y desprestigiaba al gobierno, si no se ponía término inmediato a esos desmanes. Distribuímos también las tropas convenientemente, para asegurar el retiro de la gente y el libre ejercicio de las bombas y para prestar garantías, allí donde se hacía necesario.

Más de dos horas estuvimos en esta labor; pero tuvimos la satisfacción de haber impedido el ataque al Club Nacional y a determinados hogares y de haber contribuído a evitar que se consumase la total destrucción de todos los lugares atacados.

Y cuando pienso en esto, necesariamente tengo que ver, que la sola pero oportuna presencia de las tropas, habría bastado en mayo para haber evitado la tristeza de los días que vivieron las ciudades de Lima y del Callao.

Y pasó el 10 de Setiembre. Y los ciudadanos que en virtud del conato de revolución habían sido apresados, salieron del país, no deportados, porque entiendo que no medió juicio de desportación, pero sí embarcados por el gobierno, que de este modo alejaba el peligro que la presencia de estas personas significaba, nó para la tranquilidad de éste, sino para la de ellos mismos, pues, lejos de aquí no tienen nada que temer de esos desbordes pasionales, siempre funestos, como la Historia los atestigua y que, en el Perú, pueden perfectamente no verse nunca, aún tratándose de los problemas más trascendentales.

CAPITULO XII

Asamblea Constituyente.—Gobierno Constitucional—Inmensa labor por hacer.

El 24 de setiembre se instaló la Asamblea Constituyente, con gran solemnidad, presidida por el doctor Mariano H. Cornejo, quien días antes había renunciado el cargo de ministro.

En este acto, el Presidente Electo, señor Augusto B. Leguía, dió cuenta de su llegada al poder y de los actos practicados en su breve ejercicio, siendo todos aprobados.

Y 18 días después, esto es, el 12 de octubre, terminaba el gobierno provisorio, instituyendo la Asamblea, con el carácter de presidente constitucional, al señor Augusto B. Leguía, que en las elecciones de mayo había sido consagrado como tal por los votos ciudadanos.

Obra del gobierno provisorio, fue, en la fecha del aniversario de Angamos, la creación del Ministerio de Marina, siendo el primer ministro, el capitán de navío, señor Juan M. Ontaneda.

Con el gobierno constitucional, satisfechos los vehementes anhelos nacionales, hay el derecho de creer que se inicia una nueva éra para el Perú. Pues de otro modo, resultarían defraudadas, las nobles, las legítimas esperanzas de este sufrido pueblo.

Verdad es, que se trata de un organismo, tan maltrecho, que abisma contemplar la realidad en toda su desnudez. Pues, tanto hablar de oligarquías, ya comienzan las ambiciones su labor. El espíritu oligarca predomina, obstaculizando toda obra constructiva.

Se ve siempre el mismo juego caciquil de tiranuelos convertidos en representativos. Ellos brindan su mentido

prestigio terruñal, para obtener apoyo y predominio, que luego convierten en instrumento de despotismo. Y así, siempre, la misma vía-crucis de los pueblos, que no tienen la culpa de tener dentro el virus, que hace de su vida un perpetuo padecer.

Y como si lo dicho no fuera bastante. Y como si el alcohol con sus estragos, como si la vida rudimentaria que hacen los pueblos, no completaran el triste cuadro, surgen nuevos síntomas que traen la amenaza de la disolución de la nacionalidad.

La profunda división que separa a los hombres dirigentes, preocupa de tal modo la atención de éstos, que no les permite dedicar tiempo a la contemplación de realidades innegables.

El progreso material de esta sección del mundo, aparte del renglón fiscal que debe satisfacer y de las sumas destinadas a sostener las vidas del personal asalariado, no deja el menor beneficio a la nación. Puede decirse que ésta vive perfectamente indiferente a él.

Analizando, se tiene: La gran masa indígena, que languidece consumiéndose entre la ignorancia y el alcohol, entre la explotación y el abandono, viviendo completamente indiferente a su suerte; la gran familia obrera de las ciudades y de los campos, que ya se manifiesta sedienta de cultura y hambrienta de liberación económica, es decir, dándose perfecta cuenta del desastre que significan las nacionalidades, tal como están; pero que parece no reparar en que corresponde a ella la misión sagrada de prestar también su concurso para evitar la total ruina; la clase media, resignada, sufrida y soñando siempre; pero que no quiere darse cuenta de que no importa que no haya salido de una costilla de Júpiter—como tampoco salieran los hijos de la Fortuna—para que encare a los peligros y detenga el carro de la muerte; y, por último, la engreída, la infantil clase dirigente, que aparenta ignorar los deberes de las alturas, imaginando que los



ARCHIPIELAGOS RIVALES

MUSEO NAVAL DEL PERU
Biblioteca
Julio I. Elías Murgia

problemas y los peligros encuentran, automáticamente, soluciones en el juego funcional que constituye la vida del conjunto, y no quiere ver, no quiere preocuparse de nada que le perturbe sus tranquilos goces, sus atenciones egoístas.

Indudablemente que un pueblo así constituído, necesita no sólo de un hombre y de muchos eficaces colaboradores de ese hombre, sino de todas, de absolutamente todas las fuerzas vivas de la nación. Pero éstas no pueden cooperar con benéficos resultados, sino obrando armónicamente. Y aún cuando esto se realizase, sería menester todavía, poner los ojos en los puntos en que radica hoy la vida nacional, que se esfuma para abrir paso a la extranjera avalancha que la esquilma y anarquizarla quiere, para sustituirse a ello sin nacionalizarse.

CAPITULO XIII

¿Esfera de influencia o de acción?

La nacionalidad está constituída, en efecto, por el factor humano capacitado para sostener su vida y para defenderse en su propio suelo. De allí la necesidad del trabajo y de las industrias. De allí, sobre todo, la indispensable necesidad de que éstas sean suficientes para sostenerla.

Pero, ¿qué ocurre? Las grandes industrias extractivas están en manos del capital extranjero. Y nadie objetará que el capitalismo es una de las formas en que la soberanía se ejerce. Y, por consiguiente, por ese lado, no hay nada nacional, a no ser la servidumbre en beneficio del Todopoderoso Dólar.

¿Y las pequeñas industrias? ¿Las que directamente se relacionan con la vida del pueblo? Pueden dar la respuesta los miles de asiáticos que se han adueñado de ellas, constituyendo monopolios que no sólo imponen precios caprichosos, sino que atacan la salud, como sucede con la venta de la leche, cuyo consentimiento es un contrasentido en pugna con toda noción humana o legal. Verdadero ejército de ocupación de los tiempos de paz, completará su papel conquistador, sirviendo de base a las tropas de la invasión el día de mañana. Consume hoy las energías económicas y delictuosamente ataca las vitales de este pueblo, que, mansamante, debido a la incoherente constitución anteriormente expuesta, ha cedido el puesto que en ningún país llega ni puede llegar a manos extranjeras, en la forma monopolizadora y múltiple que aquí ha alcanzado.

Porque, ingerto que destruye o que elimina el organismo que lo sustenta, no es ingerto. Eso tiene otro nombre. Y no sólo los espíritus que rechazan los imperialismos, sino aún aquellos que consideran—y con razón—que el planeta es de y para todos los hombres, tampoco podrían aceptar, por lo mismo que así piensan, el desarrollo de un programa que asesina a una nación.

Sin duda alguna, que se procurará cubrir con mil pretextos o disimulos el avance lento pero innegable de la asiática invasión. Pero no se habrá olvidado, que no hace mucho tiempo todavía, se esbozó, sin ambajes, la orientación de esa política expansionista, sin que el Perú, en esa oportunidad, pudiera expresar palabra alguna que hiciese reserva de los derechos que siempre supo defender en aguas sudamericanas. Ya se sabe que negarán, pero a nadie convencerá esa palabrería, mientras esté reñida con los hechos. Porque no se necesita ser profeta para aseverar, por anticipado, lo que harán los individuos o los pueblos: mirándolos a través de su vida, se les conoce con exactitud.

Y, por eso mismo, es preciso no olvidar, que en el balance de valores y de situaciones, posterior a la Gran Guerra, se presenta este problema, íntimamente vinculado a la vida futura de las Américas. Con vinculación tan estrecha, que, aún antes de que pudiera conocerse el resultado final de las batallas, asomaba ya la cabeza el fantasma de ese problema, atisbando oportunidades y acariciando ideales que miraban por encima de las momentáneas alianzas, en contubernio con los incurables ciegos, que, en la estrella de los Almagros tienen su símbolo.

La planta japonesa, cuando quiso asentarse en las Islas Pascuas, solo atendió a su conveniencia. No se fijó en el precio. Su imperialista codicia rasgó sus vestiduras de aliado de las potencias occidentales. Y extendió la oferta del hierro y del acero que en suelo americano debían manejar germanos y chilenos, para servir también en este continente, las órdenes del amo de Berlín.

Por eso, si no hay excusa para los desesperados de la vida, que los exima del calificativo de dementes, y lo propio tiene que aplicarse a las naciones cuando atentan contra su existencia, procediendo como en el caso de Alemania o consintiendo, como Chile, en el ingerto en su cuerpo político territorial, de otro organismo cuyas funciones sólo deben cumplirse en su propio sér, yo no sé cómo habría que llamarlos.

Este es el caso de la negociación que de las islas Pascuas imaginaron sus dueños, los chilenos, cuando desesperados por la falta de torpedos para sus submarinos y por el afán de poseer material de aviación y fusiles y cañones y ametralladoras, vieron la posibilidad de realizar sus anhelos, en la bandera del Sol Levante y quisieron hacerla flamear en el Haway sudamericano de su posesión oceánica.

Naturalmente, que esto era demasiado serio para que pudiera realizarse. Recibió, pues, Chile, los torpedos que deseaba. Y, más tarde, la corrección inglesa le pro-

digó material de aviación. En el mismo Japón se le hicieron créditos para los suspirados armamentos.

Quedaba por el momento eliminado el negociado de las islas Pascuas. Triunfaban las diplomacias chilena y alemana, consiguiendo en los propios arsenales de los aliados, el armamento que tanto tiempo anhelaron para consumar la prusianización de Sud-América. Y alcanzaba también señalado triunfo, la llamada esfera de influencias japonesas. Triunfo éste, definitivo,en el dilatado campo de los acomodos internacionales. Porque desde entonces ha dejado planteada la aspiración japonesa por el codiciado archipiélago. Aspiración que tiende a enlazar a la metrópoli nipona con sus tentáculos y con sus codiciadas presas.

Este es, pues, otro de los problemas que ha surgido de las incidencias de la reciente guerra. Que lejos de resolver el del cautivsrio de cuatro provincias peruanas, ha dejado ver al águila la posibilidad de encajar definitivamente sus uñas.

Lo natural sería, que la hegemonía del Pacífico sur, correspondiese al continente sudamricano, por este lado, y por el otro a Australia. De esta manera, el equilibrio quedaba completo tanto en el norte como en el sur del Gran Océano.

Partiendo, pues, de esta consideración, hoy de hecho la tiene Inglaterra en la zona de sus dominios. Y como la prudencia inglesa ha de procurar evitar complicaciones con el coloso del norte de América, que no podría mirar con buenos ojos nada que afectase a la doctrina de Monroe, se puede esperar que cuando su aliado—que además de esta calidad que le aporta ya cierto carácter, contaría para establecerse en las islas Pascuas,con análogo derecho al que le permitió a Estados Unidos quedarse con Haway y colocarse en Filipinas—quiera reanudar las dormidas gestiones japonizantes de Pascuas, encontrará el obstáculo inglés.

Pero, todo esto es quimera. Ese pueblo oriental sabrá cuándo y cómo ha de desarrollar con toda seguridad su bastísimo programa.

Por esto es que la iniciativa chilena no puede calificarse sino como exponente de decadencia o de insanía, porque ella presupone la extinción del ideal de una Sudamérica susceptible de parangonearse con las potencias que significan Estados Unidos, Australia y Japón. Y es por esto que resulta inexcusable que haya partido de Chile la idea de la japonización del archipiélago, porque esto es una monstruosidad inconcebible.

Ella excluye en lo absoluto la misión futura de las nacionalidades de América, llamadas todas a comulgar en los mismos principios y a sostener sus propios derechos en las posteriores jornadas que la humanidad habrá de librar en el perpetuo movimiento de intereses, cuyas leyes mecánicas, para ser exactas y satisfactorias, tendrán que ajustarse a la verdad y a la justicia.

Por eso, hoy no sería posible relegar al olvido lo que ha de preocupar en día que no se sabe qué fecha ha de tener.

Son cuatro los grandes grupos en que geográfica y políticamente los pueblos van a quedar distribuídos: las naciones de América y las occidentales de Europa, constituyen dos de los grupos, separados entre sí por un océano, pero tocando sus extremos con los motores que han de dirigir los otros dos grupos.

Estos motores, cuyo funcionamiento es análogo, pueden acoplarse cualquier día y, entonces, la tragedia que se desarrollará,dejará muy atrás a la que se acaba de sufrir. Que ese día esté o nó cercano. Que se encuentre forma de hacer imposible su siniestra aparición. Todo esto resulta indiferente, cuando se palpa una realidad desconsoladora, que no permite fundar sólidas esperanzas en la realización de naturales armonías que regulen la marcha de los pueblos que aman de verdad la civilización, que tie-

nen la misión de sofrenar los desbordes imperialistas y retrógados de esos grupos.

Para contener la avalancha, sería preciso, en primer término, hacer entrar en razón a los émulos de von Bernardi. Pues, bien se comprende, no sólo es objeto de las codicias de esos grupos, el continente sudamericano, cuyo rol tiene que estar en armonía con la manera como comprenden la civilización la mayoría de las naciones que lo habitan. Es decir que debe desarrollar todas sus energías, hasta llegar a ser, en progreso y en poderío, la hermana gemela de la América del Norte. Para aprestarse luego, con ella, con la Europa Occidental y con la Australia, a constituír el gran block, verdadera liga de naciones, llamado a contener a los asiáticos coludidos con los germanos, convertidos éstos en directores del pueblo ruso.

Bien se comprende, que no teniendo nada de fantástico lo que vengo exponiendo, mal se podría despreocuparse de la suerte futura de Pascuas.

La posesión de ellas sólo tendría explicación para el dominador, no sólo del océano, sino de las tierras que éste baña: es decir, Australia y Sudamérica.

Lo contrario, estuvo admirable para ser imaginado por la Prusia Europea. Pero apena el saber que fué producto de la maniobrera diplomacia de la criolla Prusia Americana.

Y fué en esos días, en esos álgidos días en que estas maquinaciones pudieron convertirse en hechos, que era humanamente necesario frustrar, que aquí, en Lima, se debatía con mayor ardimento el problema de la neutralidad peruana, repudiada por el pueblo. Y que allá, en Ilo, mil ideas en tropel, pasaron por mi mente.

Si todo esto pudo dar o nó fundado derecho para desear al país un cambio de métodos, algún día lo dirá la posteridad.

Y ojalá que ese día no llegue nunca, si hasta entonces la cordura no es la regla máxima de nuestros hombres públicos.

Tiempo es ya de dejarse de recriminaciones inútiles. Y de tener presente, que la conciencia no sólo es juez fidelísimo, sino a la par verdugo implacable, con poder suficiente para mortificar a los que delinquen.

Concluyo estas anotaciones, que ligeramente he comentado y,debido a la gentilieza del Ministro de Marina, Capitán de Navío, señor Ontaneda, al lado de ellas considero los partes oficiales de las operaciones que dieron el triunfo el 4 de Julio, tanto en la escuadra como en los cuarteles del Callao.

TERCERA PARTE

Proclama del Comandante Ontaneda

Callao, 4 de julio de 1919.

Tripulantes de la Escuadra, soldados de la guarnición y cívicos armados.

Conciudadanos:

Nueva éra de reconstrucción política e institucional es la que hoy se inicia para nuestra patria, en armonía con los principios de verdadera democracia, de justicia y de solidaridad, triunfantes en el mundo, después de larga y cruenta lucha contra las autocracias. Labor que se levantará sobre el derrumbe del despotismo que dominó hasta ayer, y que cae bajo el peso de sus propias iniquidades

Acto de imperativo moral y de bien público es la revolución salvadora, que ha aunado, en momento decisivo y solemne, todas las sanas voluntades, y que ha amparado el veredicto condenatorio que el país entero ha lanzado contra el Gobierno más prevaricador que ha pesado sobre sus destinos, con el desvío de las más resueltas incommovibles situaciones internacionales y que ha llegado por último, hasta pretender la imposición de un sucesor, hecho a su amaño, con el fin de eludir responsabilidades, ya fuese falseando las actos electorales, en unos casos, o ya



MUSEO NAVAL DEL PERU
Biblioteca
Julio J. Elías Murguía

Contralmirante Don JUÁN M. ONTANEDA

Director del movimiento del 4 de Julio en el Callao.

fuese haciendo uso indebido de la fuerza pública, en otros, para convertir a la República en un campo de legicidios y de matanzas.

Hartos los pueblos de tanto daño, han lanzado sus protestas más indignadas, y reclamando airados el cumplimiento de sus justicias, han impuesto a sus personeros las caracterizaciones de la sanción y del castigo.

Es por esto que vosotros, militares de mar y de tierra, contemplasteis deshecho el lazo de la subordinación, roto en mano crminal, con violación flagrante de los preceptos más esenciales de la ley fundamental; en los que es ineludible la sanción que la Ley confiere al Congreso, o la acción popular cuando ésta no se cumple.

La facultad del comando y la obediencia militar, son derivaciones análogas del principio armónico que rige universalmente, el que en el orden moral condensa en el cumplimiento del deber; quebrantado éste por el primero, el efecto es caos, son líneas paralelas que conducen al mismo fin; pero cuya discrepancia produce fatalmente el descarrilamiento.

Nuestra fuerza pública no es instrumento ciego sino vidente; sólo jura fidelidad a la defensa de la Patria y al honor de su bandera; y *asegura* la ejecución de las leyes y el orden en el interior.

Inadmisible por absurda, es la pretensión de que el simple dictado de conciencia del gobernante, esté sobre el de la Constitución Política y de las leyes.

Por otra parte, ante la clara situación planteada por el gran demócrata americano, en punto de responsabilidades de los malos Gobiernos, al proclamar su doctrina vencedora, dando forma a la conciencia humana: es atributo del pueblo levantar su gesto soberano, frente a un Gobierno que ha faltado a sus mandatos y que no ha sabido cumplir con sus voluntades.

Al impulso irresistible de la opinión y al golpe abrumador de la voluntad de los pueblos, ha sido extinguido

ese bandalaje político, que se entronizó en el Poder, para la mayor deshonra y amargura de la Patria, y del que ha sido barrido como inicuo engendro de inmoralidades y de conscupicencias propias de hombres y de pueblos decadentes, más nunca de quienes aspiran a la vida amplia del progreso dentro del honor y de la dignidad.

Ante esta poderosa reacción de la conciencia moral ciudadana, es justo que nos confundamos en íntimo consorcio los viejos luchadores de pasada época de sacrificio, junto con los jóvenes campeones de la nueva reforma que avanza victoriosa a cumplir los destinos humanos de bien y de justicia.

Compañeros de la Marina y del Ejército: mediante vuestro esfuerzo salvador ejercido en guarda de la soberanía popular, es que el crimen ha sido vencido; la moral pública y privada será restablecida; las leyes fundamentales serán armonizadas con la doctrina democrática puesta en vigor; el país será impulsado por las vías de general prosperidad y engrandecimiento; la fuerza pública será robustecida al grado que requieren la respetabilidad, la integridad y la defensa de la Nación; y en fin, el nuevo Presidente de la República, haciendo prácticos sus propositos según los principios de la verdadera democracia, y los dictados del amor al bien general y principalmente al de los más infelices de nuestros conciudadanos, edificará esa Patria de nuestros ideales, grande y respetada, que será el orgullo máximo de todos sus hijos.

¡Viva el Perú!

Vuestro conciudadano Capitán de Navío
Jefe Superior de la Plaza
ONTANEDA.

Callao, 16 de julio de 1919.

Señor General Ministro de
Guerra y Marina

S. G. M.

Tengo el honor de poner en conocimiento de Ud. los hechos realizados en esta plaza, comprendidas todas sus fuerzas de mar y de tierra, en la noche del 3 al 4 de los corrientes, bajo mi dirección inmediata, con motivo del movimiento armado, que derrocó al gobierno despótico que dominaba en la República, para restablecer el imperio de las leyes y de la voluntad popular, expresada en las últimas elecciones.

Puesto de acuerdo con la Suprema dirección del movmiento en Lima, en cuanto al plan de conjunto, combinación y detalles de la operación encomendada a mi dirección en esta plaza, cuya realización sería anunciada por medio de los reflectores del Crucero «Grau», y recibida la orden de ejecución, en las primeras horas de la noche del 3,me constituí en la ciudad del Callao a las 10 h. p. m., acompañado de dos Ayudantes, el Guarda-marina D. Victor M. Ontaneda, el joven D. Julio Ontaneda, ex-sobrecargo de la C. P. V. D. y, situándome en local adecuado, procedí en la forma siguiente:

1.°— Operación sobre la Escuadra.

Esta debía concretarse a la dominación de los Cruceros «Grau» y «Lima», surtos en la bahía, únicos buques disponibles de la Escuadra, encontrándose los demás inutilizados por deficiencias en sus aparatos motores; el Crucero «Bolognesi» en la Isla de San Lorenzo, el Caza-torpedero «Teniente Rodríguez» en la Isla Frontón, y los dos sumergibles en las proximidades de su estación. Para el objeto, contaba con alguna parte de la oficialidad y tri-

pulación de los primeros, dispuse la concentración de los grupos de asaltantes, el primero compuesto de dos secciones a órdenes del Capitán de Corbeta D. Abraham de Rivero y del Tte. 1°. D. Pablo Ontaneda, en el muelle de Chucuito, y el segundo a órdenes del Alferez de Fragata D. César Rangel, en la chata de Sabino La Rosa a inmediaciones del muelle de cabotaje. Estas dos estaciones estarían conectadas con otra central, que operaría en el muelle de Guerra, a órdenes del Capitán de Corbeta D. Moisés Pinto Bazurco.

Habiendo tenido conocimiento de que en estos precisos momentos se verificaba un embarque de tropas, y sabiendo poco después que estas debían ser trasportadas a bordo del Crucero «Lima», procuré inducirlas a que verificasen en el momento oportuno un levantamiento durante el curso del viaje, en combinación con los Oficiales de mar ya preparados en dicho Crucero, lo que conseguí por medio de mis ayudantes y de la intervención del Capitán D. Tomás Flores Guerra, perteneciente al mismo regimiento N.° 13, de donde había salido el destatacamento aludido.

El crucero «Lima» zarpó a las 2 h. a.m. del 4 y, mientras se calmaba la agitación y movimiento en la proximidad del muelle de Guerra, hube de esperar hasta las 3 h. a. m.; en el intertanto celebré algunas entrevistas con los Jefes y Oficiales que debían actuar como Jefes en los Cuarteles y puntos guarnecidos en tierra, Sargento Mayor D. César Llona, Capitán D. Ernesto Llona, de la situación de retiro, y el Capitán D. Tomás Flores Guerra en representación del regimiento de infantería N°. 13.

Tomadas todas las disposiciones convenientes para la conjunta y rápida ejecución del levantamiento y ataque, en el que debía evitarse el derramamiento de sangre y prevenida la señal ejecutiva, que partiría del Crucero «Grau», por medio de luces fijas y reflectores, me dirigí al muelle de Guerra a las 3 h. a. m. donde se encontraba

el Comandante Bazurco con la lancha automóvil del Estado Mayor, que puso a mis órdenes, en la que me embarqué con mis ayudantes, e hice rumbo al muelle de Chucuito, donde debía encontrarme con el personal de oficiales y civiles armados, para operar sobre el crucero «Grau», Grande fue mi contrariedad al tener conocimiento de que gran número de los comprometidos, se habían separado por diversas causas, pero a pesar de esto, reuniendo a los pocos que aun quedaban, los distribuí en las dos lanchas automóviles de que disponíamos, dirigiéndonos sobre el crucero con las precauciones del caso, el que abordamos subiendo por los tangones.

Eran las 3 h. y 20 m. a. m., poco mas o menos, cuando me encontré sobre el castillo de dicho buque con gran parte de la oficialidad, quienes pusieron el buque bajo mis ordenes; inmediatamente dispuse que el Tte. 1°. D. Pablo Ontaneda, con un grupo de auxiliares, procediese a la captura del Comandante cesante D. José M. Olivera, que se encontraba en su camarote, lo que fué ejecutado rápida y seguramente, evitándose un conflicto de armas que habría sido de funestas consecuencias; ordené a continuación se fijasen las tres luces en el palo trinquete, que debía de servir de señal a los colaboradores en tierra; que se activasen los fuegos de las calderas disponibles y que se pusiesen en juego los reflectores, dirigiendo sus haces luminosos hacia la ciudad de Lima, según estaba convenido; como el grupo que a órdenes del Alferez Rangel, que se encontraba en las chata de Sabino, estuviese inactivo por haber salido del puerto el crucero «Lima», ordené su concentración en el «Grau», para lo que comisioné al Comandante Bazurco. Pocos momentos después se escucharon los disparos que en los diferentes puntos amagados en tierra anunciaron la ejecución correcta y precisa del plan combinado y que la voluntad nacional quedaba cumplida. A continuación, dispuse la traslación a tierra del Comandante Olivera y levando ancla puse

al buque en franquia en las afueras de la bahía, a fin de estar en actitud de atender a cualquiera emergencia hasta el sometinmiento del resto de la Escuadra.

2°.—Operaciones en tierra:

Estas debían tener lugar en dos puntos principales, el Cuartel del Arsenal y el de Ayacucho, y dos secundarios, la Prefectura y la Cárcel de Casamatas. En el primero estaban alojados dos cuerpos del ejército, el regimiento de infantería N°. 13 y el de Artillería de Costa; actuó como jefe del movimiento el Capitán D. Tomás Flores Guerra del N.° 13, quien fué secundado por el distinguido grupo de oficiales que menciona en su parte adjunto, y ejecutó con la mayor discreción y acierto todas las disposiciones encaminadas a la rápida dominación de las tropas contrarias, autoridades, jefes y oficiales dentro y fuera del cuartel, en la Prefectura y Cárcel de Casamatas, como consta en el parte mencionado. A esta operación colaboró también el Sargento Mayor D. César Llona con un grupo de oficiales retirados, por la parte exterior.

En el cuartel de Ayacucho, donde tienen alojamiento las fuerzas de Gerdarmería y de Policía de la provincia, actuó como jefe del asalto el capitán D. Ernesto Llona, con algunos grupos de clases licenciados y civiles armados, secundado por el Alferez Humberto Leveroni, oficial de la Gendarmería de a caballo, con la fuerza de su mando. El desempeño de esta operación no dejó nada que desear, fué ejecutada con la mayor serenidad, valor y rapidez, en conformidad con las instrucciones recibidas y con la misma economía del derramamiento de sangre, con que fueron ejecutadas las anteriores, como se manifiesta en los partes adjuntos.

Terminado el rápido movimiento de conjunto, como dejo relatado, y encontrándome a bordo del crucero «Grau», donde mi presencia era necesaria, comisioné, por oficio, al Coronel D. Moisés Cornejo, que se encontraba en tierra prestando su valiosa cooperación, para que asu-

miese el comando de las fuerzas militares de la plaza, lo que se verificó inmediatamente, según consta en el parte adjunto.

No terminaré, señor Ministro, sin hacer una recomendación muy elogiosa de la actitud tan valiosa decidida y serena de los diferentes personales que han actuado bajo mis órdenes en la realización del hecho de armas que tuvo lugar en esta plaza, sobre sus fuerzas de mar y de tierra en la mañana del 4 de los corrientes, con la circunstancia notable de no haber ocurrido ningún derramamiento de sangre, lo que no puede ser sino el efecto del dominio que sobre ambos contendientes ejercía la fuerza de la opinión pública.

Estimo como un deber de justicia el señalar como distinguidos en la preparación y ejecución de estas operaciones a los siguientes oficiales:

En el Crucero «Almirante Grau», al Teniente 1°. de la Armada D. Pablo Ontaneda.

En el Cuartel del Arsenal, al Capitán de infantería de ejército D. Tomás Flores Guerra.

En el Cuartel de Ayacucho, al Capitán de Artillería de ejército D. Ernesto Llona.

Adjunto al presente me es honroso remitir a ese Superior Despacho los once partes originales, bajo el sello de esta Comandancia General, que llevan las firmas de los Jefes y Oficiales que al mando de unidades actuaron en el relatado movimiento, que son los siguientes:

Del Capitán de Corbeta D. Moisés Pinto Bazurco.
,, ,, ,, ,, ,, Manuel Faura
,, ,, ,, ,, ,, Abraham A. Rivero.
,, Teniente Primero D. Pablo Ontaneda
,, Alferez de Fragata D. César Rangel.
,, Sargento Mayor D. Armando Patiño.
,, Coronel D. Moisés Cornejo.
,, Sargento Mayor D. César Llona.

Del Capitán D. Ernesto Llona
„ „ D. Tomás Flores Guerra.
Subteniente D. Eduardo Bellatin.

Dios guarde a Ud.—S. C. M.—El Capitán de Navío Comandante General de la Escuadra

Fdo.—JUAN MANUEL ONTANEDA

Callao, 4 de julio de 1919.

Señor Capitán de Navío Comandante
General de la Escuadra.

Crucero «Amirante Grau»

Mi Comandante:

Cumplo con el deber de presentar a Ud. el siguiente parte:

En las últimas horas de la noche de ayer recibí de Ud. las órdenes de efectuar la concentración de los distintos grupos que debían operar sobre la Escuadra y el enlace con las tropas que en tierra debían acatar la voluntad popular.

Antes, mi solicitud de pase a la Disponobilidad, había sido mi último acto en relación con el régimen anterior.

No me fué posible, como eran mi deseo y mi obligación, explicar mi profunda convicción, de que, sin distinción, todos los peruanos estamos obligados a procurar la salvación del país, cuando cuatro años de hundimiento y un afán inmoderado de precipitarlo del todo, son los únicos títulos que podría ostentar el Gobierno fenecido, para pretender que se le rinda ciega obediencia, sin importar nada que pisotee las leyes y la Constitución misma y

que haya derramado, habiéndolo podido evitar, sangre peruana, en los días del paro de Mayo.

La manera como cumplí sus órdenes, mi Comandante, me fué impuesta por las circunstancias. Los Tenientes Labarthe y Swayne, los Alféreces Rodríguez, Barandiarán y Morales y los Guardiamarinas Ontaneda y Zamudio cooperaron decididamente en la trasmisión de las distintas órdenes, habiendo quedado todo listo, en cuanto zarpó el crucero «Lima», en el que se embarcó este último Oficial.

Momentos después de la salida de este buque, el Capitán de Corbeta Taboada me indicó que a las 3 de la madrugada podría abordarse el «Grau» y puso a mis órdenes una lancha automóvil.

El Guardiamarina Ontaneda recibió la comisión de dar parte a Ud. que esta lancha estaba en el muelle de Guerra esperándole e instantes después, Ud. se embarcó, acompañándole el suscrito, el Alferez Morales, el Guardiamarina Ontaneda, el joven Julio Ontaneda y el Condestable César Moreno.

La lancha abrió del muelle de guerra a las 3 h. 10 m. dirigiéndonos al muelle de Chucuito, de donde partimos después con el personal que en ese sitio aguardaba con el Capitán de Corbeta D. Abraham Rivero, el Teniente Ontaneda y el Alférez Barandiarán, en dirección del crucero «Almirante Grau». Una vez que Ud. abordó este Crucero, me ordenó dirigirme hacia los pontones que están frente a los baños del norte, para traer al «Grau» al grupo que obedecía al Alférez Rangel, orden que cumplí inmediatamente, constituyéndome con este oficial y su gente en el citado crucero, al cual nos trasladamos en la lancha de Jesús Becerra, por haberse enredado en una boya la hélice de la lancha que me llevó a ese sitio. Ya al aclarar el día me mandó Ud. a tierra en comisión, para hacer reconocer al Sr. Coronel Cornejo como Jefe Militar de la Plaza, orden que también cumplí, poniéndose el Jefe

accidental del regimiento N°. 13 a órdenes del referido Sr. Coronel.

En tierra, antes de regresar a bordo, me encontré con el Sr. Coronel Cárdenas, diciéndome este Jefe, que acaba de llegar de Lima, enviado como delegado del Sr. Leguía para conocer el resultado de la toma de la Escuadra, de cuyo éxito le informé. En seguida me ordenó Ud. constituirme en la Capitanía, en donde me encuentro prestando mis servicios.

También debo decir a Ud. que, al concentrar las fuerzas al «Grau», fue necesario quedasen en tierra el Teniente Swayne en la Capitanía, el Alférez Rodríguez con el regimiento N.° 13, el Teniente Labarthe en el Estado Mayor y que también quedó en Tierra el Capitán de Corbeta Taboada.

(Fdo.) *M. Pinto Bazurco.*

PARTE

Señor Capitán de Navío, Comandante
General de la Escuadra

S. C. G.

Cumplo con el deber de dar cuenta a Ud. de mi actuación en los sucesos de la madrugada del 4 del presente mes, que trajeron como resultado inmediato la caída del régimen que presidía el Dr. José Pardo y la exaltación a la Primera Magistratura, del Señor Augusto B. Leguía.

Abatido el país, por los errores del Gobierno que regía sus destinos; vejadas las leyes; atropellados todos los derechos; rota la armonía entre los tres poderes del Estado; descuidada ostensiblemente la defensa nacional; y menospreciada nuestra Armada, se imponía la necesidad

de salvar a la Patria; y para ello; era obligación de todo buen peruano prestar su concurso desinteresado y cooperar en el límite de sus facultades a derrocar al Gobierno despótico y dictatorial que existía y echar las bases del resurgimiento nacional.

El deber militar exige el respeto y obediencia al Poder legalmente constituído; y encarna el sagrado principio de la defensa de los preceptos constitucionales de la República. El Gobierno que ha caído si bien es cierto que estaba ungido por el Congreso, se había hecho anticonstitucional, por los atropellos que cometió contra los mandatos de nuestra carta Fundamental, que estaba obligado a obedecer y respetar. Era por tanto, obligación de todos, defender nuestros principios fundamentales y evitar que la dignidad militar fuera mancillada sirviendo la causa de un hombre o de un partido político que posponía con egoísmo tan cínico como manifiesto, los intereses del país a los suyos propios.

Sincera y honradamente convencido de lo que dejo expuesto, y llegado el momento de la saludable reacción anhelada por el Perú, no trepidé un momento en poner a órdenes de usted, que tan abnegadamente ha dirigido a la Armada en estas circunstancias decisivas para su porvenir, el buque en que prestaba mis servcios como 2°. Comandante; iniciando así, el gran movimiento reaccionario que pocas horas después señalaba nueva éra para la Nación.

Constituído usted a bordo, a las 3 y 20 de la madrugada del viernes 4 de julio, me puse a sus órdenes, después de haber dictado todas las disposiciones necesarias para que la tripulación del buque, que se hallaba durmiendo no se enterara del movimiento ni tomara parte alguna en él, a fin de que la disciplina no sufriera en ningún momento. Usted tuvo a bien disponer que fuera apresado el señor Comandante Olivera, que se hallaba en su camarote, y por indicación mía, se acordó que en dicho acto

no intervieniera ningún oficial del buque y que se tratara al referido jefe con todas las consideraciones y respetos debidos a su alta clase.

Una vez que Ud. S. C. G., estuvo a bordo,se ordenó encender y activar los fuegos de cuatro calderas y se hizo funcionar los proyectores del buque, dirigiendo sus haces luminosos sobre la ciudad de Lima, como señal convenida.

Tan pronto como el señor Comandante Olivera, fué conducido a tierra y dejado en libertad, recibí orden de poner el buque en franquía. Al efecto a las 5 y 45 a. m. se levó ancla, fondeando 40 minutos después, a unos 2,000 metros, mas o menos, al oeste del Dique, tomando todas las precauciones necesarias a fin de evitar cualesquier emergencia en caso de un intento reaccionario.

Los oficiales de la Armada que nos secundaron y acompañaron en el movimiento, lo han hecho como el suscrito, llevados únicamente del noble deseo de salvar a la Patria y echar las bases de la reorganización de nuestra Marina de Guerra. Toca pues, a quien hoy dirige los destinos del Perú, corresponder a tan nobles anhelos, como recurso primordial para la defensa y progreso del país.

Debo dejar constancia, de que toda la Plana Mayor del buque a excepción del Comandante Olivera y tres señores oficiales, prestaron su concurso entusiasta y decicidido en el movimiento regenerador.

Con lo que antecede, dejo expuesto ante Ud. S. C. G. la participación que tuve en el movimiento nacional de la gloriosa madrugada del 4 del julio de 1919.

Crucero «Almirante Grau», al ancla, Callao, 8 de Julio de 1919.

S. C. G.—El Capitán de Corbeta

(Firmado)—*M. D. Faura.*

Al ancla, Callao, 8 de Julio de 1919.

Señor Capitán de Navío, Comandante
General de la Escuadra.

S. C. G.

Cumpliendo órdenes de Ud., tengo el honor de poner en su conocimiento, que el día 3 del presente y a horas 11 p.m. se encontraba el suscrito con el personal de Oficiales que a continuación se indica: Tte. 1°. Pablo Ontaneda, los Alféreces de Fragata José E. Barandiarán, Renato Morales y el Guardiamarina Manuel Víctor Ontaneda; el Tte. de Ejército D. Aurelio E. Muente, los Sub-tenientes, Carlos A. Melly, Gilberto Artieda, Condestable César Moreno, Sargento José M. Ramos, Maestre de la estación de Sumergibles, Genaro Cruz y el Patrón de la lancha Sanitaria N. Sánchez, en el muelle de Chucuito con una de las lanchas del Resguardo, que el Tte. Ontaneda había capturado.

A 12 h. m. recibí órdenes de Ud. de permanecer en el citado muelle de Chucuito hasta que Ud. se presentara y en efecto a 3 h. 10 m. a. m. del 4, atracaba Ud. con la otra lancha al ya mencionado muelle; inmediatamente se dividió el personal en las dos embarcaciones disponibles y emprendimos rumbo siguiendo sus aguas sobre la proa del crucero «Almirante Grau», a dos cumplidos de dicho buque y con objeto de no originar alarma abordo con embarcaciones a vapor nos trasladamos a una pequeña embarcación a remo que llevábamos a remolque; con el personal ya citado y en esta forma, emprendimos a la captura del buque subiendo por los tangones de estribor y babor; y procediendo inmediatamente a la prisión del comandante del buque, operación que se llevó a cabo en la forma más correcta sin que tuviéramos que hacer

uso de armas de fuego, ni lamentar ninguna desgracia, después de lo cual ya el buque en su poder, asumió Ud. la Comandancia General de la Escuadra.

Es todo lo que tengo que poner en su conocimiento.

Dios guarde a Ud. S. C. G.

(Fdo.) *Abraham A. de Rivero.*

Señor Teniente Primero D. Pablo Ontaneda.

Mi Teniente:

Tengo el honor de poner en conocimiento de Ud. que conforme la palabra de hombre de honor de cumplir hasta el último en apoyar y defender la causa triunfante del ciudadano patriota señor D. Augusto B. Leguía, debo manifestar en honor de la verdad que el día 3 del presente siendo h. 7 p. m. nos reunimos en núme ro de 30 mas o menos en casa de Germán Cruz, Colón N°. 63, en espera de órdenes como le consta a Ud. y Cap. Sr. Ernesto Llona, que en presencia de Ud. que tenía otra comisión importante, quedamos bajo las órdenes del Capitán Llona quien nos comunicó que el movimiento comenzaría a las 3 y ½ a. m. previa señal de los reflectores del Crucero «Almirante Grau» debiéndonos constituir a esa hora en la puerta falsa de la Comisaría contando para ello con un grupo de clases de licenciados venidos de Lima ya armados lo que se coronó con feliz éxito con la ayuda de estos y la facilidad que nos prestaron el Alferez de Guardia Sr. Leveroni y inspector de orden A guilar N.° 53 franqueándonos las puertas de la Comisaría.

Lo que comunico a Ud. para los fines consiguientes insertando la relación verdadera de los que actuaron en los difíciles momentos en nuestra gloriosa empresa.

Sargento 1.º Carlos A. Colfer.
,, ,, Germán Caitán
,, ,, Victor Sosa.
,, ,, Carlos Ego-Aguirre.
,, ,, Manuel Arancivia
,, ,, Antonio Suárez
,, ,, Víctor Matta.
,, ,, Mauro Ubilla.
,, ,, Leopoldo Orrego.
,, ,, Julio Olano
,, ,, Manuel Silva.
,, ,, Héctor Zegarra.
,, ,, José Ramos.
Cabos Victor Infante.
,, Isidoro Salazar.
,, Samuel Gonzales Salazar
Insp. de orden Bonifacio Aguilar.
Oficial de Mar: Luis Villavicencio.
Civiles: Sr. José Bustamante
,, Germán Morales.
Maquinistas: Marcelino Herencia.
,, Genaro Cruz.

Ud. mi Teniente tomará nota de relaciones anteriores que obran en su poder los que no aparecen en esta lista, salvo mejor criterio

Callao, 7 de Julio de 1919.

Fdo. Carlos Colfer.

Señor Capitán de Navío, Comandante
General de la Escuadra.

S. C. G.

Tengo el honor de elevar a Ud. la relación del personal que a órdenes del Sr. Capitán Llona y del suscrito tomaron parte en el movimiento de la madrugada del 4 de presente cumpliendo su cometido en forma abnegada y altamente recomendable.

Al ancla Callao, Julio 9 de 1919.— Dios guarde a Ud. —S. C. G. de la E.

(Fdo.)—P. ONTANEDA.

Señor Capitán de Navío, Comandante
General de la Escuadra.

S. C. G.

Tengo el honor de poner en conocimiento de Ud. la forma en que pude dar cumplimiento a las órdenes que recibí para cooperar en el movimiento de reacción nacional que se efectuó en la noche del 3 a 4 del presente mes.

A hora de antemano convenida se encontraron a mis órdenes en determinado punto de la bahía las siguientes personas: Juan M. Carreño, Carlos Doig y Lora, Juan Pizarro, Mario Villacorta del Campo, Pedro Silva, José B. Ugarte y Federico Copaira todos de la redacción de «Germinal» y el capitán Ovalle, el Teniente Mesinas y el Alférez Jaramillo del Ejército.

Como según instrucciones recibidas debía yo haber abordado el crucero «Lima», y este buque salió antes de

recibir la señal de ponerme en acción, me mantuve en espera hasta las 3 h. a.m. aproximadamente en que recibí orden de constituirme abordo del Crucero «Almirante Grau», lo cual hice sin pérdida de tiempo y en donde encontré a Ud. S. C. ya en posesión del buque; inmediatamente recibí orden de conducir a tierra al Comandante Olivera, lo cual fué efectuado con todas las seguridades que el caso requería.

A 7 h. 45 m. a. m. mis acompañantes se retiraron del buque y momentos después me retiré también yo, dando por terminada mi misión en el movimiento que la Patria exigía y al cual asistí con vivo anhelo y el mayor desprendimiento personal.

Para el bien de la Patria, Dios guarde a Ud.—S. C. G.

(Fdo.)—*C. Rangel.*

Callao, 4 de Julio de 1919.

PARTE DE LAS OPERACIONES MILITARES EFECTUADAS EN EL CALLAO A ÓRDENES DEL SARGENTO MAYOR, ARMANDO PATIÑO, EL 4 DE JULIO DE 1919.

Señor Capitán de Navío Juan M. Ontaneda.

Mi comandante:

Cumpliendo instrucciones impartidas por Ud., comunicadas al suscrito por el Capitán Ernesto Llona y el señor Aníbal Secada, procedí a efectuar las siguientes:

1.°—Evasión de mi prisión de Casa-matas; y

2.°—Toma del cuartel de Policía y Gendarmería.

En lo que respecta a la primera parte, ésta tuvo feliz resultado; realizándose a las doce y 20 del día 4 y habiendo tenido para ello que lanzarme de lo alto de los muros que circundan el castillo, en medio de la expectación y

asombro de los guardias de la cárcel, siendo protegido en esta circunstancia, por el señor Javier García que me proporcionó armas para mi defensa y por el señor Aníbal Secada, que me condujo a su casa, para esperar allí los acontecimientos, y realizar la segunda parte de mi cometido.

Eran las 2 a. m. cuando en compañía del capitán Llona, emprendí la marcha, encaminándome a la toma de los cuarteles de este Puerto. Iban también junto conmigo, además del Capitán Llona, el Sub-Oficial Ricardo Mandujano y los señores Aníbal Secada y Lizandro Montes; con todos los cuales me dirijí a la casa del Sr. Manuel Gamero, donde estuvimos hasta las 3 y 25 en que se inició la luz de los reflectores de la Escuadra. Acto contínuo a la producción de esta luz y aumentando nuestro grupo con el alférez Leveroni y dos grupos de civiles nos lanzamos a la toma del cuartel de Policía ya anunciado, consiguiendo nuestro objeto, después de ligera resistencia. Seguidamente comisioné al Capitán Serapio E. Ramírez, para que al mando de un piquete de gendarmes, se trasladara a la Punta y se pusiera a disposición del señor Alberto Secada entregándome entonces a organizar la columna que debía actuar bajo mis órdenes. Al mismo tiempo envié un parte al señor Coronel Moisés Cornejo quien dispuso que avanzara hacia la Prefectura, para esperar el desarrollo de los acontecimientos en la Capital, movimiento aquel que lo efectué a las 5 a. m.; asumiendo de hecho el cargo de Intendente de Policía.

Debo dejar constancia de que todo lo relatado, se desenvolvió en el mayor orden y en medio del más grande regocijo y entusiasmo, sin que haya tenido que lamentarse desgracia personal ni incidente grave alguno.

Es cuanto comunico a Ud. en cumplimiento de mi deber.

Mi Comandante.

(Fdo.)—Armando Patiño Z.

Callao, Julio 15 de 1919.

Callao, 7 de Julio de 1919.

Señor Capitán de Navío Comandante General de la Escuadra.

Eleva partes de tres jefes.

Adjunto a Ud. los partes de los Jefes y Oficiales que tan eficazmente han actuado en el movimiento patriótico realizado el día 4 del presente.

Designado para asumir el comando de la plaza y por consiguiente testigo presencial del desarrollo del plan concebido por Ud., y de los obstáculos que dificultaron su ejecución en la hora fijada (3 a. m.) tres de la mañana que sólo pudieron salvarse mediante su energía y acierto, cúmpleme a la vez que felicitarlo hacer mención justiciera del comportamiento de los Jefes y Oficiales Mayor y Capitán Llona que se encontraba en situación de disponibilidad, de los capitanes Flores Guerra y Sologuren y Oficiales del Regimiento de Infantería N.° 13, del mayor Patiño Zamudio y los Oficiales fugados de la cárcel, del Capitán Serapio Ramírez (En el retiro), del alférez de reserva D. Manuel Gamero y de todos aquellos que figuran en los partes

Dios guarde a Ud.— El Coronel Comandante de la Plaza.

(Fdo.)—Moises Cornejo.

MUSEO NAVAL DEL PERU - C. de Julio I. Elías Murgia - Biblioteca

PARTE QUE ELEVA EL SUSCRITO, AL SEÑOR CORONEL COMANDANTE GENERAL DE LAS FUERZAS DEL CALLAO

Mi Coronel:

En cumplimiento de lo ordenado por Ud. me es honroso dar cuenta de la manera como actué en el movimiento regenerador de la madrugada del viernes 4 del presente.

Desde las primeras horas de la noche del 3 y en cumplimiento de instrucciones recibidas del señor Capitán de Navío D. Juan Manuel Ontaneda, director del movimiento en la Escuadra y las tropas de Guarnición, procedí a ponerme en contacto con los elementos que debía dirigir, tenientes retirados Aurelio Jaramillo, César Campos y Pedro D. Delgado y el Teniente del Regimiento de Artillería de Costa D. Antenor Balarezo y Sargento 1.° Maestro de Esgrima del mismo cuerpo Alejandro Ramírez.

Desgraciadamente el Teniente Balarezo y el Teniente Delgado no se encontraban en este puerto, el primero por encontrarse de visita en el Regimiento N.° 2 (Magdalena) y el segundo en Lima.

Puse, así mismo, en contacto con el Coronel Ontaneda al Capitán Flores Guerra del Regimiento de Infantería N.° 13 y impartí ciertas órdenes, relativas a la neutralización del Regimiento de Costa al Sargento Ramírez.

Así preparadas las cosas supe, por aviso oportuno del Mayor de Guardias D. Manuel E. Cabrera, comprometido a secundar el movimiento, que el Intendente de Policía Capitán Víctor Navarro había ordenado mi detención, haciéndome seguir con varios agentes de policía, y, que en vista del embarque de una fracción del regimiento N.° 13 que se efectuaba en la bahía, el movimiento había sido postergado de la hora acordada 12 p. m. hasta las 3 a.m. del 4.

Como Ud. recordará, mi Coronel, huyendo de la persecución de los agentes, lo encontré en la esquina de la calle de Muelle y la plaza de la Independencia, indicándole el lugar donde se encontraba el Comandante Ontaneda a lhoras 2 a. m. constituyéndome en seguida en las proximidades del Muelle de Guerra para observar los acontecimientos, en compañía del Capitán Flores Guerra y los Tenientes Jaramillo y Campos y en espera de la señal convenida para operar, la que debía ser hecha del Crucero «Almirante Grau».

Cuando dicha señal fué hecha y el Capitán Flores Guerra penetró al Cuartel del Arsenal pronunciándose con el Regimiento N.° 13 y desarmando por completo al Regimiento de Costa ingresé al cuartel tratando de inducir a los Oficiales de éste último a pronunciarse a su vez y secundar a sus compañeros del 13, evitando un derramamiento de sangre estéril; desde el momento en que en Lima se había pronunciado toda la Guarnición, y el señor Pardo y sus Ministros estaban presos; la actitud indecisa de los Oficiales, impidió que el cuerpo se presentara y permanecí en el Cuartel en posición de espera hasta las 6 a. m. en que llegó Ud. mi Coronel y me envió en comisión abordo del Crucero «Almirante Grau» que en esos momentos salía de la bahía; la manera como el suscrito cumplió su misión le consta a Ud.

En cuanto a mi negativa respetuosa, de hacerme cargo del Regimiento de Costa, ella emanó de las dos consideraciones siguientes: La actitud francamente adversa de los Oficiales del Regimiento (desarmado) y la grave enfermedad de la vista que desde hace más de un mes vengo sufriendo y que me impedía pasar malas noches en lo absoluto, no así el permanecer todo el día a su lado, en espera de sus órdenes.

Antes de terminar, mi Coronel, quiero dejar constancia de la actitud resuelta de los Tenientes Jaramillo y Campos que estuvieron agregadamente a mi lado desem-

peñando las comisiones que les designé, y al valioso servicio que me prestó el Mayor de Guardias D. Manuel Cabrera, sin el cual habría sido indudablemente reducido a prisión y en consecuencia neutralizado,así como el primero Ramírez y los clases (Sargentos) del Regimiento de Costa, que con conocimiento de causa, no se opusieron, sino protegieron el desarme total del mismo.

Dejo así cumplida su orden.

Mi Coronel.—Callao, 7 de Julio de 1919.

(Fdo.)—Mayor César Llona.

PARTE DEL CAPITAN ERNESTO LLONA, AL SEÑOR CORONEL MOISES P. CORNEJO, COMANDANTE DE LA PLAZA DEL CALLAO.

Mi Coronel:

Cumpliendo con mi deber, doy cuenta a Ud., sobre la forma en que me apoderé del Cuartel de Policía y Gendarmería de esta Plaza: misión que me encomendara el señor Capitán de Navío D. Juan Manuel Ontaneda, Jefe del movimiento revolucionario del 4 del presente mes de las fuerzas de mar y tierra de este Puerto.

1.°—A las 2 y 30 de la madrugada del día anteriormente citado, el señor Aníbal Secada en compañía del señor Lizardo Montes y del Alférez de Caballería D. Ricardo Mandujano procedieron en la forma acordada a facilitar la evasión del Mayor D. Armando Patiño detenido en Casamatas desde el movimiento revolucionario de Ancón a fin de que cooperara en la reacción que debía iniciarse en la madrugada;

2.°—Un grupo de clases licenciados del ejército, al mando del teniente de infantería Pedro Vargas Díaz, fue-

ron debidamente armados y ocultados en las cercanías del cuartel de Policía sobre el que debía actuar.

3.°—Otro grupo constituído también por veintitrés clases licenciados (del resguardo de este Puerto) a órdenes del Sargento 1.° Carlos Colfer, fueron reunidos con anticipación en una casa de la tercera cuadra de Colón.

4.°—Otro grupo de paisanos a órdenes del señor Rómulo Razzeto esperaba mis órdenes en una casa de la calle de Loreto próxima al referido cuartel de Policía y por último el alférez Gamero y el señor José Barba y cuatro amigos más cuyos nombres son: Miguel Alvarez, Francisco Ingues, Manuel del Castillo y Alejandro Llona, que servían como agentes de comunicación entre los diferentes grupos. Debo advertir a Ud. que sólo el grupo del Teniente Vargas Díaz estaba armado debiendo los demás hacerlo inmediatamente después de tomado el Cuartel de Policía.

Estando las cosas así dispuestas después de la señal que nos enviara el Crucero «Almirante Grau», como lo habíamos acordado, el Alférez Humberto Leveroni, comprometido en el movimiento, me facilitó la entrada al Cuartel por la puerta que queda a la calle de Apurímac por donde se introdujeron, bajo mis órdenes inmediatas el grupo de clase armados que obedecían al Teniente Vargas Díaz con los que, me apoderé de los armarios de la cuadra de la compañía de retén, dominé la guardia de prevención y la cuadra de gendarmería.Como trataran de reaccionar la compañía de retén y algunos gendarmes, hubo que hacer fuego para amedrentarlos y conseguir se adhirieran al movimiento. Mientras esto sucedía en el interior del cuartel el señor Mayor Patiño, a cargo de los grupos 3 y 4, penetraba en el cuartel y procedía a armarlos rápidamente, siendo secundados por el Mayor de Policía Manuel E. Cabrera, el Oficial Polanco, los de la misma graduación Barrios, Latorre, Alvarez Gil y el inspector de orden Bonifacio Aguilar N.° 53; a las 5 a.m.

comenzaron a presentarse grupos voluntarios del pueblo, que fueron también armados, distribuídos en grupos, formando un conjunto de cien inspectores de Policía y 200 civiles perfectamente armados y amunicionados los que obedeciendo sus órdenes nos constituímos en compañía del señor Mayor Patiño al local de la Prefectura.

Desde las 5 y ½ a.m. el Capitán señor Serapio Ramírez que se presentó al cuartel a ofrecer sus servicios, fué destacado, con el señor alférez Leveroni y 20 ginetes, a proceder a la captura del señor Coronel César Pardo, misión que se encomendara directamente al señor Diputado de la provincia señor Alberto Secada. Adjunto a Ud. mi Coronel la relación 1 y 2 correspondiente a los clases licenciados del ejército, que obedecieron las órdenes del señor Teniente Pedro Vargas Díaz.

Mi Coronel para terminar debo hacer a Ud. presente que todo el personal a mis órdenes se comportó con verdadero valor y serenidad destacándose la actuación del Teniente Vargas Díaz y del señor Francisco Moreno que lo acompañaba, así como los servicios del señor Manuel Gamero quien además de sus servicios personales, desprendidamente proporcionó su casa, para que en ella se reuniera el grupo de clases a que he hecho referencia.

Todo lo que dejo expuesto es expresión de la verdad, se realizó después de las 3 a.m. hora en que nos separamos del señor Comandante Ontaneda y que junto con Ud. fuí a buscar a su escondite al Mayor Patiño y los oficiales que lo acompañaban.

(Fdo.)—Capitán Ernesto Llona.

Callao, 6 de Julio de 1919.

Grupo N.° 1 a órdenes del Teniente Pedro Vargas Diaz. Sr. Francisco Moreno

Subteniente de reserva Manuel Gutiérrez.
idem Ricardo Gilford.

Sargento 1.°—Carlos Zamora.
id Luis Arce.
id Ramírez Montenegro.
id Manuel Sánchez Ríos.
id Oscar Manzanares.
id Pablo Giosmondi.
Sargento 2.°—José Corzo
id Alejandro Boza.
id Alvaro Lama.
id Orlando Vásquez.
id Roberto Viela.
id Wenceslao Aranda.
id M. Mazarri.
Alférez de reserva, Ricardo Mandujano.
Señor Carlos Vargas.
,, Francisco Castro Carvajal.
,, Humberto Castro Carvajal.
,, Rafael Gonzáles Flores.
,, Pedro Valega.
Soldado Teodoro Pomacuna.
Cabos Lázaro Rosales.
,, César Bielich.
,, Domingo Borra.
,, Federico Gonzales.
,, Jesús Orondao.

(Fdo.)—El Capitán Ernesto Llona

Callao, 7 de Julio de 1919.

Grupo N.° 2 a ordenes del Alferez de reserva Ernesto Coronel

Sargento 1.°—Carlos Colfer.
,, Germán Gaitan.
,, Julio Gonzáles.

Sargentos 2.°—Carlos Ego-Aguirre.
,, Víctor Infante López.
,, Antonio Suárez.
,, Víctor Sosa.
,, Julio Olano.
,, Adan Esquivel.
,, Juan Aguirre.
,, Manuel Arancibia.
,, Héctor Zegarra.
,, Manuel Canales Salazar.
,, Isidoro Salazar.
,, Celso Lucio.
,, Luis Zegarra.
,, Mauro Ubilla.
,, Víctor Mata.
,, Manuel Silva.
,, M. Orego.
Oficial de Mar.—Luis Villavicencio.
Maquinista.—Marcelino Herencia.
Señor José Bustamante.
,, Alejandro Giraldo.
,, Germán Morales.

(Fdo.) Capitán ERNESTO LLONA.

Callao, 7 de Julio de 1919.

PARTE DEL CAPITAN D. TOMAS FLORES GUERRA AL SR. CORONEL COMANDANTE DE ARMAS DEL CALLAO.

Mi Coronel:

Cumpliendo con deber sagrado y patriótico contra la tiranía y el desconocimiento del respeto a las leyes y Constitución del Estado, paso a informar a Ud. sobre los hechos llevados el día 4 del pte. a cabo, de acuerdo con

las órdenes recibidas del Sr. Comandante Ontaneda, Jefe y Director del movimiento.

El citado día a horas 3 a. m. se tomaron las disposiciones siguientes:

1.º—Neutralización de las tropas de artillería de Costa, la cual se efectuó penetrando silenciosamente en las cuadras del citado regimiento y nos apoderamos de las armas y municiones que estaban colocadas en los armeros a la vez que una fracción de tropa designada ocupaba la prevención del cuartel y dominaba la guardia.

2.º—Hecho esto y después de tomar todas las precauciones necesarias, el Capitán D. Armando Sologuren con su compañía marchó a tomar la Prefectura, reduciendo a prisión al Sr. Prefecto, Intendente y Comisario que se encontraban en ese lugar, lo que se efectuó sin ninguna dificultad.

El Teniente Gómez Sánchez marchó con una Sección a la Cárcel de Casamatas, se apoderó de la guardia y puso en libertad a los Oficiales detenidos por el movimiento de Ancón, consiguiendo esto, después de vencer la resistencia que opusieron, merced a dos descargas que hubo que hacerles.

Los Oficiales señores Capitanes Manuel Canta y Alejandro Chávez, Teniente D. Emilio Gironda y Antero Causillas, se pusieron inmediatamente a mis órdenes en el cuartel del Arsenal donde prestaron eficaces servicios.

Los Oficiales que han actuado a mi lado con toda decisión, entusiasmo y energía son los siguientes: Capitán D. Armando Sologuren. Tenientes D. Eduardo Ureta, Francisco Gómez Sánchez, D. Hernán Coloma; Subtenientes D. Carlos P. Cáceres y César Concha.

Constan a Ud., mi Coronel todos estos hechos por haber estado cerca de nosotros con el carácter de Jefe de la Plaza.

Callao, 7 de Julio de 1919.

Mi Coronel.—(Fdo.)—Tomas Flores Guerra.

NOTA.—Adjunto el parte pasado por el Sub-Teniente D. Eduardo Bellatin, el cual actuó en el Crucero «Lima» de acuerdo con la causa y mis indicaciones.

PARTE DEL SUB-TENIENTE D. EDUARDO BELLATIN AL SEÑOR CAPITAN D. TOMAS FLORES GUERRA.

Mi Capitán:

Pongo en conocimiento de Ud., que al haber sido nombrado en comisión a órdenes del Sargento Mayor D. Narciso Arroyo para que fuéramos a Mala a combatir a los adictos de la causa, el día 4 del pte. mes a horas 3 a. m. procedí en la siguiente forma:

En cuanto fuimos embarcados en la «Lima«, el Comandante de ella me ordenó que entregara los fusiles y munición de la tropa a lo cual protesté enérgicamente y viendo que resultaron infructuosas mis protestas por no haberse declarado el movimiento, tuve que acceder a la petición del Comandante de la Guerra.

Salimos y tuve que esperar un día hasta llegar a Mala, donde gracias a los señores Pedro Pérez Palacio y Pablo Nosiglia, pude adquirir una copia de los circulares de los telegramas remitidos por el señor Augusto B. Leguía y viendo de que apesar de que el Comandante Guerra tenía conocimiento de los telegramas ordenaba siguiéramos más al sur, tomé las disposiciones siguientes:

1.°—Me entrevisté con los oficiales de mar, les manifesté el cambio de Gobierno y la actitud del Comandante Guerra, indicándoles la manera cómo deberíamos actuar en caso de que nos obligara a desembarcar, los cuales una vez de acuerdo se manifestaron resueltos a defender la causa y que ya tenían instrucciones al respecto.

Sólo estábamos a la orden antedicha para obrar, debiéndoles dar yo la señal, cuando a las 3 y 30 de la tarde

un vapor que se destacó a la vista y versiones de que en él venían órdenes del fenecido Gobierno para el Comandante Guerra, precipitaron los acontecimientos y a la señal del contramaestre Sánchez se levantaron todos los tripulantes encabezados por sus oficiales de mar; al ver esto indiqué a mis soldados que siguieran a la marinería, juntos recuperaron el armamento e intimaron rendición a los Comandantes 1.° y 2.°; me acerqué a ellos y les indiqué que me siguieran a su cámara, una vez allí calmé los ánimos y se pusieron centinelas en las puertas.

Acto contínuo salí de la Cámara del Comandante y previo acuerdo con los oficiales de mar, hicimos poner las armas al seguro, se organizaron los servicios, se botó el licor y el alcohol que existían abordo y una vez todo normalizado salimos con rumbo al Callao a horas 5 y 30.

El Sargento Mayor D. Narciso Arroyo enterado de los acontecimientos no se opuso a nada quedando en libertad en el barco hasta las 9 p. m. hora en que ordené le pusieran un centinela como medida precautoria.

El resto de la noche trascurrió en la mayor calma, yendo el suscrito a todos los compartimentos del buque para vigilar el orden y disciplina, los cuales no se habían alterado en ningún momento.

La Comandancia y Oficiales de Marina venían con toda clase de garantías y antes de hacerse el barco a la mar se pidió la venia de su ex-Comandante quien visó el rumbo trazado por el Guardiamarina Zamudio quien estuvo en el puente hasta las 3 a. m.; después se retiró a descansar a su carmarote.

Al llegar al Callao, el Contramaestre entregó el barco al Comandante Taboada, quien de orden del Comandante Ontaneda se llevó presos a los Comandantes de la Guerra y Zavala y al Sargento Mayor Arroyo, regresando después el suscrito con los 50 hombres del 13 al cuartel del Arsenal.

Es cuanto tengo que manifestar a Ud. en honor de la verdad, creyendo haber así cumplido la noble misión que nos habíamos impuesto, de salvar a la Patria de su ruína.

(Fdo.)—Sub-teniente.—EDUARDO BELLATIN.

Callao, 7 de Julio de 1919.

Callao, 4 de julio de 1919.

Señor Capitán de Navío D. J. M. Ontaneda, Jefe de las fuerzas de mar y tierra en el Callao.

S. C.:

En cumplimiento de las órdenes expedidas por Ud., adopté las medidas necesarias para neutralizar a los elementos que en alguna forma hubieran podido entorpecer el desarrollo del movimiento anhelado por todos los ciudadanos patriotas.

El éxito más completo nos fué dable obtener, mediante la decidida cooperación de los ciudadanos siguientes:

Ingeniero D. Hilario A. Farje.
,, Roque A. Raygada, empleado Municipal
,, Julio Naters ,, ,,
,, Raymundo Ramos Sargento de la Chaza de Playeros.
,, Justo Sánhez, Peón de la Chaza de Payeros.
,, Toribio Pinto, Capataz de la Compañía Peruana de Vapores.
,, Alberto Vela, Jornolero.
,, Aureliano Oré, Carpintero Municipal.
,, Hilario Espinoza, Jornalero.

D. Evaristo Marmanillo, Ex-inspector de Policía.
„ Manuel Mejía, Calderero de la Factoría del Aguila.

Debo hacer constar que, a mérito de un aviso que se me dió de Lima, por intermedio del señor Emilio Armero, quien hizo el viaje a La Punta en un carro eléctrico extraordinario, pocos momentos antes de las señales del «Grau», dispuse que se procediera a la reducción de las fuerzas de Policía del Callao, en la forma determinada por Ud. Don Roque A. Raygada trasmitió esta orden al Alférez D. Humberto Leveroni, y éste, a su vez, la puso en conocimiento de los designados para realizar esa empresa.

A las 4 y 3/4 de la mañana me comunicó el alférez Leveroni la ocupación de los cuarteles de policía y gendarmería y en unión de él procedí a desarmar a la guardia civil de La Punta, cuyo jefe, el comisario Sr. César Martínez, había expedido, de acuerdo conmigo, determinadas órdenes para que pudiera verificarse ese hecho sin efusión de sangre.

En seguida me trasladé a la Comisaría del Callao, dejando en La Punta a D. Hilario A. Farje y a don Aurelio Oré, especialmente encargado de la vigilancia de determinados elementos, mientras don Aníbal Secada con el Capitán don Serapio Ramírez, hacían cumplir la orden especial que era la base de mi misión en La Punta.

A las 6 de la mañana, después de organizar las fuerzas de policía que se adhirieron al movimiento, me trasladé a la Prefectura y de conformidad con las órdenes impartidas por Ud. me hice cargo de ella.

Cumplo con el deber de decir que si algún mérito tiene la tarea que se me encomendó, él pertenece por entero a mis compañeros. A mí solo me corresponde el honor de haber sido Jefe de un grupo de ciudadanos patriotas y abnegados.

Dios guarde a Ud. S. C.—(Fdo.)—Alberto Secada.

Lima, 4 de Julio de 1919.

Sr. Sargento Mayor 1er. Jefe del Batallón Gendarmes N.° 2.

Parte.

Mi Mayor:

Cumpliendo mi deber pongo en su conocimiento los sucesos ocurridos en el interior del Palacio de Gobierno en la madrugada del día de hoy.

Según la orden que me fué impartida por Ud., a las 9 a. m. de ayer, debía dar comienzo al movimiento restaurador a la señal de la luz de un reflector que debía cruzar la atmósfera a las 3 a. m. (Proyectores del Crucero «Almirante Grau»), hora ésta en que también debían atacar las tropas del ejército por las tres puertas de palacio, y que mi misión era apoyar a las tropas que entraban contra cualquier movimiento que de reacción intentaran, para lo cual tomé las disposiciones siguientes:

De acuerdo con el comandante de la guardia principal, teniente don Luis Lazo, quien estaba ya enterado del movimiento, lo mismo que el Sub-teniente don Maximiliano Grados, de la Escuela Militar y del Sub-teniente César A. Vallejos del batallón Gendarme N.° 1, quienes debían secundarme en el plan que tenía que desarrollar.

A las 3 a. m. efectivamente, se dejó ver la luz del reflector, más no así las tropas que debían entrar a palacio, entonces llamé a los sub-tenientes citados, a quienes previamente dizfracé de soldados, y de acuerdo con ellos se procedió a ejecutar el plan acordado, a pesar de contar solo con veinte soldados, los que prometieron sacrificarse si era necesario en favor de esta causa; fué entonces que se produjo una divergencia con el Sub-teniente Grados, quien no estaba de acuerdo con el suscrito para actuar con las ametralladoras, terminándose por aceptar

mi opinión que era de sacar el material, ordené trasladar el material de la sección ametralladoras al patio principal, lugar en que lo emplacé dando frente, una ametralladora a la puerta de honor y la otra a la principal, cuando en este momento se presentó el edecán de servicio, comandante don Eugenio del Solar, quien increpó mi conducta de haber sacado el material de ametralladoras sin previa orden, a lo que contesté que mi conducta obedecía a órdenes de otro Jefe y que por consiguiente se diera preso; en este momento se presentó el capitán don Manuel Valdeiglesias, del regimiento N.° 13 de infantería comandante de la guardia de honor, quien me preguntó el por qué de emplazar esa ametralladora frente a la guardia de honor, a lo que le contesté, creído como estaba de su participación en el movimiento, según me lo había Ud. dicho, que la hora era precisa y que debía proceder a la captura del Presidente, negándose a ello y haciendo formar su guardia dándome frente, entonces comisioné al Sargento 2.° Carlos Silva Santisteban, que estaba como mi ayudante, para que intimara al referido capitán diciéndole que si no retiraba su tropa antes de que él regresara con la respuesta abriría el fuego contra ella, pero no había llegado el sargento a la mitad del patio cuando el capitán hizo desfilar su tropa al cuerpo de guardia; esto después de recibido mi ayudante. Unos minutos después se presentó el sargento de la referida guardia a comunicarme que el Sr. Presidente intentaba fugar por la puerta que da la salida a Desamparados. Por lo que comisioné al sub-teniente Grados con 12 hombres, para que lo impidieran, entablándose con este motivo una pequeña lucha entre los Edecanes y el teniente Manzanares vestido de paisano, que armado de una carabina hacía fuego contra el referido oficial y su tropa, quienes sólo trataban de capturarlo haciendo fuego al aire para intimidarlo, pues habíamos acordado no producir ninguna víctima. En esta acción salieron heridos el abne-

gado sub-teniente Grados, el cabo Andrés Tapia y el soldado Antonio Vargas.

También debo citar la actitud del sub-teniente don Eduardo Velarde del Batallón Gendarmes N.° 1, quien abandonó su servicio en la Intendencia para secundar el movimiento.

En este momento las 3 y 25 a. m. fué abierta la puerta principal para dar paso al señor Coronel don Gerardo Alvarez y a los mayores don Florentino Bustamante y don Nicolás Dávila Palacios, quienes en compañía de varios oficiales y tropa de los batallones 1 y 2 de gendarmes terminaron el movimiento iniciado apresando al Presidente y a su casa militar.

Una vez terminado el movimiento, de orden del Sr. Coronel Alvarez emplacé las ametralladoras en la plaza de Armas, una dando frente al jirón de la Unión y otra al de Carabaya en previsión de un contra-ataque, que se decía que el batallón N.° 5 comandado por el señor Coronel don Samuel de Alcázar intentaba reaccionar en favor del Gobierno derrocado. Aquí prestó importantes servicios el subteniente don Manuel A. Redondo Tapia, quien con 15 hombres servía de apoyo a las ametralladoras, así como el sub-teniente don Luis Rueda que prestaba servicios de vigilancia en las calles citadas.

Mi Mayor.

(Fdo.) Augusto Chueca Balta.

Partes oficiales:

Señor general Ministro de Guerra y Marina.

S. G.

A las 12 y 30 p. m. de la noche del 3 del presente, encontrándose en formación las tropas del batalón Gendarmes N.° 1, y ya neutralizado el 1er. Jefe, Comandante

Miró Quesada, se me hizo reconocer como prefecto del departamento de Lima, y jefe del movimiento militar que debía llevarse a efecto.

Posteriormente a esta situación se presentaron en el cuartel, el ministro de gobierno, el prefecto del departamento y el intendente de policía, a quienes hice reducir a prisión, lo mismo que, sucesivamente, al comisario de investigaciones y comisarios de policía de los cuarteles 2.° y 3.°; además al Sr. Chávez Cabello y otros indiviuos sospechosos en número de 20, más o menos.

Adherida que fué la columna de policía del 2.° ordené fuera hecho reconocer como comisario interino al mayor Morzán; reconcentrando el armamento de la columna en el cuartel general para utilizarlo en caso necesario.

A las 3 y 30 a. m. ordené por conducto de mi ayudante, capitán don Ricardo Alcalde R., se iniciara la marcha hacia Palacio, comandada por el jefe del batallón , mayor Bustamante, dejando en el cuartel un retén a cargo del capitán Barbieri y comisario Morzán, con el fín de resguardar los presos y recibir órdenes. El comandante Bustamante organizó sus fuerzas con sus respectivas ametralladoras, en perfecto orden dispositivo.

A la cabeza de la columna, compuesta de 90 hombres en total, llegué a la esquina de la Pescadería, donde ordené a mi ayudante detuviera un automóvil que se aproximaba donde se tomaron presos a los tenientes coroneles Benjamín Ramírez y Manuel Rodríguez y al teniente Manzanares, remitiéndolos al cuartel general.

Colocadas algunas fracciones de tropa en situación de vigilancia, y emplazadas convenientemente las ametralladoras, para el caso de peligro, destaqué 25 hombres a ganar la puerta principal de palacio, momentos después penetramos en el interior, sin gran inconveniente. A los disparos producidos por el atolondramiento de la tropa en el interior de palacio, se produjo la consiguente alar-

ma general; presentándose sucesivamente el coronel Díaz comandante Solar, y capitán de fragata Galdo, quienes también fueron reducidos a prisión: acto seguido mandé al capitán Ricardo Alcalde R., para que tomara al presidente y al ministro y a los que le acompañasen, si fuera posible a toda costa; esta orden supo cumplirlas satisfactoriamente dicho oficial, pasando el parte que en pliego separado acompaño.

Remitidos que fueron al cuartel general, con el mayor Bustamante y capitán Alcalde, los presos que éste tomó señores doctor Pardo, general Zuloaga, mayores Larrabure y Melgar y doctor Revoredo, me quedé en palacio con los 43 hombres que me quedaban, disponiendo que el capitán de la guardia de honor fuese responsable de la sangre que pudiera derramarse. Esta situación de espera e incertidumbre duró más o menos una hora, en que permanecí con esta pequeña fuerza en la puerta principal, mientras llegasen los refuerzos que esperaba.

No terminaré, señor ministro, este parte, sin permitirme recomendar a la consideración de usted, y por su conducto a la del señor Presidente, el ejemplo y valeroso comportamiento de los señores jefes, oficiales y tropa del batallón Gendarmes N.° 1, a cuya moralidad, disciplina y decisión se debe en gran parte haber alcanzado un glorioso éxito para la patria.

Entre el personal a mis inmediatas órdenes, debo especial citación al Capitán Alcalde R., ayudante de toda mi confianza; Comandante Rivera y los tenientes Lavera del escuadrón Escolta, Gonzáles Chacón de servicio de intendencia; el señor Nicanor Mongrut y otros jóvenes civiles a quienes invité a acompañarme en esta acctuación

Lima, 4 de julio 1919.

Coronel Gerardo Alvarez.

Señor Coronel prefecto y comandante general del movimiento de reacción nacional.

Mi Coronel:

Conforme a la orden que Ud. me impartió a h. 4.10 a. m., encontrándome posesionado del patio interior de la guardia principal de palacio, para reducir al presidente de la república y al ministro de guerra, procedí inmediatamente seguido de 18 hombres, a llenar este cometido; al llegar al patio azul que comunica a los salones presidenciales, fuí recibido con nutridos disparos, hechos por el refuerzo que seguramente el comandante de la guardia de honor oportunamente colocó en los pasillos por donde se penetra al jardín. No obstante este inconveniente logré dominar la resistencia cuya consecuencia causó el desgraciado acontecimiento de ser heridos un oficial y tres individuos de tropa. En esta situación ordené se forzaran las rejillas del pasadizo y penetré al corredor interior donde observé que el presidente precedido del ministro de guerra y acompañados de los edecanes mayor Melgar y Larrabure, y secretario Dr. Revoredo, descendían apresuradamente por la escalinata que conduce al corredor, seguramente con el objeto de evadirse por Desamparados, corrí hacia ellos saltando la baranda y procurando dominar con mi voz de mando a la tropa que redoblaba el fuego; llegando a alcanzar a dichos señores e intimarles rendición interponiéndome entre los edecanes que rodeaban a doctor Pardo, procurando defenderlo armados, habiendo neutralizado ya al señor ministro; una vez aprisionado el presidente por el suscrito, ordené el desarme de los demás y conducción en mi seguimiento hacia la puerta principal.

Al pasar por la secretaría, me insinuó el señor Pardo penetrar a su escritorio, con el fin de recoger unos do cu-

mentos, según él, de mucha importancia para el país, a cuya solicitud no accedí.

Al subir a la escalinata de regreso, avisté a los tenientes Lavera, Gonzáles, Chacón y subteniente Martín a quienes ordené custodiaran a los demás presos, pues yo conducía personalmente al Sr. Pardo hacia el patio, donde entregué a Ud. a todos ellos.

Posteriormente recibí su orden de conducirlos al cuartel general, acompañado del mayor Bustamante, cosa que se efectuó a pie, resguardados por una fracción de tropa en segura marcha. En el cuartel alojé a dichos señores con todas las consideraciones que estuvieron a mi alcance; más tarde conduje al doctor Pardo al Panóptico, acompañado por los señores Dr. Osores y Tirado, entregando al Subdirector señor Miguel Osores, de quien recabé el respectivo recibo que adjunto.

Debo también hacer mención, mi coronel, que al entregarlo a otro custodio, el doctor Pardo me dirigió palabras elogiosas y de agradecimiento y obsequióme como recuerdo un bonito revólver calibre 22, que conservo como testimonio del hecho de haber cumplido mi deber.

Es cuanto tengo el honor de poner en conocimiento de Ud.

Lima, 4 de Julio de 1919.

RICARDO ALCALDE.

LA ESCUELA MILITAR ACEPTA Y RECONOCE AL NUEVO RÉGIMEN

Con referencia al sometimiento de la Escuela Militar, el Capitán Price se expresa como sigue:

En las postrimerías de la noche del 3 y apesar de saberse que casi la totalidad de la Escuela era adicta, se tuvo, sin embargo, el temor de que los jefes con algunos oficiales tratasen de llevar a cabo un conato de reacción,

de acuerdo con el entonces Jefe del Estado Mayor General, Coronel Martínez.

Dada esta situación, creyeron útil mis compañeros mi permanencia en Chorrillos a fin de enterarlos de los acontecimientos y asegurar mejor el éxito, indiscutible ya, de la evolución que debía operarse en la madrugada clásica del 4.

De hecho y persuadido pues, me dirigí entonces a la Escuela donde merced a varios capitanes pude hacer pasar desapercibida mi presencia y enterarme de todo cuanto creí que fuera necesario. Convencido, después, personalmente de la seguridad de los resultados, juzgué innecesaria toda comunicación con Lima, por lo peligroso de los medios—teléfono—y permanecí en espectativa hasta mucho después de consumados los hechos, sin haber alcanzado a escuchar más protesta que la de unos cuantos jefes y oficiales....que bien pueden contarse con los dedos de la mano.

Todo se sucedía tranquilo; nadie, absolutamente nadie, asumió actitud alguna, apesar de las noticias abultadas y muchas de ellas contradictorias que llegaban de Lima. Sólo se resolvieron los pocos a que me refiero en mi acápite anterior, y ya cuando todo había terminado, a enviar un comisionado a la capital para que los enterase de la verdad de los acontecimientos.

Parece que debió ser contundente la respuesta cuando los más exaltados ahogaban sus convicciones para ocultar en el silencio la quiebra de sus expectativas. Fué entonces cuando yo regresé, viniéndome a Palacio.

En resumen: la corporación de la Escuela Militar era, en su mayoría casi absoluta, adicta a la causa, fué por eso que su actitud tranquila y serena es digna de todo encomio.

MUSEO NACIONAL DEL PERU

Los demás cuerpos de la Guarnición

El espíritu, o mejor dicho, el estado de ánimo general, era, con pequeñas diferencias, en todos los cuerpos de la guarnición, casi el mismo que prevalecía en la Escuela Militar y que tan bien refleja la breve disertación que antecede, debida a la amabilidad del capitán señor Price.

¿Cómo se había infiltrado este espíritu en los cuarteles? ¿Es acaso el resultado de una labor de conspiración llevada desde fuera? Vamos a considerar por un instante, que a la efectividad de esta labor se deba la preparación, la resolución, para hablar con más propiedad, con que acató el ejército los mandatos de la opinión. Quiere decir entonces, según esta hipótesis, que fué necesaria la intervención de factores, extraños a él, que le ayudasen a orientarse en el sentido que lo hizo, cuya resultante fué el éxito del cambio político operado. Pero este supuesto, equivale a considerar como unos niños a la casi totalidad de la corporación de jefes y oficiales del ejército nacional. Por otro lado, presentaría como a unos portentos de sugestión a las personas que consideramos, según este supuesto, encargadas de persuadir. Porque hay que fijarse, que en este caso no se ha tratado de un golpe de estado debido a un cuartelazo y que las demás tropas hayan visto con cobarde indiferencia. Estas dos últimas palabras hay que eliminarlas. Quedaron de hecho eliminadas, para satisfacción de todos aquellos que no llegaron a compenetrarse con las dolorosas realidades nacionales, con la

actitud asumida por esos dos distinguidos jefes, el coronel Samuel del Alcázar y el teniente coronel Antonio Beingolea, para no citar otros que solo se acordaron de que eran soldados y nada más que soldados. No ha sido, pues, ni cobardía ni indiferencia lo que determinó la prescindencia o neutralización, como antes he dicho, del ejército en los sucesos del 4 de julio. Ha sido, precisamente, todo lo contrario. Han sido un valor moral muy grande para sobreponerse a todos los vínculos que le sujetaban al lado del doctor Pardo y mirar por encima de ellos tan solo la salud de la Patria, vínculo sagrado y que, cuando ésta está en peligro, prima sobre todo otro vínculo; y una atención indiscutible a las necesidades nacionales, entre ellas, las de ese mismo ejército, desarmado, reducido y colocado en condiciones de favorecer los planes de los enemigos de la nación.

No han habido, pues, ni cobardía ni indiferencia. Ni tampoco se ha tratado de un cuartelazo. Si de cuartelazo se hubiera tratado, los hubiéramos tenido, uno por cada cuartel, pero no eran necesarios. Y a este respecto, la prudencia del Jefe que con un manifiesto había sabido impresionar meses antes, evitó el 4 esos varios cuartelazos y determinó que en vez de un pronunciamiento general del ejército, solo viéramos su neutralización. Ese jefe, el coronel Antonio Castro, estimando con muy buen criterio peligroso ese procedimiento, pues posiblemente se habría derramado alguna sangre que las desgracias nacionales necesitan conservar, no quiso ordenar, como pudo hacerlo, que las tropas saliesen de sus cuarteles a tomar Palacio. Y prefirió dejarlas en ellos. Era suficiente con que los civiles, a quienes secundaron los gendarmes y la policía, notificaran al gobierno que la nación estimaba conveniente el término de su mandato.

El ejército, consciente de sus deberes para la Patria, aclamó el cambio político. Y no se ha tratado, pues, de elementos extraños a él, que hayan sido unos portentos de persuación, necesarios para convencerlo. Ni tampoco su personal puede calificarse de niños. Con intervención o sin ella, el resultado siempre hubiera sido el mismo. La conspiración, no se puede negar, ha existido. Y ha sido claramente doble. Por un lado conspiró el Poder. Y por otro la opinión pública. El primero, desatendiendo las necesidades del país. Y la opinión, impugnando esta conducta, declarándose en rebeldía contra aquel. Y propagándose rápida y resuelta, como pocas veces se había visto en el Perú. De ese modo llegó también a los cuarteles. Y fué la gran conspiradora. A ella debe el señor Leguía encontrarse actualmente en Palacio. El ejército no ha hecho sino acatarla.

Los dos casos, el de Lima con el coronel Alcázar marchando al frente de su batallón a rescatar Palacio, y el del Callao con el comandante Beingolea procurando resistir con una pequeña fracción del suyo en las baterías de la boca del río, no son sino una comprobación de ese acatamiento. El espíritu de subordinación y el indiscutible prestigio y alto ascendiente que sobre sus tropas ejerce el coronel Alcázar, no pudieron nada cuando ya en plena Plaza de Armas, esas tropas se dieron cuenta de que iban a atacar y, marchando siempre, indicaron con sus fusiles que no lo iban a hacer. Cosa parecida ocurre en el Callao, pues el comandante Beingolea no encuentra ya quienes imiten su ejemplo, exceptuando los pocos que le acompañaban. Pocos, no por su número ni por sus condiciones; si ellos hubieran tenido la iniciativa. Si en lugar de la oficialidad del 13 de infantería, son ellos, es decir, el comandante Beingolea y sus oficiales los que la to-

man en la noche del 3 de julio, muy distintos habrían sido los resultados. Pues dueño entonces de la situación el comandante Beingolea, habría podido con su colega el comandante Fernandini, jefe del 13, dominar en el cuartel del Arsenal, en donde le sorprendieron los acontecimientos, puesto que la tropa de ese cuerpo de infantería, disciplinada como todas, del mismo modo que obedeció a sus oficiales, habría obedecido a su jefe, si es él el primero en ordenar. ¿Y qué habría sucedido entonces?

Por tratarse de la única posibilidad, del único caso en que pudo ser aplastada la revolución, o por lo menos demorado el triunfo de ella, pueden dedicarse unas cuantas líneas para tratar de este punto.

Antes ya he dicho que al Callao llegó un aviso para capturar a determinadas personas que decíase debían llegar de Lima en el último carro. Si esto fué o no cierto, ello no hace falta para tener esta certidumbre: el gobierno esperaba el golpe esa noche del 3. Tan es asi, que el señor Pardo ha estado acompañado de sus ministros de gobierno y de guerra y de otros jefes, además de sus edecanes. No se ignoraba, por consiguiente, lo que tenía que ocurrir en el Callao. De la participación de la escuadra no podía dudarse. Pocos meses antes habían sido violentamente separados del crucero "Grau", dos oficiales, hijos del Capitán de Navío señor Ontaneda, miembro de la junta directiva leguiista. Sospecharon de ellos creyendo que iban a sublevar el buque. Conocían además el gran ascendiente de este distinguido jefe sobre el personal de la marina, por él formado. Y sí, estando sobre aviso, no tomaron medidas sobre la escuadra, fué porque se descuidaron. Una orden que hubiera dispuesto vigilar todas las vías posibles para llegar a los buques, no solo habría dejado el Callao en poder del doctor Pardo;

sino que le habría conservado fuerzas suficientes para intentar rescatarlo en Lima. Y no hubiera sido raro que hubieran tenido éxito.

Que bastaba con esa orden, es fácil darse cuenta. En efecto: procediendo de acuerdo los comandantes Beingolea y Fernandini con el Jefe del Estado Mayor de Marina, comandante Olivera; teniendo los dos primeros jefes el control sobre todas las tropas alojadas en el cuartel del Arsenal, puesto que les podían secundar oficiales en número suficiente para ello; y vigiladas las rutas a la bahía: todo se reducía, si no querían, o no tenían orden de precipitar acontecimientos, a esperar la hora de la llegada de una noticia o de una orden de Lima. Mientras tanto, el personal encargado de copar a todas las fuerzas de mar y tierra, con su jefe inclusive, habrían tenido que permanecer inactivos, o habrían caído en poder de las fuerzas del gobierno, al haber intentado llevar adelante su cometido. En este caso, nadie en la escuadra se hubiera movido. El gobierno, o mejor dicho, sus representantes en el Callao, hubieran dispuesto no solo de los buques, sino que habrían podido desembarcar gente de ellos. Y esta gente, unida a las fuerzas de tierra a órdenes de los comandantes Beingolea y Fernandini y a veinte minutos solo de la capital, habrían caído de sorpresa a actuar en ella, y en qué momentos. Muy claro lo dice el coronel Alvarez en su parte para que podamos dudar. Ellos, pues, los jefes provenientes del Callao habrían recapturado Palacio y puesto en libertad al jefe del estado. Como su número habría sido superior al de cualquier cuerpo que se hubiese adelantado a atacarles, si es que ésto se llega a intentar, habrían batido sucesivamente a las tropas revolucionadas; aunque no es ilógico asegurar que la mayor parte de éstas, habrían permanecido en sus cuarteles. Esto hay que su-

ponerlo así, cuando se recuerda lo ocurrido en el ejército en la patriótica actuación de ese batallón de zapadores, que a órdenes del abnegado mayor Patiño Zamudio tremoló en hora todavía oportuna la bandera de la reivindicación.

Por lo expuesto, se ve que solo una orden pudo sostener al doctor Pardo en el poder y postergar el cambio de régimen.

Se comprende también, que el triunfo del 4 de julio quedó asegurado en el Callao.

Si esa orden no se llegó a dar, no tienen, seguramente, la culpa, los jefes que obedecían al gobierno en el Callao. La responsabilidad de esta omisión pesará, conjuntamente con las lamentaciones por la pérdida de los goces del poder, en el ánimo del funcionario que en esta oportunidad tampoco supo cumplir con su deber. Pecado venial es éste, comparado con el otro, que afectaba no a un gobierno, sino a la patria misma, víctima de las acechanzas de una nación extraviada.

Pero en fin, tal omisión eliminó la única posibilidad que tuvo el gobierno para sostenerse y abrió de par en par las puertas de Palacio al único hombre que, hoy, por hoy, es el temor del araucanismo, que ve en él un obstáculo para la realización de sus planes.

Actitud del Ejército en el Norte y en el Sur de la República

Las disposiciones adoptadas por los comandantes de las divisiones de sur y norte, en cuanto tuvieron conocimiento de los sucesos del 4 de julio de Lima y Callao, eran favorables a la causa del gobierno depuesto. Pero sucedió lo mismo que en Lima al coronel Al-

cazar y en el Callao al comandante Beingolea. Particularmente en el norte, ese empeño adquirió proporciones que bien pudieron ser graves, si no hubiera sido tan general el modo de pensar en esa división. El teniente coronel Zorrilla fué el hombre en esa ocasión. Apersonado ante el comandante general, le expresó con toda la entereza de un soldado y de un patriota, cual era la unánime voluntad de la división. Y como estaban tomadas todas las medidas para hacer respetar esa voluntad, ella tuvo que triunfar con el argumento decisivo de su respetabilidad.

Tambien en el sur, tanto en Arequipa como en el Cuzco, no faltaron reaccionarios. Pero como los otros, tampoco consiguieron otra cosa que poner en relieve la magnitud e importancia del gran movimiento de opinión, que extendido en toda la república, no podía encontrar opositores afortunados.

Y aún en el caso de que alguno de ellos hubiera logrado resistirse, ¿qué habría conseguido? Para la causa representada por el gobierno depuesto en Lima, no habría logrado ninguna ventaja. Tan solo la guerra civil, que se habría así iniciado, hubiera sido la consecuencia alcanzada con tal resistencia. Pero aun ésta habría sido de pequeña duración. Porque después de un corto merodear, habrían al fin sido batidos y dispersados.

La neutralización, pues, de todo el ejército se llevó a cabo con suma felicidad. Y para conseguirla, para asegurarse de ella, fué el comandante Landázuri quien se propuso no darse descanso en las oficinas del telégrafo, de donde no se movió hasta que no llevó esta certidumbre al señor Leguía.

Con ella quedaron desvanecidas las esperanzas chilenas.

Para darse una idea de lo extendido que está en

la nación del sur el odio para los señores Leguía y Porras, así como el gran deseo de que no pudieran alcanzar a dirigir la política peruana, bastará con tener en cuenta, que todos los peruanos—algunos centenares—expulsados de los territorios usurpados y detentados por Chile y que desembarcaron en el puerto de Ilo, me manifestaron, cuando en mi calidad de capitán de ese puerto y cumpliendo instrucciones del ministerio de relaciones les interrogaba sobre las causas, condiciones y circunstancias de su salida de nuestras provincias usurpadas, que era general entre los chilenos ese odio a que me he referido y el deseo de que no volviera a gobernar al Perú el señor Leguía.

Esto me lo han referido personas de toda condición. De modo que no hay como dudar de la autenticidad de esta versión.

En cambio, deseaban que al señor Pardo le sucediese en el poder otro personaje del grupo civilista titulado bloque.

Este juego de deseos. Esta intromisión, aunque sea simplemente con la voluntad, en nuestra política interna, como si la desgracia peruana hubiese sido tan grande como la de Bolivia, o como si aquí tuviésemos algún político Montes, concluyeron con el triunfo del 4 de julio.

Triunfo alcanzado sin efusión de sangre, no solo para felicidad del Perú, sino acaso también para tranquilidad de este continente sudamericano, y por consiguiente para la de aquel mismo país de éste que quiere gozar de la triste suerte de ser el representante postrero de la civilización que agoniza ya en el planeta, para ser sustituída por otra en la que imperarán métodos de razón y de justicia, cuyo beneficio será común a todos los pueblos y a cuyo amparo la fuerza del derecho ha de resplandecer.

Triunfo obtenido para tranquilidad de Sudamérica, porque los hombres que han acompañado al señor Leguía en la labor de echar las bases de la reorganización nacional, no dejarán jamás de secundarle en su propósito magno de hacer de un Perú débil, militar y económicamente, otro Perú, no solo integrado, sino suficientemente fuerte para abatir la caínesca mano que lo ultraja y lo despoja, y rico, muy rico, cuya voz y cuyas orientaciones sean como antes, factor decisivo para cooperar a la armonía y a la respetabilidad de la familia sudamericana.

El libro "Raza Chilena" que todo sudamericano debería conocer y que escrito cuando el oleaje de la fuerza teutona parecía que iba a arrollar los diques que la Humanidad interpuso a su avance, libro que seguramente hoy no gustará que circule, es el argumento de la tesis contenida en el acápite anterior.

De él fluye la doctrina contraria a la pacífica que preconizamos. Que no por ser pacífica, deja de obligarnos a presentarnos respetables.

Pues nuestra situación debe de ser idéntica a la de la República Argentina en la época en que se produjo el incidente de límites con Chile.

Jamás la nación chilena se expondrá a correr la aventura de buscarnos lío, viendo nuestra fuerza militar equiparada a la suya, como tampoco lo intentó ya con la Argentina cuando se dió cuenta de que, producido el choque, el equilibrio podía alterarse en contra suya.

Como bien se comprende, el cambio en la política peruana que significa la toma del poder por un hombre resuelto y con las condiciones necesarias para levantar al país de su estado de postración y de humillación, lo miraron siempre los políticos chilenos con gran desasosiego. Porque con él se imponía a la na-

ción del sur un desgaste económico más intensivo, a efecto de quedar siempre superior al Perú. Con la política seguida hasta el 4 de julio vivieron felices. Tenían el armamento suficiente para vernos siempre postrados. Estaban seguros de que nuestra debilidad, inalterable con tal sistema, les garantizaba el tranquilo goce de sus conquistas, sin imponerles gastos considerables. Por eso fué que no disimularon su deseo. Por eso fué que éste pudo ser apreciado por los peruanos de toda condición que expulsaron de nuestros territorios, de esos territorios que, con ignominia para la América, mantiene la Fuerza sometidos a brutal vasallaje.

Pero todo esto no podía haber dejado de producir un beneficio. Porque no solo fueron los peruanos expatriados por tan brutal expulsión quienes así se expresaron; brutal no solo por la forma en que salieron, pues no solo hubo saqueo, pues no solo vimos las cobardes agresiones, sino que hasta asesinatos se cometieron: fueron también los ciudadanos residentes en toda la república, todos aquellos que sin vínculo alguno con el gobierno del señor Pardo, no tuvieron inconveniente para expresar lo que la nación toda sentía y deseaba. Sentimiento y deseo que pueden sintetizarse en esta frase: El Perú necesita un hombre que acabe con las temeridades chilenas. Leguía es el único capaz de enfrentarse a Chile.

Por esta razón, el triunfo del 4 de julio es un triunfo nacional. Porque es un triunfo obtenido contra la voluntad, contra los deseos, contra los conquistadores designios chilenos.

No es, pues, un triunfo contra el doctor Pardo ni contra sus amigos políticos.

Y el ejército y la armada, que contribuyeron a él, pueden estar orgullosos de esa participación.

Nada debe importarles lo que digan. Bien sabemos que sus alabanzas, que no las deseamos ni las necesitamos, solo las tendríamos cuando nuestra conducta hubiese favorecido sus intereses.

¿Quién no sabe, quién no conoce la infamia con que acostumbran decir que aquí en el Perú, la política interna explota nuestras cuestiones con Chile en beneficio propio, excitando el patriotismo de las masas ciudadanas?

Villanía es esa que no alcanza, que no puede alcanzar a quienes pusieron sus pechos frente al fuego de sus fusiles, ni a quienes descendemos de los que cayeron en los campos de batalla.

Que siembren, que sigan sembrando, que no es otra cosa la que intenta con sus denuestos, sino la discordia entre los peruanos. Que sigan explotando en esta hora de divisiones y de querellas caseras. Pero que sepan que no conseguirán su intento. Porque si la ofuscación y los resentimientos producen su efecto, jamás alcanzarán a invertir el sentido moral de los que se sienten desposeídos, hasta permitirles convertirse en instrumentos—que ya lo serían conscientes—de la aviesa política araucana.

Nada importa que lo intenten. Que engañados al ver el estallido de las pasiones en el Perú, se imaginen que hayan menguados capaces de sobreponer la ambición o el capricho a la salud de la Patria. Porque se ha tomado el timón para conducirla a sus futuros destinos, en hora decisiva. Y nada, ni nadie, podrán detenerla en la trazada ruta. Que el eco de destemplada voz alimente esas esperanzas, poco debe preocuparnos. Allá llega retumbando y nunca puede ser bien interpretado. Aquí apreciamos debidamente su valor. No ignoramos que cuando ella es sincera, tiene toda la importancia

de lo que es necesario. Porque sin oposición no hay ni puede haber gobierno completamente acertado.

Ya se cansarán, pues, de esperar que estalle una nueva revolución entre nosotros. Sobre todo, llegarán a comprender, que solo excepcionalmente ha podido la fuerza armada dejar de prestarle apoyo a un gobierno. Y que no se juega aquí con el nombre sagrado de la Patria. Los defensores de ella, que somos todos los peruanos, sabremos cumplir con nuestro deber, llegada la hora solemne, que será también el instante en que la luz se ha hecho para todos los entendimientos y termine con la ofuscación de algunos.

Política leguiísta anterior al 4 de Julio

Combatidos, en la terrible forma en que lo fueron, los errores del gobierno del doctor Pardo, el leguiismo se encontró con que la opinión estaba enteramente a su favor. Más todavía: que veía en él la única esperanza posible de resurgimiento nacional.

Y no es extraño que tal haya sucedido. Leguiistas y de nota, hubieron, que al tomar el poder el doctor Pardo en 1915, tuvieron la conformidad de esperar que este señor hiciese un magnífico gobierno. Posponían, como era natural, sus deseos de que su candidato hubiese sido el ungido con el poder entonces, a la esperanza de ver una buena administración y por consiguiente el bien de la nación.

De modo, pues, que al compenetrarse la opinión pública con la oposición, no había en tal comunión de ideas y de esperanzas, nada que pudiese asombrar.

Por esto, los primeros trabajos del leguiismo, fue-

ron tan felices. Nadie pudo entonces equivocarse de lo que tenía que suceder. Y solo los pocos que se imaginaron que la fuerza sirve para todo, pudieron engañarse y conducir al país a situación tan difícil.

Pero la fé de los que no habían descansado de acosar al gobierno, era muy superior a todos los obstáculos. Y cuando se sintió favorecida con el refuerzo poderoso de la opinión, adquirió tal seguridad, que ya no dudó un instante más de que se colmarían todas sus aspiraciones.

Y desde antes que el señor Leguía contestara desde su residencia en Europa, aceptando ponerse a la cabeza de la nación, sus amigos comenzaron los trabajos de organización.

Pero, ¿quiénes eran sus amigos? Lo eran la inmensa mayoría de los peruanos. Y entonces sucedió lo que siempre ocurre en casos de esa naturaleza: que todos quisieron ser los organizadores de la campaña política. Y por consiguiente, ante abundancia tal de personal, no faltaron quienes cedieran el puesto, reservándose laborar, como en efecto se ha visto, fuera de las juntas que se instituyeron.

Con una gran rapidez, que solo puede explicarse teniendo en cuenta el gran entusiasmo que reinaba, las juntas leguiistas central y departamental, vieron pronto congregados a los ciudadanos en una infinidad de clubs políticos, cuyos locales fueron otros tantos templos en los que se rendía culto a la patria, en los que se exaltaban las cualidades del Caudillo y en los que cada uno exponía sus esperanzas, las patrióticas esperanzas de llegar al fin a ver al país libre de la política del desarme, inexplicable, aún para los pacifistas más convencidos, cuando la bota del extranjero imperialismo está pisando la bandera nacional.

La labor de resistencia de los ofuscados, lejos de

restar adherentes, ni de disminuir el entusiasmo y la decisión de los leguiistas, le procuró, por un efecto muy explicable, mayores simpatías en toda la república.

Por otra parte, apareciendo ya en toda su monstruosidad, la pretensión, más que temeraria, de querer seguir abusando de la mansedumbre e indiferencia de este pueblo, surgió una ola de indignación tal, que envolviendo al país todo, lo presentó a la faz de la América, resuelto a imponer su voluntad.

Los felices resultados de la organización, que tan pronto había congregado al gran número de ciudadanos que se habían propuesto cambiar el régimen político de la nación, fueron completados con el más acabado de los éxitos, al ser ganadas las mesas electorales en las secciones más importantes del país.

Pero es que para llegar a obtener tan expléndida situación, rivalizaron el prestigio de los unos y la actividad de los otros. Estos dos valores, puestos al servicio de una causa que la voluntad nacional imponía, acabaron por hacerla respetar. Por eso fué que ni el mismo gobierno se atrevió a contrariarla en las ánforas. Y buscó para cohonestarla, las manos de un Pilatos complaciente que notificara al país la nulidad de las elecciones.

Afortunadamente, no hubo tiempo para pontificar. Porque los que se contaban sayones, arrojaron lejos de sí estas vestiduras. Y salvaron a la Patria.

También aquí debía cumplirse el aforismo aquel que dice: "los pueblos tienen el gobierno que se merecen". Y los que lo comprendieron y no se opusieron y no se prestaron, han respetado la voluntad popular.

Ese personal que, bien con su prestigio, bien con su acción, o de ambos modos, llevó a cabo la preparación de este triunfo y su consumación; ese personal

que convirtió en realidad, que transformó los deseos y las esperanzas en hechos; ese personal es bastante numeroso. Pero en él se destacan algunos nombres.

Figura entre éstos el del doctor Porras. Personalidad ventajosamente conocida en los círculos políticos internacionales de Sudamérica, aportó a la causa nacional prestigio y experiencia. Porque el pueblo no olvidaba que él, al lado del señor Leguía, supo imprimir a la nación, rumbos compatibles con la dignidad, con el honor y con la seguridad; vió en la colaboración de este político eminente, una garantía para sus anhelos, puesto que como antes, habría de continuar por tan patriótica senda.

Y, naturalmente, colaborador de esta talla, tenía que causar allá en el Sur un intenso malestar.

Políticos de acción y de pensamiento, igualmente distinguidos, los doctores Cornejo, Salazar y Oyárzábal, Ganoza y Leguía y Martínez, prestaron concurso tan considerable, que imposible sería poder ocuparse del movimiento político revolucionario que culminó el 4 de julio, sin tener que referirse a cada instante a la atinada intervención que ellos tuvieron en las distintas faces de su desarrollo.

Pero este no es un estudio y ni siquiera una narración detallada de la acción política de todos los personajes que en él intervinieron.

De serlo así, muchos capítulos habría que llenar para ocuparse de la actuación de los geenrales Cáceres, Canevaro y Pizarro de los coroneles Bedoya y Rivero de la Guarda, de los doctores Arturo Osores, Salomón, Portella, Curletti, Villanueva, Carlos de Piérola, Abel Ulloa, Palacios, Rodríguez Larraín, Espinoza y Encinas, de los señores Enrique Oyanguren y muy en especial de la laboriosa que desempeñaron el secretario del señor Leguía, señor Javier Luna I-

glesias y el señor Alfredo Piedra, quienes con abnegación poco común y acierto y discreción muy inteligentes, han servido como los que más en los trabajos de esta campaña política.

Se notará la omisión del nombre del hijo del héroe de Angamos en esta relación. Pero es que la obra de este leader de la minoría del Senado durante el gobierno del doctor Pardo, ha formado capítulo aparte y muy distinguido en el derrocamiento de ese gobierno. Obra iniciada brillantemente desde que comenzó la campaña contra el pardismo y continuada durante toda ella con el mismo interés y decisión.

Y muchos otros nombres que la Historia algún día tal vez recogerá, podrían citarse en estos breves apuntes. Porque se notará que solo están considerados los de aquellas personas cuya acción se desarrolló en la capital de la república.

La Asamblea Nacional ha formulado la declaración de que todos ellos son beneméritos a la Patria. Y ha dispuesto que se haga la nómina de todo ese personal. Pero en la práctica, muy pronto se tropezó con la dificultad de hacer esa relación, que realmente habría tenido que comprender tántos nombres, cuantos son los leguiistas o personas adictas a la oposición al pardimo en toda la república.

Finalidades internacionales que el 4 de Julio viene a cumplir

Aunque el gobierno anterior cultivó magníficas relaciones con las repúblicas hermanas, atendiendo a las representaciones que en ellas tenemos acreditadas; un estudio detenido nos comprobaría, que fuera de los lazos sentimentales, es decir de afecto, que el co-

mún origen y las tendencias análogas han mantenido siempre entre todas ellas, no se ha llegado aun a aquel grado de vinculación, que teniendo por base la solidaridad de sus altos intereses nacionales, de aquellos que constituyen la piedra angular de su existencia y la seguridad de ésta, haga de todas ellas una entidad no solo muy unida en sus partes, sino indisoluble.

No se podrá decir que es artificial la armonía existente entre dos estados, cuando ésta reside únicamente en la voluntad bien dispuesta y en la falta de rozamientos que puedan entorpecerla. Pero es innegable que las naciones, como los individuos, no solo tienen que atender a la psicología que les es propia y que informa sus tendencias y la orientación de su política exterior, sino también, tanto como a ella, y más que a ella, a las necesidades de su vida orgánica, a sus necesidades fisiológicas, dijéramos. Si, pues, la satisfacción de éstas, lejos de dañar al país amigo o de ser indiferente para él, contribuye a robustecer o a completar las que le son propias, se habrá creado de tal manera, unión tan íntima y duradera, como la que mantiene adheridos los átomos de un mismo sólido.

No es necesario citar ejemplos, pero no está demás recordar, que no obstante la buena disposición que siempre ha tenido para nuestro país el pueblo colombiano y que nosotros hemos correspondido con fraternal afecto, no ha dejado de mostrarse sensible a la explotadora y maquivélica acción mapochina, que ha conseguido trastornarle y hacerle olvidar que la hidalguía que nos caracteriza, jamás nos llevará a atropellar el ajeno derecho y que, donde hay una diferencia, somos los primeros en ceder a la verdad y a la justicia.

Pero, a qué considerar lo que ocurre con ese bello país. Para que remontarnos a ese alcázar del Cauca y de Calí. Frescos, palpitantes aún, vemos los inci-

dentes que tanta mortificación han producido en el alma nacional. No salimos aún del estupor que nos han causado. Y no atinamos a darnos cuenta del proceso que ha debido sufrir esa fracción de la nacionalidad boliviana, para claudicar con toda noción de dignidad y escupir al rostro que supo volverse al país hermano en hora desgraciada.

Cuando se tiene tan amarga experiencia, es fácil apreciar lo deleznable que es el edificio que descansa únicamente fundado sobre la base de las buenas disposiciones de la voluntad. Se comprende la conveniencia de procurarle sustentación más estable.

Es por esto que hay importancia capital en atender al fomento de una política sudamericana, que contemple el armónico desarrollo de las industrias de los diversos pueblos del continente y el desenvolvimiento del comercio entre ellos y con los distintos mercados.

Pero para propender a tal fin, se hacía indispensable abandonar el estado de inercia a que nos veíamos reducidos con el desarme.

El desarrollo económico del país, subordinado a su condición de debilidad o de fortaleza, no podía tomar las proporciones a que está llamado por sus vastas riquezas, muchas de ellas aún inexplotadas.

Los capitales, tanto nacionales como extranjeros, temen siempre sufrir las consecuencias de una guerra. A este respecto, recordarán todos que hasta antes del arreglo de la cuestión límites argentino-chilena, la nación del Plata avanzaba aun lentamente por el camino del progreso y de la grandeza. Y que, con posterioridad a él, ha alcanzado situación tan ventajosa, que nada tiene que envidiar de las grandes naciones.

Y, para llegar a esa armonía de intereses, para ser factor, para ser tomado en consideración, no había que

pensar en presentarse arrastrando cadenas. Los débiles pueden ser dignos de conmiseración. Pero cuando la debilidad es culpable, como en el caso nuestro, lo que inspiran es desprecio.

Por eso, cuando se vea cumplido el programa que la nación necesita desarrollar, aún los propios adversarios políticos de hoy tendrán que bendecir la hora en que fueron relevados en Palacio.

Porque el advenimiento de la nueva política significa la seguridad de que no seguiremos en la humillación y la abundancia que, debido a esa seguridad, habrá de alegrar las arcas nacionales, colmando así mismo de riquezas a todo aquel que se consagre al trabajo.

Hora bendita, además, porque, debidamente corresponderá al Perú un asiento en el congreso que ha de decidir del porvenir de estas naciones. Congreso en el que, cada cual pesará según lo que represente, como es natural.

La repercusión del movimiento nacional del 4 de julio, ha traspasado, pues, las fronteras; no solo en el sentido, que todos vemos, de hacer creer a los políticos chilenos, que apurándose en rodearse de más fierro, van a concluír su obra, sino en el hermoso y humano de presentarnos a esas tres naciones atlánticas que, habiendo conquistado la cima de la grandeza, honran a la América meridional, como a la hermana capacitada para acompañarlas.

Muy poco falta ya, para que llegue el momento de avanzar juntos por la hermosa ruta. Nos han estado esperando. Comprendían que con el fantasma de la amenaza araucana, no era posible pensar ni dedicarse a esa obra que es deber de todos realizar.

Han tenido la suerte de estar preparadas antes que el Perú. Y han alcanzado esa preparación en la época

precisa en que se imponía laborar. Esto quiere decir que la revolución del 4 ha sido muy oportuna.

Analizando el estado actual de cada uno de esos tres países y el grado de vinculación que nos liga a ellos, tenemos, tomándolos por orden alfabético:

ARGENTINA

Económicamente, es asombroso el desarrollo que ha alcanzado. La hemos visto inclinar, con su potencia productora, el fiel de la victoria al lado de los aliados en la reciente guerra.

Como poder militar, ha contenido, por ese lado, el avance del imperialismo vecino. Y ha mantenido, pues, el equilibrio, amenazado siempre por la loca ambición chilena.

Como factor de cultura, es envidiable el grado de adelanto de sus instituciones y la perfección de sus industrias.

Y ahora, si nos referimos a la tradicional amistad que siempre han tenido la Argentina y el Perú, no tendríamos que decir, sino que ella solo es comparable al afecto que tanto las colectividades de las distintas escalas sociales, como las personas particulares de cada uno de los dos países, demuestran por las del otro, en cada oportunidad que se presenta.

BRAZIL

Rico, grande y fuerte es el país caballerezco de la América del Sur, que en las jornadas de la Libertad, asumió de hecho la representación de los otros hermanos.

Tiene, además, para ser considerado como una gran nación, títulos suficientes con la personería prominente de sus grandes hombres.

Como es poderoso y nada tiene que ver con él nuestro vecino del sur, no tiene porque preocuparse de las inquietudes de éste. De no ser así. De tener sospechas de inmediata agresión, ya le veríamos aumentar sus elementos de defensa.

Hidalgo y justiciero, respeta tanto al grande como al pequeño. Y ya se sabe que el respeto y la consideración mutuos, son la base de la armonía.

En el Perú se estima al brasileño y el nombre del Brazil se pronuncia con cariño.

URUGUAY

La patria de Artigas, próspera y rica, es la joya más hermosa de la América del Sur.

Cuna de hombres eminentes que ha poco se han iniciado en la vida pública, ha conquistado con ellos, lugar distinguido entre las naciones del Continente.

Su amor a la justicia y al derecho y su brega por el ideal, le dan el aspecto de una Francia del nuevo mundo.

Rebosante en vida, ha sabido imponerse a la consideración de todos los pueblos del planeta, que con justicia miran en esta nación, a la maestra futura de las nuevas doctrinas que habrán de regir en estas tierras de Colón.

En el Perú, que siempre hemos admirado a la República Oriental del Uruguay, y hemos sentido por ella vivo afecto, hoy miramos con singular placer el rol tan distinguido que el talento de su mandatario le ha conquistado.

Labor conjunta del Perú y de las naciones del Atlántico

La hegemonía que pretende Chile continuar ejerciendo en este lado de la América, está en oposición con los ideales que profesan las naciones más progresistas de la América. Eliminada, como debe serlo, para tranquilidad de todos, ya nada se opone a que la nación que tomó a su cargo la defensa del Pacífico Sur en 1866, es decir el Perú concurra con sus demás hermanas de éste y del otro lado, a considerar los puntos relativos a la seguridad y progreso de todas.

Esa eliminación, que se conseguirá a poco costo, gracias al patriotismo del estadista que hoy dirige los destinos de nuestra patria, será seguida de un gran incremento de la producción nacional y de un considerable progreso en su ramo de industrias.

Entonces habrá llegado el momento de discutir y echar las bases del pacto que debe garantizar nuestro común porvenir. Entonces los estadistas atlánticos, encontrarán en este lado todas las facilidades necesarias a la obra de una Sudamérica grande y poderosa y que pueda mirar con tranquilidad las vicisitudes originadas en la evolución de esos pueblos menos preparados que los nuestros para amoldarse a las nuevas normas. Menos preparados, en el sentido de que no están divididos por las profundas divisiones que originan las diferencias de raza, idioma, costumbres, etc., como acontece en otras secciones del mundo.

Esa condición, que los que sabemos de los horrores de la Guerra del Pacífico, tan solo por los relatos de nuestros mayores, la venimos deseando desde que te-

nemos uso de razón, es la salvación del Perú. Y seguramente que con nosotros la han deseado los hombres bien intencionados de todo el continente, quienes habrán aplaudido la obra que puso término al gobierno peruano que ha estado en mejores condiciones para alcanzarla, pero que, ofuscado, dejó pasar la mejor oportunidad que hemos tenido para abatir nuestra inferioridad, armándonos y produciendo más.

La repercusión, pues, de la revolución del 4 de julio, ha llegado más allá de las fronteras, causando general beneplácito. Y los nuevos dirigentes de la nación, no ignoran que les toca corresponder a las expectativas en ellos cifradas en los países hermanos, que hoy miran con atención el proceso de nuestra segunda emancipación. Siendo ésta una razón más, que explica el interés desplegado para hacer no solamente un buen gobierno, sino para llevar a cabo la restauración de la Patria.

Si aquí en el Perú hay quienes aparentan desconocer cuál iba a ser la suerte que nos esperaba, de haber continuado en la política del desarme; seguramente que en otras partes saben, que los bárbaros procedimientos seguidos por los chilenos hacen 40 años—de los que son un pálido reflejo las atrocidades prusianas de la hora última y los extremos a que se entregan los soldados rojos—iban a exceder, en estos tiempos, en refinamiento y en crueldad si oportunidad de desarrollar se les dejaba. Y entre los países que esto no lo ignoran, figuran a no dudarlo, además de los Estados Unidos: Argentina, Brazil y Uruguay, que habrían tenido que intervenir para poner término a la barbarie, para acabar con esa vergüenza que está enlodando el suelo sagrado del Perú y de Bolivia.

No hay exageración, pues, al decir, que en las naciones citadas, se considera que el cambio de política aquí,

y en Bolivia les ha evitado las molestias de una intervención. Y, desde este punto de vista, tendrán también que ser juzgados como corresponde, el movimiento del 4 de julio y al boliviano.

Particularmente en el Uruguay, donde la juventud hoy dirige con acierto y patriotismo a esa nación, se habrá visto con profunda simpatía la evolución operada en estos países. Porque en Lima han sido un gran factor los jóvenes universitarios; que, ya en la tribuna, ya en la prensa; ora dándose como Maestro al candidato nacional; ora concurriendo a los clubs y hasta a la acción de asaltar buques y cuarteles: han escrito una brillante página, que dice mucho de la pujanza de la generación que mañana tendrá sobre sí el cargo no muy envidiable, por las naturales dificultades que entraña, de acabar de encarrilar el carro de la patria.

Y no solo en el Uruguay. Los jóvenes de la América toda, no pueden haber tenido sino frases de entusiasmo y de aprobación, porque la juventud americana se solidariza siempre con las causas que responden a un fin noble y bien intencionado.

Ella, con la intuición que saben dar los pocos años, con ese dón de penetración para deducir acontecimientos que le caracteriza, aprecia de una manera más completa las necesidades del continente. Y como sabe que éstas son paz y trabajo, abomina de todo lo que obstaculiza la posesión de tan preciosos bienes.

Por esta razón, no es hipotético decir que tendrá un rol prominente en la grandiosa obra de constituir la Gran Patria que soñó Bolívar. Obra de titanes, indudablemente, cuya iniciación debería coincidir con nuestro centenario, como el mejor homenaje que se pudiera dedicar a la memoria y a la gloria de esos colosos sin paralelo en la historia de las naciones.

La juventud de América, con su aprobación al

cambio operado en la política sudamericana, primera etapa de la gran obra a que acabamos de referirnos, ha dado ya el primer paso en la prosecución de ésta. Y ahora nos contempla, anhelosa de que llegue pronto el instante en que, las medidas prometidas al país por nuestro mandatario, tengan toda la fuerza necesaria para convencer de que no somos un pueblo en las condiciones imaginadas por los políticos del Sur.

El Perú y Chile.—Sus recursos.— Moral internacional de estos pueblos

Una nación muy rica y a la vez muy previsora, puede mirar con desdén a su alrededor y permitirse, premunida de su fortaleza, barajar planes y más planes para apechugar al incauto y pobre vecino a quien le fué posible sorprender antaño y asestarle terrible golpe.

Pero si esa riqueza está bajo determinada amenaza de extinción, que cualquier día puede hacerse real. O si al vecino le soplan buenos vientos que poco a poco le conviertan de aparente mendigo en productor afortunado. Y si este vecino, comprendiendo el valor de lo que posee, y, sobre todo, apreciando debidamente los peligros que le rodean, no trepida en sobreponerse a ellos. Y redobla sus esfuerzos. Y se cuida. Y toma cuanta precaución sea conveniente para multiplicar su riqueza, poniéndola a la vez fuera del alcance del codicioso que le acecha. Nadie puede entonces suponer que, como antes, existan los dos vecinos, poderoso y rico siempre uno y descuidado y pobre el otro. Esta desgraciada situación tan solo pudo subsistir mientras hubieron ciegos al frente de la política peruana.

El impulso que por una acertada dirección de la marcha de un país toman todos los ramos de su actividad, se manifiesta mucho más considerable, cuando, con ese acierto, se ha atendido también a los problemas de la seguridad y defensa nacionales.

Es entonces que las fuerzas vivas que constituyen la vitalidad de una nación, adquieren todo el desarrollo de que son capaces. Y si ésta antes ha estado lánguida, toma súbitamente proporciones cada día más considerables.

Basta que una nación haya sido dueña de recursos, aunque inexplotados, para que cuando éstos comiencen a producir, perteneciéndole aun, la transformen.

Y esto, precisamente, es lo que ocurre con el Perú. Sus riquezas son hoy necesarias para la reconstrucción industrial de Europa y seguirán siéndolo por mucho tiempo, dando margen a una mayor actividad productora en el país. Esta bonanza, no solo aumenta la fortuna de los capitalistas, sino que rinde utilidades al estado, que de este modo puede atender mejor a sus necesidades.

Colocados más cerca de Europa y de los Estados Unidos que nuestro rival, no puede él competir con nosotros, porque la diferencia de fletes no alcanza a compensarse con el menor salario que podrían ellos pagar. Y aún este remedio, pronto daría sus resultados, haciendo incontenible el estallido de la cuestión social, que hace poco no más lograron apaciguar.

Cada día menos solicitado el usurpado salitre, acabará por ser pospuesto, mereciendo por fin las preferencias el sintético. Descartada la suma que ingresa a las arcas chilenas por este concepto, el excedente constituye cantidad muy modesta; tanto, que reduce a la nación chilena a un rango bastante secundario.

Volverán entonces a los días anteriores a la guerra que provocaron al Perú y a Bolivia en 1879.

Será posible tal vez que la misma desesperada situación los induzca por el camino de la piratería internacional.

La ley de la necesidad será su lema. E intentarán la suerte de las armas: es para eso que se preparan. Rifando están su última carta. Siguen paso a paso cada uno de nuestros menores movimientos. Pero aparentan no preocuparse de nosotros. Quieren comprar con su silencio el nuestro. Porque no les agradaría que en los momentos en que hacen su acopio, nuestra prensa se ocupara de lo que están preparando.

Como los jugadores viejos, nos miran con desdén. Comprenden que los esfuerzos de nuestro actual gobierno para poner al país en pie de defensa, no pueden significar una amenaza para ellos. Y tratan de alcanzar un grado tal de fuerza, que pueda siempre aniquilarnos. Ese es el juego.

Aunque lo sabían perfectamente, hoy ya no les preocupa la idea de que el señor Leguía ha llegado al poder, únicamente para malograrles su empresa. Hombres de acción a toda prueba, se dejan de considerandos y se dedican a trabajar en pró de sus designios.

Pero el tiempo trascurre. Y cada día que pasa, nos permite respirar con más libertad. Por de pronto, ellos, con la reciente lección de Europa, no ignoran que irían directamente al fracaso si se les ocurriera invadirnos hoy. Por eso es que no lo intentan. Esperan acumular elementos en cantidad suficiente para anonadarnos. Triunfar por intimidación es su pretensión. Olvidan de este modo lo que con tanto empeño siempre han estudiado: nuestro carácter. Olvidan sobre todo lo que deben tener muy presente: la energía y el patriotismo de nuestro gobernante.

Ha pasado ya el tiempo en que creían que nosotros fundábamos nuestras esperanzas de defensa en la acción ajena. No ignoran que nos bastamos para repelerlos. Y se agitan entre la ilusión de que han de continuar poderosos y el temor de que nuestro poderío puede imponerles. Decididamente, viven las horas más difíciles de su historia. Y con toda seguridad, que hoy reniegan del Sr. Leguía y de quienes le hemos acompañado para que asumiera la dirección del país. Pero serán los únicos hombres de América que nos maldicen. Y ese odio que por nosotros sienten, debe de ser causa de nuestro más grande orgullo.

Aunque muy a la ligera, nos hemos ocupado de la capacidad económica de nuestro país y de la de Chile, en forma que no creemos equivocada y llegando a conclusiones que nos favorecen.

La estrecha relación que tiene el movimiento del 4 de julio con nuestra situación respecto de ese país, nos ha llevado a ocuparnos de ese problema. Como también nos induce a tratar, también suscintamente, del que se refiere a la moral que imprimen a sus negocios internacionales.

Ocupémonos en primer lugar de la república de la estrella solitaria.

¿Cuál es el país que mayores daños, que más grandes ofensas ha recibido de Chile? Indudablemente que Bolivia.

Es verdad, que no llegó a sufrir las grandes pérdidas de vidas que el Perú experimentó, pero quedó encerrada, sin salida propia al mar; y, lo que es peor: ha sido objeto de la mayor de las humillaciones que se pueden hacer sentir a un pueblo. Porque proyectar repartirse un país, es considerar a sus habitantes de la misma insolente manera con que el pangermanismo insultó a la humanidad.

El país pseudo polonizador que tenemos en Sudamérica, no se ha limitado a exteriorizar ese propósito: su cinismo ha ido más allá. Con impudicia que revela insanía, sus hombres públicos se han echado a lucir un fondo moral, tan contrario a la moralidad, que da lástima.

A propósito de Bolivia, ese don Abraham Koning, con su célebre frase es el prototipo del majadero. Sin darse cuenta, conquistó para su país no envidiable reputación. De una sola plumada lo ha hecho figurar en primera fila, lado a lado del campeón de la matonería internacional.

Pero dejémonos de esa parte de los desplantes, que solo sirven para asustar a los chiquillos, pero que provocan siempre la risa de los mayores. El pueblo chileno, sus hombres representativos y los que no lo son, no tienen inconveniente para exhibirse en la inmoralidad más completa. Siglos habrán de pasar para que el olvido cubra con piadoso manto el recuerdo del único error de la España colonizadora, al no reparar en los inconvenientes de fundar una colonia, base y origen de una futura nación, con los deshechos de la sociedad. Ahora bien, ¿podría decirse otro tanto del Perú? Suena por ahí, algo que obligaría a hacer una aclaración. Las diferencias que se han suscitado en los primeros años de vida independiente entre las naciones de América, no tienen el carácter de internacionales. Con mucha frecuencia, los caudillos se han aliado con las tropas de las repúblicas vecinas. Y así, al amparo de bayonetas extranjeras, han logrado adueñarse del mando. En posesión de él, bien sea de esta manera, o por otros medios, han celebrado tratados que, no contando con el beneplácito de la nación, no han podido, como es natural, cumplirse.

Sería injusto decir, que el Perú ha dejado de cum-

plir lo que ha pactado. Eso equivaldría a considerar como Perú, a un caudillo o al grupo de ciudadanos que le seguían y que, en la agitada época de los primeros años de la república, no representaban a la nación, por más que estuviesen adueñados del poder.

Si, pues, procediendo con extricta justicia, se quiere ver la verdad encerrada en las líneas precedentes, no tendríamos ya, por más que nos empeñásemos, resquicio alguno por donde poder atisbar asomo de inmoralidad en la conducta de la nación peruana.

En consecuencia, esta comparación autoriza para calificar, tanto moral como materialmente, con un coeficiente muy inferior a Chile, respecto del Perú.

La potencia económica de ese país, inflada por el salitre, tiende pues a desaparecer. Lo saben perfectamente los chilenos. Y no ignoran así mismo, que a ese resultado se aproximan, que a esa reducción, cada vez menor en comparación con el Perú, han llegado debido a la orientación que el país ha tomado desde el 4 de julio de 1919.

Los Estados Unidos de Sud-América imaginados por Chile

Con una candorosidad muy frecuente en los pigmeos que repentinamente se encuentran en la altura y se creen altos, así el país conquistador en la América del sur, soñó un día aplicar a los demás pueblos del continente la ley de la selección, pero a su manera.

Después de hacer apreciaciones curiosas, entraba a calificar a cada uno de los grupos de habitantes. Y, los hombres de la "Raza Chilena", resultaban, pues,

los designados de la Providencia para barrer con la chusma que constituían esas poblaciones.

Y así, conquistando a esas razas inferiores, surgía la gran Nación Chilena o los Estados Unidos de Sudamérica.

Afortunadamente, esa "superioridad" es como la acabamos de ver en el capítulo anterior. Y solo hay que agradecer, no la iniciativa de esa idea, sino la indicación que encierra ese empeño por Chile manifestado.

Y en este punto, hoy que la situación del Perú permite que veamos ya cercano el momento de unificar las naciones de la América, no está demás decir, que si el Brazil ha tomado en la guerra mundial el papel de hermano mayor, interviniendo en ella y ejerciendo, puede decirse, de esta manera la representación de todos los demás pueblos del continente que pensaban como él: es justo entonces, que a él también corresponda la iniciativa en la unificación proyectada.

La Gran República Atlántica, por el hecho de haber tenido en esta ocasión el mismo rol que tuvo el Perú en 1866, tiene sin quererlo, pretenderlo, ni decirlo, la hegenomía en Sudamérica.

¿Aceptarían esta hegemonía fraternal, inofensiva y respetuosa del derecho ajeno, la Argentina y el Uruguay?

¿La aceptarían para edificar a base de ella, otra más amplia y que fuese común a toda Sudamérica?

Todo induce a creer que sí.

Pero entonces, en esa labor de eliminar fronteras o sea de suprimir todo aquello que obstaculice la unificación de las naciones americanas, nada se opone a que cualquiera de éstas, el Perú, por ejemplo, sea el primero en adoptar tales medidas, que por sí solas conduzcan a la hermosa realidad.

Leyes especiales, que hagan de argentinos, brasileños y uruguayos, ciudadanos tan peruanos, como los que tenemos la honra de haber nacido en este suelo. Leyes, que alcanzando reciprocidad en los otros estados, tenderían a la unificación proyectada.

Y la supresión de la idea de frontera en las cuestiones aduaneras, sería otra medida adecuada a la solución salvadora de la América.

La cuestión defensa común, podría ser solo objeto de programas, uno correspondiente a cada estado unificado.

Y así, sucesivamente, todos los aspectos diversos, podrían conducirse a una solo, común a todas las naciones.

Las comparaciones que venimos haciendo entre el Perú y Chile, con el objeto de llamar la atención hacia los motivos o fundamentos que para supervivir tiene el primero respecto del segundo, se podrían hacer, con el mismo resultado, entre cada una de las naciones de América y la usurpadora de los territorios de Bolivia y del Perú.

Procediendo a efectuarlas, quedaría Chile aislado, como de hecho lo está con su conducta y con su doctrina.

Ese mismo aíslamiento, es el que le queda reservado, para que lo goce cuando el aura renovadora que ha de beneficiar al continente, al influjo del cerebro privilegiado del actual presidente uruguayo, alcance su mayor y su más eficaz acción.

Y al decir que para supervivir el primero, respecto del segundo, no es que nuestro deseo sea la extinción de Chile. Muy lejos estamos de desear la desaparición ni la ruina de ningún pueblo. Solo anhelamos justicia para el nuestro.

Obligación contraída por los revolucionarios

Desde el jefe de una revolución hasta el último adherente, todos los hombres que se mezclan en esta clase de asuntos, ya verán a su tiempo como es aplaudida o condenada su conducta. De los que juzgan, unos quedarán satisfechos y otros nó. Pero que se manifiesten satisfechos o nó, esa es cuestión de pasiones. El fallo tranquilo y sereno, el justiciero, llega generalmente cuando los actores duermen el sueño eterno. Pero que llegue tarde, o que llegue temprano, el juicio de la posteridad está en relación con la conducta posterior del revolucionario. Porque éste siempre contrae una obligación.

Si es el jefe, su principal preocupación debe de ser el cumplimiento de su programa.

Si es un correligionario, su deber es cooperar en la medida de sus facultades o de su esfera al éxito del nuevo régimen.

Quienes no cumplan, serán unos renegados de su propia causa. Y en todo caso, comprobarán que ningún fin noble los llevó a ser revolucionarios.

Es interesante, pues, que todos los que hemos colaborado en la revolución de Julio, ajustemos nuestra conducta a esa norma. Y, como nunca falta oportunidad de hacer algo, siempre es posible probar con hechos la bondad de las intenciones.

Por ejemplo. El señor Ministro de Marina expidió una orden. En ella, pedía la colaboración del personal. Y quien ésto escribe, comprendiendo la obligación que por su parte había contraído al plegarse a la revolución, respondía a esa orden de la siguiente manera:

Consideraciones referentes a la introducción de algunas reformas en el régimen interno de la marina

---

PROYECTO

(Presentado en la fecha indicada al Ministerio de Marina)

La reciente guerra mundial ha dejado establecido, que el personal marítimo de la defensa de las naciones, ha ejercitado su actividad profesional: en la guerra submarina, en las operaciones con minas y en las realizadas con hidroaviones.

Es indudable que quienes han recogido directamente la experiencia, no habrán de esperar ni consultarán a otros para deducir enseñanzas para el futuro, que estén en armonía con la nueva orientación, con las nuevas necesidades que han surgido. Harán lo que corresponde.

Y si esto es condición de vida para los grandes países, mayormente tiene que serlo para los que sufren las consecuencias de la imprevisión o de la equivocada dirección de sus destinos en orden a la defensa nacional.

Como tratándose de la existencia, hay que estar prontos para responder cómo se le defenderá, no únicamente en el futuro, sino de preferencia en el presente; puede plantearse esta cuestión: si el Perú fuese hoy atacado, ¿qué harían sus marinos? Cabe responder: procurarían realizar el prodigio de poner, con los ele-

mentos del país, en estado de eficiencia su exiguo material; tratarían de minar las entradas del Callao; y, con los sumergibles, harían papel importantísimo. En una palabra: la vehemencia, como antes, querría compensar en la hora de la prueba todo lo que debió estar contemplado oportunamente. Pero quedaría comprobado, que el personal no está, todo, suficientemente preparado dentro de las nuevas fórmulas de la lucha marítima. Y, a este respecto, el público haría comentarios sobre la dirección que ha tenido hasta aquí la Marina. Todo el mundo diría que las instituciones armadas no pueden servir de instrumento, ni ser tampoco campo de explotación de situaciones y de menudas ambiciones personales. Con mucha razón se diría, que solo pueden ser escuelas de consagración al trabajo, de abnegación y de sacrificio.

Más ya que hoy, como una esperanza, se abren, por el señor Ministro de Marina, las puertas a los hombres de buena voluntad, tengo el honor de exponer estas ideas, en la inteligencia de que ellas son del sentir, sino de todos, de la mayor parte de los miembros de la armada.

Refiriéndome, pues, a las inobjetables lecciones de los hechos recientes, creo no pecar de exagerado, al suponer que con ellos comienza una nueva éra para las marinas de guerra. Es la actual, época de estudio y de reformas. Es lo probable que estas reformas alcanzarán a los institutos de enseñanza, y, de un modo especial, a los servicios dedicados a la práctica del personal. Felizmente, esta crisis mundial encuentra al Perú en condiciones de poder desenvolverse satisfactoriamente.

Mientras la evolución no dé nuevas sorpresas, las flotas serán únicamente: 1.º de superficie, 2º de imersión, y 3º hidroaéreas. Y, entre los servicios, además

de los que ordinariamente corresponden a la flota de superficie, tendrán autonomía los siguientes: el de hidroplanos, el de minas y el de navegación submarina.

En nuestro país, a este respecto, está todo por hacerse; basta con decir, que para garantizar la seguridad de la navegación submarina, faltan muchísimos datos. El accidente ocurrido al "Iquitos" en el Callao, es una prueba que no admite réplica.

Y este conocimiento completo de los mares en la inmediaciones de la costa, se impone antes que nada, de donde resultaría, que además de la creación de los servicios de minas, hidroaviones y sumergibles, habría que comenzar por completar el estudio del litoral, de la manera más amplia y al mismo tiempo rápida posible.

La satisfacción de estas dos condiciones, que son necesidades inaplazables, impone la medida de desdoblar la labor, empleando varias subcomisiones que simultáneamente le darían cumplimiento.

Al mismo tiempo que este trabajo indispensable y previo se realiza, debe disponerse el establecimiento de cursos prácticos de sumergibles y de minas y, en cuanto sea posible, el de hidroaviones también; pues se dispone de personal para los dos primeros, y tenemos dos sumergibles. Como buques minadores, puede, además de los sumergibles, aprovecharse el ya crecido número de buques motores, cuyos armadores, es de suponer, no tendrían inconveniente en facilitarlos durante sus estadías en el Callao. Un mecanismo de fondeo, comprendiendo mina y sus accesorios, no es difícil arreglar en ese puerto y, con eso, habría bastante para comenzar.

Aunque materialmente las circunstancias me han tenido alejado, no he dejado por eso de seguir con atención las aptitudes de mis compañeros, y creo no e-

quivocarme al expresar que no faltan quienes inicia-rían con éxito el servicio de minas. Este, como dejo manifestado, tendría su primera etapa en la formación y desarrollo del curso práctico de minas.

Igual evolución se haría seguir a los otros cursos prácticos indicados y la misma a los de artillería, ingeniería y torpedos.

La práctica de estas ideas, que no significa inversión de dinero, sino trabajo, es el funcionamiento de una institución, que, de otro modo, permanece sustraída a la realidad y a la necesidad de su existencia y en perfecta, absoluta inutilidad. De un organismo que no realiza las funciones que le corresponden, podría decirse que está atrofiado y esto ocurre con la marina.

Es imperioso para quienes rinden culto a la obediencia militar, cuando en nombre de los sagrados intereses de la Patria se dá una orden, cumplir extrictamente esa orden; y esta extrictez significa en este caso, hablar con claridad y sin vacilación; ya que la exposición de los hechos no encierra reproche personal alguno, conteniendo solo referencias alusivas únicamente al medio; que, en nuestro país, como en todas partes, no es de responsabilidad particular de nadie, sino herencia que a todos afecta. En cumplimiento pues, de lo ordenado por el señor Ministro de Marina, me permito decir, que creo que el funcionamiento de la escuadra con el establecimiento de los cursos prácticos en los que serían alumnos, indistintamente los jefes y oficiales que quisieran ser útiles; significa el tener una escuadra viva y lo contrario, tener una marina muerta.

De estos cursos prácticos, se pasaría a los servicios correspondientes; y con esta base, los ejercicios respectivos alcanzarían un grado de eficiencia máximo; pudiendo entonces decirse que, cursos prácticos, ser-

vicios y ejercicios habrían constituído en realidad la vida de la escuadra. Y si esta vida y la de un ejército igualmente eficiente, son, en el estado actual de organización de las naciones y muy especialmente en el caso particular del Perú, garantía de la existencia de las mismas y exponente único de su seguridad: creo, con lo expuesto, haber cumplido con mi deber.

El Capitán de Fragata.
(Fdo).—*M. Pinto Bazurco.*

Lima, octubre de 1919.

Como se ve, procuraba desde mi ramo profesional, aportar un grano de arena a la obra de la reforma que la revolución traía consigo.

Colaboraba, muy modestamente, es cierto; pero ya colaboraba. Respondiendo, hasta donde era posible, a la obligación contraída al tomar el carácter de revolucionario.





La Nación Boliviana acaba con la ignominia y asciende en horas de gloria y de libertad a ocupar el alto puesto que le corresponde.

Brisas renovadoras. Brisas que siempre llegan a refrescar las heridas que el furor del vandalismo producen, acarician en estos días de julio también, a la hermana gemela de nuestra patria.

Es con sacudimientos de las más grande y grata emoción, como saludamos la aurora de la libertad, que con el patriotismo de sus hijos ha sabido conquistar.

Brille para siempre el Sol radioso de la felicidad y que sus rayos alcancen a iluminar en hora cercana y justiciera, las ricas tierras del Pacífico, de su propiedad.

Rotas están, allá también, las cadenas opresoras. Y pronto se fundirán con sus fragmentos los escudos protectores.

La América ha avanzado con esta jornada de honor del país hermano, tan velozmente a la realización de su futura composición, que hay que creer que el Dios de las naciones se ha decidido al fin a intervenir en sus destinos.

¡Salve al pueblo boliviano! ¡Honor y gloria a los patriotas que han concluído con la vergüenza; que han evitado que la ruina se consume!

LA REVOLUCION TRIUNFANTE EN BOLIVIA

RELACIÓN DE LA MANERA CÓMO CONCLUYÓ EL PREDOMINIO DE LA POLITICA MONTISTA

(Tomado de «La Prensa» de Lima)

Nuestro Corresponsal señor Emilio Delboy, llegó anoche a La Paz.—Completa información de la jornada revolucionaria.—Solo hubo en el ataque dos muertos: el intendente y un soldado.—Todas las tropas de las guarniciones de las provincias reconocieron ya al nuevo régimen.—El ex-Presidente Gutiérrez Guerra fué asilado en la Legación Americana y muchos de sus amigos en otras Legaciones.—Texto de la dimisión de Gutiérrez Guerra.—Ayer se reanudaron las comunicaciones telegráficas y la vida comercial y civil de la República.—Se hace cargo del mando una Junta de Gobierno presidida por don José María Escalier.—Ayer a las 4, por la vía de Arica, fueron deportados el ex-Presidente, su Gabinete y algunos liberales.—Se hará otras deportaciones por la vía de Puno.—El señor Delboy, enviado de "La Prensa", entrevistó ayer al Presidente Saavedra.

Los interesantes telegramas de nuestro corresponsal especial, señor Emilio Delboy, enviado por nosotros a La Paz, con la primera noticia del acontecimiento revolucionario, establecen ya el triunfo definitivo de movimiento popular que ha derribado en Bolivia la ingrata e impopular dominación del montismo.

Como se verá más adelante, nuestro corresponsal, venciendo las dificultades naturales del caso, se halla en La Paz desde la noche del martes, antes de las cuarenta horas de haber estallado el movimiento, y nos trasmite cuantiosos detalles de lo ocurrido en la madrugada del lunes y de los sucesos consecutivos. Esos

despachos establecen que la situación está concluída, renovada la vida nacional y reconocido el nuevo régimen por el ejército.

Esas noticias conciden con las de nuestros otros corresponsales ordinarios, que también publicamos, y con las de carácter oficial que ha trasmitido al gobierno el encargado de negocios del Perú, señor Enrique Bustamante y Ballivián.

Telegramas de nuestro Corresponsal Sr. Delboy

La Paz, 14 de julio (Depositado el 13 a las 8 p. m. —"PRENSA".—Lima.)

He llegado a La Paz, a las 7 y 30 de la noche.

Como las tropas del nuevo gobierno detuvieron en Terejera el tren internacional, aguardamos allí varias horas, hasta que llegó la orden de que prosiguiéramos hasta Viacha. En este último lugar se tenía ya noticia del triunfo completo de la revolución, pues las tropas allí acantonadas, habían reconocido al nuevo gobierno, y las que, viniendo de otros lugares, marchaban a La Paz, lo hacían aclamando al nuevo régimen.

De Viacha a La Paz he tenido que hacer el viaje en automóvil, venciendo muchas dificultades.

Encuentro aquí la situación completamente dominada por el partido republicano. El pueblo y el ejército se han plegado íntegramente al movimiento.

El derrocamiento del gobierno de Gutiérrez Guerra se produjo al amanecer del lunes, casi sin sangre. Don Bautista Saavedra ha tomado posesión pacífica del mando. Sólo se lamentan las muertes del intendente don Justo Pastor Cusicanqui y un soldado.

Con excepción del departamento del Beni, en la montaña, de donde no hay noticias hasta ahora, toda



Dr. BAUTISTA SAAVEDRA

Jefe del movimiento reivindicador triunfante en Bolivia
y Presidente de la Junta de Gobierno.

la república está sometida ya al nuevo régimen, aclamándosele entusiastamente.

En La Paz reina alegría popular. Se improvisan frecuentes manifestaciones en favor del nuevo gobierno y se aclaman las ideas de reivindicación.

La Paz, 14 de julio (Depositado a las 10 y 30 p. m.)—Se hallan detenidos muchos personajes políticos, entre ellos los ministros de gobierno y de guerra, el vice-presidente, varios senadores y diputados.

El ex-mandatario Gutiérrez Guerra está asilado en la legación americana, y es digno de anotar que no se le molesta en manera alguna.

La Paz, 14 de julio. (Depositado a las 8 a. m.) —La dimisión que firmó el ex-presidente Gutiérrez Guerra, en la mañana de los acontecimientos, está concebida en los siguientes términos:

"En vista del movimiento político que ha alterado el orden de la república, formulo dimisión de la presidencia de la nación, que me fué confiada".

La guarnición de La Paz, las de otras ciudades y los regimientos de artillería, venidos de Viacha, han firmado una acta de protesta de adhesión al nuevo gobierno.

El entusiasmo que hay hoy es indescriptible. El prefecto en persona da toda clase de garantías. Seguiré comunicando.

La Paz, 14 de julio. (Depositado a las 10 a. m.) —Es muy posible que en la tarde de hoy se despache un tren extraordinario que conduzca al Perú por la vía del lago Titicaca, a numerosos personajes políti-

cos deportados, entre los cuales se rumorea figuran el ex-presidente Gutiérrez Guerra, el ex-canciller Carlos Gutiérrez y los demás miembros del gabinete montista.

Si se confirma esta noticia, que aquí circula profusamente, ampliaré informaciones sobre el particular.

—Ha sido nombrado prefecto del departamento de La Paz el doctor José Carrasco, que desempeñaba últimamente la plenipotencia de Bolivia en el Brasil y que renunció por desacuerdo con el canciller Gutiérrez.

La Paz, 14 de julio.—(Depositado a la 1 p. m.) —El nuevo gobierno hace gestiones para deportar a multitud de personajes del régimen caído.

"La Razón" sostiene que al gobierno de Gutiérrez Guerra se le debe acusar por acción popular, ante el congreso: de conculcación de las reivindicaciones territoriales, de prisiones, de destierros, defraudaciones de las rentas públicas, de empastelamiento e incendio de imprentas y del asesinato del general don José Manuel Pando.

Atribúyense, según ese diario, graves depradaciones a adeptos montistas, que gozan de gran influencia con el ex-presidente Gutiérrez Guerra.

La Paz, 14 de julio. (Depositado a las 3 y 30 p. m.)—Todos los diarios gobiernistas han dejado de publicarse, por propia voluntad unos, y por ocultación de sus directores, otros.

Ayer aparecieron, después de dos días, "La Verdad" y "El Hombre Libre".

—Todas las comunicaciones telegráficas están francas con Oruro, Potosí, Sucre, Tarija, Cochabam-

ba y las circunscripciones incorporadas a la revolución. Empero, con el exterior, sólo está franca la línea que trasmite estos despachos, con autorización que he conseguido especialmente de las autoridades.

La Paz, 14 de julio. (Depositado a las 4 y 40 p. m.)—A las 4 ha salido el convoy especial, en que viajan, deportadas a Arica, las siguientes personas:

José Gutiérrez Guerra, ex-presidentente de la república; Néstor Cueto Vidaurre y Alfredo Ascarrunz, ex-ministro en el Perú; Ismael Vásquez, primer vicepresidente, Néstor Pérez Velazco, ex-prefecto de La Paz; Ernesto Careaga Langa, ex-ministro de gobierno; Rafael Taborga, Ezequiel Romesin, Tomás Elio, diputados; Julio Zamora, ministro de hacienda; Casto Rojas, ex-representante en Lima y director de "El Diario"; Hugo Montes, sobrino del general del mismo apellido; Donato Moreyra, Juan Granier y el senador Aurelio Calderón.

La mayoría de estos personajes se alojaban en legaciones extranjeras, con excepción del ministro de hacienda, el vice-presidente, el ministro de gobierno y el diputado Romesín, éste último violento propagandista anti-peruano.

La legación peruana ha prestado asilo al diputado Alfredo Ascarrunz, ex-ministro en Lima.

El tren internacional en que van los deportados ostenta banderas de todas las legaciones establecidas en La Paz.

La comitiva que acompañó a los deportados, muy numerosa, fué escoltada por el regimiento "Abaroa".

La Paz, 14 de julio. (Depositado a las 6 y 20 p. m.)—Acaba de convocarse a una Junta de Gobierno, que será compuesta de las siguientes personas:

Don José María Escalier, que la presidirá; don Bautista Saavedra y don Juan Manuel Ramírez.

—Los telégrafos, correos, bancos, el comercio en general y todos los colegios se reabrieron hoy.

Hay completa tranquilidad en toda la república.

En poder del nuevo gobierno, las oficinas públicas funcionan con el mismo personal subalterno que tenían.

Los caídos gozan de todo género de garantías.

Se habla de próximas nuevas deportaciones y se anuncia que se gestiona, ante el gobierno del Perú, garantías para los caídos que sean deportados a Puno.

TELEGRAMAS DE OTROS CORRESPONSALES

Arequipa, 14 de julio.—En momentos en que me preparaba a salir a entrevistar, en Puno, a los deportados olivianos que debían hacer el viaje por la ruta de Arequipa, se me comunicó que el gobierno de Bolivia había decidido mandarlos por la vía de Arica, debido al permiso que otorgó Chile en ese sentido, a solicitud del gobierno americano.

Por lo demás, puedo comunicarles que en la vecina república todo está tranquilo y que el comercio reabre sus puertas y comienzan los bancos otra vez a hacer sus transacciones.

Se espera la llegada de los señores Escalier, Carrasco y Ramírez, quienes constituirán el nuevo gobierno, formando una junta provisoria hasta que sea elegido el nuevo mandatario.

Se asegura que el regimiento Abaroa reconoció al nuevo orden de cosas.

La Paz, 14 de julio.—(8.50 p. m.)

El lunes 12 a las 2 de la mañana don Baustista Saavedra, principal dirigente del partido republicano, en combinación con el ejército efectuó el golpe de estado derrocando al gobierno del señor Gutiérrez Guerra.

La Paz, 14 de julio—(8.30 p. m.)

Hoy, a las 4 de la tarde, ha salido un tren expreso ostentando las banderas de las legaciones; en él van deportados el ex-presidente Gutiérrez Guerra; el ex-vicepresidente don Ismael Vásquez; el ex-ministro de gobierno señor Ernesto Careaga Lanza; el ex-ministro de hacienda señor Julio Zamora acompañado de su esposa; el ex-prefecto de La Paz, señor Néstor Perez Velasco; los diputados señores Taborga, Tomás Elio, Ezequiel Romesín, Alfredo Ascarrunz, Aurelio Calderón; el ex-director de "El Diario" señor Casto Rojas. También van, en el mismo tren, don Hugo Montes, ex-jefe de la brigada de boy scouts que fué a Lima y que dirigió el ataque contra los peruanos, y los señores Alberto y Juan Granier y Néstor Cueto Vidaurre, ex-ministro de Bolivia en Lima, Donato Moreyra y Francisco Meave.

Don Carlos Montes, otro de los hijos del general Ismael Montes, será deportado en tren de mañana al

mismo lugar. El tren fué custodiado por tropas de línea.

La legación del Perú, asiló al doctor Alfredo Ascarrunz, ex-ministro de Bolivia en el Perú.

La Paz, 14 de julio.—(8.50 p. m.)

El ex-presidente Gutiérrez Guerra, que fué asilado en la legación americana, dimitió su cargo. El ministro de relaciones exteriores, doctor Alberto Guerra, y el de hacienda, señor Julio Zamora, también fueron asilados en la legación americana. El ministro de gobierno, señor Careaga Lanza, el vice-presidente de la república señor Ismael Vásquez y el prefecto de La Paz señor Néstor Pérez Velasco, hallábanse detenidos en el Panóptico.

La ciudad está muy tranquila y completamente garantizada por el nuevo gobierno.

Se ha constituído una junta de gobierno compuesta por los doctores Escalier, Saavedra y Ramírez.

Anúnciase que el doctor Escalier llegará pronto.

Según noticias llegadas del interior sábese que todos los departamentos se han adherido al nuevo gobierno.

COMENTARIOS EN CHILE Y LA ARGENTINA.

Buenos Aires, 14 de julio.—El doctor José María Escalier, presidente del partido republicano de Bolivia, triunfante en la revolución del 12 del presente, ha declarado que don Bautista Saavedra, permanecerá en el poder con el carácter de presidente provisio-

nal, secundado por una junta compuesta por los señores Daniel Salamanca, fundador del partido republicano; don Daniel Sánchez Bustamante, miembro de la Corte Suprema; don Eleodoro Villazón, ex-presidente de la República, y el mismo señor Escalier.

Esta junta convocará a elecciones en el mes de mayo del próximo año y serán candidatos para entonces el señor Escalier o el señor Salamanca.

Dijo además el declarante que el expresidente señor Gutiérrez Guerra y los miembros del gabinete que lo acompañaban no sufrirán daño de ninguna especie y que pronto recuperarán su libertad.

Buenos Aires, 14 de julio.—El corresponsal de "La Nación", en La Paz comunica que la revolución se verificó tranquilamente.

El presidente desposeído, señor Gutiérrez Guerra, se refugió en la legación de los Estados Unidos.

El presidente provisional ha notificado al cuerpo diplomático residente en La Paz su ascención al poder.

Santiago, 14.—Los diarios publican un telegrama del encargado de negocios de Chile en Bolivia, en que afirma, que en la visita de los diplomáticos al presidente Bautista Saavedra, éste ofreció amplias garantías para todos los personajes caídos; agregaba, que el nuevo gobierno estaba firmemente decidido a reprimir cualquier violencia, tomando al respecto las medidas necesarias en resguardo de las mismas.

Aprovechó el presidente Saavedra para manifestar al encargado de negocios de Chile, que el advenimiento del republicanismo en Bolivia en los negocios públicos, no significaba de ninguna manera hostilidad

a Chile; máxime cuando el nuevo régimen desea paz y amistad con todos los países, especialmente con los vecinos, y también un arreglo amistoso de todas las cuestiones pendientes.

Santiago, 14.—Interrogado el ministro de Bolivia en Chile, Claudio Pinilla, se excusó de emitir opiniones sobre el nuevo orden de cosas en su país.

El ministro de Chile en Bolivia, Bello Codecido, declaró que estimaba verdaderamente incomprensible lo ocurrido en este último país, y agregó que él estimaba que la caída de Gutiérrez Guerra importaba indudablemente una posible alteración de la política internacional boliviana, toda vez que ha asumido el poder persona que como Bautista Saavedra, sustanta una política contraria a la amistad y cordialidad que caracterizaba al gobierno derrocado.

Cree que no sería extraño que el Perú tuviera alguna influencia en este cambio de gobierno.

"El Mercurio", anuncia que el ministro boliviano Pinilla ha elevado su renuncia al nuevo gobierno republicano.

CABLEGRAMA DEL ENCARGADO DE NEGOCIOS DEL PERU.

En el Ministerio de Relaciones Exteriores se ha recibido ayer el siguiente cablegrama del encargado de negocios del Perú en La Paz señor Enrique Bustamante Ballivián:

La Paz, julio 14.—Depositado en la mañana del 12.—Ministerio de Relaciones Exteriores.—Lima.



Dr. JOSE M. ESCALIER

Distinguido estadista boliviano propagandista de la reivindicación de los territorios usurpados por el conquistador del 79.

Esta madrugada estalló un movimiento revolucionario encabezado por el ejército. El doctor Juan Bautista Saavedra se halla al frente de la situación. El partido republicano domina en La Paz, y se asegura que igual cosa ocurre en todo el resto de la república. El presidente depuesto, señor Gutiérrez Guerra, se encuentra asilado en la Legación americana y sus ministros han sido apresados. El movimiento fué pacífico, habiendo solo algunos heridos. Varias casas de políticos visibles pertenecientes al partido liberal han sido atacadas por el pueblo. La situación en este momento es relativamente tranquila y no hay motivo para creer que haya una reacción.

Bustamante.

SIGNIFICACION DEL SEÑOR ESCALIER EN LA MODALIDAD DE LA POLITICA BOLIVIANA

Reproducimos el siguiente artículo editorial, perteneciente a "La Patria" de Oruro, escrito con motivo de la última presencia del señor José María Escalier en Bolivia, y que pinta con maestría la personalidad de este distinguido hombre público y la de quien es, ahora y desde entonces, su aliado y coopartícipe en la propaganda patriótica, don Daniel Salamanca:

La jefatura del Dr. Escalier

Según la información telegráfica que hemos publicado ayer, la convención republicana ha proclamado como jefe del partido al doctor José María Escalier.

Esta proclamación que se hallaba ya prevista, viene a poner un sello de consagración a la obra cívica del doctor Escalier.

Por una gravitación natural del patriotismo y de la rectitud de su alma patricia, el doctor Escalier, antes diplomático al servicio de los gobiernos doctrinarios, hombre de alta posición oficial, llamado a jugar dentro del régimen, cualquier papel que le hubiera sugerido su ambición, si la tiene, fué poco a poco entrando en la órbita de las ideas de regeneración política encabezadas por el doctor Salamanca.

Conociendo los negocios internos de Bolivia, desde su residencia de Buenos Aires, al través de los velos que las propagandas oficiales y oficiosas se encargan de tender a los ojos de los espectadores lejanos, el doctor Escalier tuvo la penetración bastante para darse cuenta de que algo anormal comía los cimientos de nuestra vida política. Comprendía la gravedad y la profundidad de las discrepancias que inficionaban el desarrollo de los acontecimientos y pudo ver que debajo de la unanimidad de setenta y tantos mil votos con que fué consagrada la ambigua personalidad del general Montes para la segunda presidencia, palpitaban en las entrañas vivas de la nación fuerzas formidables de descontento, de indignación, de protesta contra el régimen de impostura y de mercantilismo envilecedor entronizado por el montismo. Entonces se trasladó el doctor Escalier a Bolivia, trayendo una misión de paz, de reconciliación y de enmienda. Vino a predicar el "examen de conciencia" de los partidos, en aras del deber común de servir a la patria, y les habló —evangelista romántico,—las palabras impracticables de unión, buena fé, desinterés, abnegación. Les propuso abandonar sus descarriados senderos y venir a

juntarse todos en un nuevo punto de partida, para seguir unidos por las vías santas del Señor.

La tierra estaba muy seca y dura para que semejantes semillas pudieran echar raíces.

Pero, entre tanto, el doctor Escalier tuvo la oportunidad de auscultar su país y sentir el crugir interno de sus dolencias. Tuvo la oportunidad de mirar por dentro el sepulcro blanqueado del doctrinarismo, reparó en sus falsedades, su fachadismo embrutecedor, su menosprecio de todos los valores esenciales, su gusanera. Desde entonces, el doctor Escalier estaba comprado por la idea de alistarse en la oposición.

Su alma activa y romántica se aproximó instintivamente a ese apóstol egregio que es el doctor Salamanca. Comprendió y amó la misión dura, crugiente heroica, en que brillaban las dotes de ese ilustre agitador docente y académico.

La alianza de los dos personajes prestó al doloroso partido republicano, formado de muchedumbres apaleadas de corazones sencillos sublevados ante la iniquidad emplumada, nuevos alcances y poderes. El partido republicano pudo pensar que el período de su martirologio iba a acabar, por la acción de sus dos apóstoles.

Cuando en 1916 el doctor Escalier y el doctor Salamanca recorrían los pueblos de la república, en gira política, aquello era un Domingo de Ramos. Las pobres gentes de las ciudades y campos, martirizadas por bandidaje doctrinario, salían en confusas masas a besar las manos de los libertadores. Aquellas escenas serán ciertamente inolvidables.

El doctor Escalier que, al mezclarse en los asuntos políticos, hubiera querido un papel de arbitrador neutral, situado cerca de los unos y de los otros, para poder moderarlos y guiarlos en intenciones amigables,

no pudo mantener tal situación. Su psicología generosa se puso francamente del lado de la justicia que sufre, y se transformó de improviso, desde su rango de interventor pacifista, en caudillo dispuesto a las penurias y las valentías de la beligerancia.

Desde ese momento no ha dejado de interesarse, hora por hora, en los negocios bolivianos, dando muestras de una solicitud abnegada por la cosa pública y por los grandes problemas de la nación. Antes de ser proclamado como jefe del partido, compartía ya con el doctor Salamanca esa posición histórica.

Con la jefatura del doctor Escalier, no se modifica en nada el régimen anterior del partido republicano. Las dos figuras del republicanismo, el doctor Salamanca y el doctor Escalier, continúan presidiendo los pasos de este partido en la trayectoria que sigue dentro de nuestra evolución histórica.

EL DEBER DE LOS CAIDOS

No estarán dispuestos a que se les hable de deberes. Pero, o son ciudadanos de sus patrias o no lo son.

En el primer caso, no pueden desligarse de las obligaciones que tienen para con ellas, cada cual en la suya. Y no importa, la personalidad de quien se las señale..

En el 2º, nadie les puede disputar que acepten todo el peso soltado sobre ellos por el "Abate Faria".

La primera obligación, es reconocer que no tienen derecho para juzgar la obra de sus sucesores.

Y otra, tan importante como esa, es abstenerse de fomentar la ambición de patriotas sofocados por el deseo de labrar la felicidad del país.

Sanmartí y Cía.—72540.



72540